



Ernesto Gianoli Molla

AMARILIS Y EL PAÍS IMPOSIBLE



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE LA SERENA

Ernesto Gianoli Molla

AMARILIS
Y EL PAÍS
IMPOSIBLE



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE LA SERENA

AMARILIS Y EL PAÍS IMPOSIBLE

Ernesto Gianoli Molla

Primera edición: Noviembre 2012

ISBN 978-956-7393-71-8

Editorial Universidad de La Serena
Prat 446 - Fono (51) 204368 La Serena
editorial@userena.cl
www.userena.cl/editorial

Diseño, diagramación y portada: Fabian Flores Bernales

Foto del autor: Mónica Cisternas

Sobre la portada:

El extirpador de idolatrías Cristóbal de Albornoz capturando a indígenas seguidores de la secta mesiánica Taki Onqoy, en los Andes del Sur del Perú (siglo XVI), según dibujo del cronista Felipe Guaman Poma de Ayala.

Esta publicación, incluido el diseño de la portada, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida por algún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial ULS.

A Rosa María Molla, por todo.

Ignoranti quem portum
petat nullus suus ventus est

No existe el viento a favor para quien no sabe adonde va

Lucius Annaeus Seneca

No one rises so high as he
who knows not whither he is going

Nadie llega tan lejos como aquél que no sabe adonde va

Oliver Cromwell

I

“**N**o. No, gracias. No, ahora no. No. Te he dicho que no”. Quizás Felipe seguiría diciéndole “No” en todos los tonos y volúmenes posibles a ese porfiado niño lustrabotas de no haber sido por el estruendo de la explosión. Lleva paralizado casi un minuto. Y si ya no entiende mucho que la bomba detone, menos entiende que nadie más en la Plaza de Armas de Lima se sobresalte. La mañana de un domingo de noviembre, invadida por esa odiosa resolana que hierde la vista, transcurre sin novedad aparente. Ni la reciente detonación ni los dramáticos sucesos políticos ocurridos en la víspera han logrado alterar la rutina dominguera de la Plaza. Los vendedores ambulantes siguen ofreciendo gargantillas de coral de plástico y huacos Mochica falsos a desconfiados turistas europeos aferrados a sus cámaras filmadoras. Las parejitas de candorosas empleadas domésticas y pujantes jóvenes sin empleo se reparten las bancas disponibles. Los viejos y cansados fotógrafos esperan inútilmente a que alguien les pida una foto con el Palacio de Gobierno de fondo. Los desaliñados policías municipales, a los que nadie considera autoridad porque no portan armas, siguen lidiando con los niños para que no se bañen en la pileta ni arranquen flores de los “recién remozados jardines de la Plaza, que le devuelven el boato y la prestancia que otrora luciera nuestra ciudad capital, la tres veces coronada Ciudad de los Reyes”, como afirma el boletín mensual *Somos Lima*, editado por el alcalde con fondos del municipio y en el que aparece la foto del alcalde en cuatro de sus ocho páginas.

Al obeso alcalde de Lima le importa más el ornato que el control de la delincuencia, dicen sus opositores, añadiendo alusiones al sorprendente detalle (sorprendente para el que viva en un país escandinavo) de que las miles de flores que se siembran y renuevan en todos los parques de Lima se adquieren en el vivero de plantas ornamentales que la señora esposa del alcalde instalara poco después que aquél asumiera su alto cargo. Cumple así el señor alcalde su promesa electoral de apoyar a los pequeños y medianos empresarios. Mientras tanto, la delincuencia ataca democráticamente a todo peatón en el centro histórico de la ciudad, sin distingo de raza, credo o posición social. Sí, porque a menos de doscientos metros del Palacio Municipal y a similar distancia del Palacio de Gobierno, allí, en las riberas del río Rímac, alrededor del Puente de Piedra, en esas pedregosas orillas pobladas de basura orgánica y escombros, los pirañitas pronto comenzarán a despertar. Arrumados como cadáveres al borde de una fosa común, los niños de la calle despertarán de su vaporoso sueño de Terokal, con el pegamento todavía brillando bajo sus narices. El sol de mediodía les indicará que un nuevo día empieza para ellos. Habrán olvidado ya la noche de babas pegajosas, de bellas alucinaciones que disuelven el hambre por un par de horas, de riñas inútiles con sus compañeros de guarida, de duras palizas de los guardias privados de los cabarets, que los atacan para combatir el tedio. Acaso el niño lustrabotas fue pirañita también. Quién sabe qué lo hizo dejar el negocio. Ciertamente no habrá sido por falta de persistencia, ese bendito posee el don de la contumacia. Aunque es justo decir que el niño ha interrumpido por un momento su letanía de “Una lustrada, señor, ya pe’...” para sonreír ante el desconcierto de Felipe y decir “Ha sido un coheton, una rata-blanca”.

La afirmación del niño lo hace dudar. Es noviembre y

la temporada de fuegos artificiales para navidad y año nuevo ya ha comenzado. Es cierto. Pero es demasiada coincidencia que la explosión provenga de un costado de Palacio de Gobierno, tal como se había planeado, y precisamente a la hora acordada. No sabe qué hacer. Se supone que la operación ha sido abortada, que ya no tiene sentido después de la inesperada fuga del objetivo. Todavía puede ser una coincidencia, piensa, tratando de convencerse. Pero inmediatamente considera la posibilidad de que haya sido la terquedad de Torito o la inconsciencia de Walter, o ambas sumadas. Pero si duda que pueda ser cierto, entonces ¿Por qué está allí? ¿Por qué después de despedirse de sus padres le pidió al taxista que, antes de llevarlo al aeropuerto, pasaran un momento por la Plaza de Armas? ¿Por qué se ha bajado del taxi y ha tomado su puesto en esa esquina, debajo de los balcones coloniales del Palacio Arzobispal, como en tantos ensayos, si ya no habrá operación? Difícil saberlo. A veces las decisiones que uno cree tomar parecen responder a causas desconocidas. Como cuando a Felipe se le hacía tarde esperando el microbús para ir a la universidad y, una vez que por fin aparecía, sin saber bien por qué lo dejaba pasar y se quedaba contemplándolo, con una mezcla de angustia y placer, diciéndose “Allí debería estar yo”, gozando por haber cambiado su destino inmediato, por haber –según él– torcido el hilo del titiritero allá arriba. No todo tiene una explicación. El primate erguido, acurrucado en un rincón de su caverna oscura, inventó primero la religión y después la ciencia para poder tener explicaciones que ahuyentaran el miedo a lo desconocido. Y hasta ahora, a pesar del fracaso de ambos paradigmas, conservamos el reflejo primitivo de buscarle una razón y un sentido a todo. Pero no todo tiene una explicación. Sin embargo, esta vez Felipe cree tener algunas certezas parciales. Una de las razones por las que está parado en esa esquina de la Plaza es por culpa.

Él no fue detenido, no está desaparecido. Entonces lo aflige la culpa de saberse a salvo. Doblemente a salvo, porque sabe que ni la peor tortura arrancará una delación de ellos, de los otros, y porque dentro de algunas horas, una vez que el avión despegue y lo devuelva a Madrid, todo habrá terminado, cuatro meses después de su partida. Le parece que fue hace un siglo cuando, aburrido de dar vueltas haciendo tiempo hasta que saliera su vuelo en el aeropuerto de Barajas, se detuvo a observar ese cuadro de Guayasamín con la frase de Rumiñahui (Les faltará cordel para atarnos) y se dijo Cuando llegue a Lima le voy a contar a Claudia sobre Rumiñahui, seguro le va a interesar la historia. Claudia. Hace cuatro meses. Tanta pasión para nada, piensa. Esa es otra de las razones que lo han traído a esa esquina: Claudia y la ahora inútil demostración de que él también puede tener coraje.

En este punto, cuando Felipe sigue allí parado sin saber qué hacer y el taxista que lo trajo, molesto ante la posibilidad de tener que coimear al policía de tránsito para no ser multado por detenerse en zona prohibida, le toca bocina por primera vez, conviene dar marcha atrás en la historia. Retroceder casi seis meses, exactamente hasta el día en que él le enviara a Claudia el primer mensaje de correo electrónico.

Estimada Claudia,

Mi nombre es Felipe García, soy estudiante del doctorado en literatura hispanoamericana en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, en Madrid. Actualmente estoy en la etapa de redacción de mi tesis (el tema se relaciona con la literatura colonial peruana, con Amarilis en particular) y me es necesario tener acceso al Archivo Departamental de Huánuco. De hecho, voy a viajar al Perú muy pronto con el propósito principal de revisar ese archivo. Encontré tu dirección de correo en la página web de la Universidad Ca-

tólica, donde aparece que tu tesis de licenciatura fue sobre la literatura femenina peruana antes del siglo XX, y pensé que quizás tú también habrías indagado sobre Amarilis. Quisiera saber si has tenido la oportunidad de revisar el Archivo de Huánuco y, si no es mucho pedir, que me orientaras para llegar hasta él. Seguramente sabes que muchas veces esas colecciones documentales están en manos de burócratas o curas con muchos años y poco criterio, por eso el dato del contacto personal es muy valioso. Agradezco de antemano tu respuesta.

Saludos cordiales,
Felipe

Hola Felipe,

Honestamente, me ha costado mucho decidir responderte. En mi familia no queremos mucho a los españoles, y que quede claro que no se trata de xenofobia. Es por el asunto de la Telefónica (y otras tantas empresas de la Reconquista). Probablemente no sepas, o no te interese, que desde que Fujimori y su pandilla privatizaron todo, las tarifas están por las nubes (los sueldos siguen estando por los suelos). Ahora el teléfono de mi casa está cortado por falta de pago y mi mamá y yo hemos decidido que no le vamos a seguir regalando plata a esos ladrones. Bueno, toda esta explicación es para que entiendas las primeras frases de este mensaje. Yo sé que seguramente tú no tienes la culpa de nada, pero hoy necesitaba desfogarme. Y tu mensaje tan educadito, tan correcto y formal, me hizo encresparme un poco más.

Ahora sí paso a responder tu consulta. No, no consulté el Archivo de Huánuco, pero conozco a alguien que sí lo ha hecho. Si vienes puedo contactarte con él. No te doy su dirección de correo electrónico porque no tiene. Si este mensaje no te ha espantado, me gustaría saber un poco más

de tu tesis. Esto lo hago no sólo porque me interesa, sino para poder argumentarle a Javier para que se entreviste contigo. Bueno, ya la tengo que cortar porque se me acaba mi media hora de cabina y no tengo un sol más. Confirma si es que vas a venir al Perú.

Claudia Cisneros Tapia

Hola Claudia,

Gracias por responder. Que bueno que pueda dejar la formalidad contigo; ahora soy muy cauto con el tono de mis mensajes porque hace poco tuve una experiencia desagradable. Un anciano profesor peruano, autodenominado erudito en Amarilis, se ofendió porque le hice una consulta directa sin antes haberle enviado un resumen de mi trabajo para que él “aquilatara el mérito de mis pesquisas”. Añadía que daba por descontado que su “vasta obra, de cimera importancia para la agnición de la identidad de tan ínclita pluma” estaría citada en mi trabajo.

Te aclaro que no soy español, soy peruano. Supongo que tienes claro que no todos los residentes de un país son sus nacionales. Las migraciones económicas (buscar sueldos decentes, pagando a cambio la aculturación) y las migraciones políticas (huir de los tiranos y las guerras para seguir teniendo la cabeza sobre los hombros) no son fenómenos particularmente recientes. En mi caso se trata de una migración temporal con fines estrictamente académicos: obtener un doctorado.

Hechas las aclaraciones, te cuento algo sobre mi tesis. Bueno, imagino que tienes conocimiento del viejo debate sobre la identidad de Amarilis, la incógnita poetisa huanuqueña que le escribiera a Lope de Vega la “Epístola a Belardo”. Hace poco se develó el misterio de su verdadero nombre, pero ese no es el foco de mi trabajo. Pretendo hacer una reinterpretación de

la Epístola y de la verdadera relación entre Lope y Amarilis basándome principalmente –pero no únicamente– en unos documentos que un investigador boliviano presentó hace unos meses en un congreso de antropología en Sevilla. Se trata de actas aparentemente robadas hace mucho tiempo del Archivo Departamental de Huánuco. En esos documentos consta una relación de indios de encomiendas huanuqueñas castigados por pertenecer al Taki Onkoy (imagino, otra vez, que habrás oído hablar de este movimiento milenarista) Bueno, en el documento aparece mencionada una criolla acusada de complicidad con el movimiento rebelde. Creo tener elementos suficientes para suponer que esa mujer era Amarilis, y revisar en Huánuco los folios anteriores y siguientes a ese documento me permitirá demostrarlo.

No quiero decir mucho más por ahora. Pero si llego a demostrar esta hipótesis se va a levantar polvo en mi Facultad, porque el casi vitalicio decano, Don Pelayo de Manríquez y Concha, como gusta firmar, es un Lopista fanático. De hecho, suscribe la teoría de que fue el mismo Lope el que escribió la Epístola y no Amarilis. Este distinguido catedrático, ex-seminarista, nostálgico del Generalísimo, anti-sudaca (bueno, racista en general, dice que a los marroquíes habría que usarlos de materia prima para cimientos de puentes), y enconado enemigo de mi tutor, ha anunciado que “me hará pedazos” en la disertación pública. Pero si llego a confirmar el dato del archivo de Huánuco ya no habrá comisión académica que me pueda objetar nada, y el carcamán de Manríquez tendrá que escuchar mi disertación comiéndose el hígado en aceite de oliva. Extra virgen, tal como le gustan los monaguillos.

Confío en que a esta altura ya tendrás claro que yo no soy el presidente del directorio de Telefónica, Repsol o Endesa, sino apenas otro estudiante peruano en el exterior. Agradezco de verdad que me puedas conseguir el contacto

con el tal Javier, quien parece ser un personaje muy distinguido, por lo menos para ti.

Saludos, Felipe.

Hola Felipe,

Leyendo algunas partes de tu mensaje pude experimentar lo que sentiste al leer al Dr. Erudito, así que te comprendo muy bien. No te preocupes, estoy acostumbrada a tratar con hombres autosuficientes; lidiar con Javier es un curso intensivo en manejo de egos hipertrofiados.

Me pareció muy interesante el tema de tu tesis, aunque algo arriesgado. Ofrezco inmediatamente mi colaboración, y probablemente otros por acá se quieran subir al barco; no prometo nada, pero presiento que será así. La verdad es que no me sorprende mucho saber de lo podrido del mundillo académico allá en la península. El tal Manríquez tiene muchos clones aquí en Sudacaland. Claro, hay ciertas variantes (algunos gustan de jovencitas, cuanto más nota y menos ropa necesiten, mejor), pero el molde es el mismo. Avísame cuando tengas la fecha exacta de tu viaje.

Claudia

A sugerencia de Felipe, acordaron encontrarse en una librería de Miraflores, frente al parque central y no intercambiaron sus señas particulares. Confiaba en que ambos sabrían reconocerse al verse las caras. La tarea no fue difícil para Claudia, quien llegó quince minutos tarde. En ese momento en la librería sólo estaban una cuarentona teñida de rubio que blandía orgullosa un libro de Harold Robbins camino a la caja, un escolar que buscaba la edición del Quijote con el menor número de páginas posible, y un hombre joven que discutía a viva voz con un empleado de la librería a un lado de la entrada.

–No insistas. No te voy a mostrar el contenido de la bolsa. Estás perdiendo tu tiempo y me estás haciendo perder el mío.

–Señor, el detector ha sonado, tengo que revisar lo que lleva.

El empleado lampiño de piel oscura parecía estar nervioso, su voz no sonaba muy decidida. Tenía unas gotitas de sudor sobre el bozo y quizás añadía a la incomodidad de medir quince centímetros menos el que ese cliente blanquito lo tuteara y él –un cholito, como lo llamaría casi con ternura una señora organizadora de obras de caridad; o un indio de mierda, como lo llamaría ya casi sin desprecio el esposo de esa señora– no pudiera hacerlo. Un antropólogo diría que había una poderosa carga ancestral en aquella simple disputa por el derecho a revisar el contenido de una bolsa. Sentado en una mesa de café, el antropólogo explicaría con pasión, con un desubicado tono de descubrimiento feliz, que siglos de dominación, de extirpación del derecho a ser, y años de acostumbrarse a la iniquidad y al abuso, desde la infancia, eran más fuertes que cualquier igualitarismo educado o cualquier indignación. Cada uno en su rol, sin importar lo que se diga o se sienta, cada uno condenado a su lugar y su raza, condenado a un odio triste y apagado. Demasiada ceniza como para soñar que un país pudiera estar debajo. Acto seguido, el antropólogo se levantaría indignado de la mesa sin dejar propina para el mozo de piel oscura que lo interrumpiera minutos antes para decirle que estaba prohibido fumar.

–Mira, estos libros los he pagado hace cinco minutos. Tuve que esperar que la señorita de la caja primero terminara de hablar por teléfono y después pasara tres veces cada libro por el lector láser. Si ustedes no son capaces de anular la alarma del código de barras entonces la tecnología les queda grande y eso ya no es asunto mío. Además, ya es suficiente molestia que persigan al cliente desde que entra, y por cada rincón

de la librería, interrogándolo por lo que busca, como si uno tuviera que justificar que no ha venido a robar.

–Señor, mi obligación es revisar el contenido de su bolsa. Hágame el favor.

–De acuerdo, yo te muestro la bolsa. Pero primero llamas al administrador, porque quiero hacerlo delante de él. Quiero preguntarle personalmente si es política de la empresa el hostilizar a los clientes. Quiero además saber si avala que los clientes deban esperar a que la cajera termine sus llamadas personales para ser atendidos.

–El administrador no ...

–Pensándolo mejor, quiero además proponerle al administrador que si encuentra en esta bolsa un solo libro que no haya pagado, entonces yo no sólo lo pago inmediatamente sino que no me llevo ningún libro. Pero si todos los libros estaban cancelados, entonces voy a exigir una compensación económica por hacerme pasar este mal rato. ¿Qué te parece?

Quién sabe si fue por cansancio, o para evitar la reprimenda del administrador (“El cliente siempre tiene la razón”, le diría enfrente del cliente; “Mucho ojo, porque aquí hasta el más pintado puede robarse un libro”, le había dicho antes), o por temor a que la compensación económica se dedujera de su ya exiguo sueldo, o simplemente por solidaridad con la cajera que lo miraba con cara de “Déjalo ir, por favor”, el empleado decidió finalmente dejarlo salir. Pero no llegó a poner un pie afuera cuando alguien se le plantó delante, con unos ojos muy sonrientes.

–Hola Felipe.

II

Eliphe voltea y le hace una seña al taxista, indicándole que espere. Éste mueve la cabeza, mira la hora en su reloj, y suspira con impaciencia. Mientras hurga en su oreja con el dedo meñique, mira por la ventana hacia la Plaza, buscando algo en qué distraerse. Todavía no es la hora del cambio de guardia en el Palacio; el Palacio de Gobierno o la “Casa de Pizarro”, como le dicen algunos periodistas, por ubicarse sobre el solar que el analfabeto conquistador del Perú reservara para sí mismo; los mismos periodistas que no dejan de añadir el adjetivo “gallardo” a cada descoordinado cambio de guardia de los diminutos soldados peruanos enfundados en añejos y percutidos trajes de húsares franceses. Es un dato casi sin importancia que la Casa de Pizarro, un palacio híbrido entre neocolonial y barroco, se construyera cuatrocientos años después de que Francisco Pizarro dejara este mundo, tras recibir una certera estocada en la garganta de parte de uno de sus leales soldados. La farsa histórica continúa al lado del Palacio de Gobierno, en una plaza que, en un alarde de creatividad, se ha dado en llamar la Plaza Pizarro, donde se destaca una imponente estatua ecuestre que supuestamente personifica al conquistador español. Allí la mandó colocar un tal Luis Gallo Porras, alcalde de Lima en 1935, quien la había recibido en donación de la viuda de un escultor francés. Un detalle menor, poco difundido hasta ahora, es que la estatua donada representaba en realidad a un soldado del ejército de Carlomagno, el famoso teniente

Rolando, masacrado por los vascos e inmortalizado en un canto épico medieval. La farsa parece terminar en otro edificio que flanquea la plaza: la Catedral, donde en una vistosa urna se exhiben los huesos de un español anónimo que a fuerza de repetición y visitas turísticas guiadas se ha pasado a llamar Francisco Pizarro, criador de cerdos en su Extremadura natal, analfabeto por añadidura, también llamado hidalgo conquistador del Perú. Hay que reconocer que el mito no es del todo original, pues los auténticos y certificados restos de Cristóbal Colón descansan en La Habana, y en Santo Domingo, y en Sevilla; lo que sólo podría explicarse aludiendo a un descuartizador intercontinental o a la secreta existencia de los trillizos Colón. Pero el interés del taxista no está dirigido a los edificios históricos que rodean la plaza, ni a sus reales o ficticios moradores. Sentada en una banca está una risueña muchacha de unos dieciséis años, con las mejillas coloradas y un vestido muy de domingo. A su lado, un joven peinado con gel, con una sonrisa fácil en la que se destaca un diente de oro, y con chaqueta y pantalón de jeans, intenta tomarle la mano. Ella ríe nerviosa y retira la mano sin mucha convicción. El taxista asiente al observar las bien torneadas piernas de la muchacha y concluye en voz alta “Puras flores, puras maravillas, hasta que se lo meta... y de ahí... si te he visto no me acuerdo”.

Treinta segundos después, Felipe toma por fin una decisión. Va a averiguar qué ha pasado. Recoge del taxi su pesada mochila de viaje, se la cuelga de un hombro, y le paga la carrera completa al taxista, quien recibe el dinero sin mucha sorpresa. Ha visto cosas mucho más sorprendentes sentado al volante; su espejo retrovisor ha registrado besos apasionados entre dos altos ejecutivos del Banco Wiese, adolescentes enamorados que se han cortado las venas mutuamente, y un cañón de escopeta recortada señalándolo. Por eso olvida rápidamente

al tipo de la mochila –que no le había caído muy bien por su laconismo para comentar los recientes acontecimientos políticos– y arranca, no sin antes dedicarle una última mirada a las piernas de la muchacha ingenua, que ya es abrazada por el joven de jeans.

Felipe decide dirigirse a su objetivo: la Iglesia de San Francisco. Sigue por Junín y en el jirón Lampa dobla a la izquierda. Una cuadra después, al llegar al Jirón Ancash, aparece la fachada barroca de la iglesia, apenas distinguible por la bandada de palomas que eternamente revolotea en el frontis y ha tapizado el cimborio de excrementos blanquecinos. La iglesia ha resistido cataclismos e incendios por más de 300 años, pero un día de estos va a terminar derrumbándose por el peso de tanta mierda. Felipe atraviesa la pequeña puerta recortada en el gigantesco portón y el súbito paso de la resolana al umbrío atrio lo ciega por un instante. Cuando recupera la vista se encuentra con una sonriente muchacha que le dice amablemente “Buenos días. El servicio de guía está por empezar, cancele su boleto por favor” al tiempo que le señala la mesa donde otra jovial funcionaria le entregará el boleto. Sea por la expresión de aturdimiento de Felipe, que no sabe qué hacer con la mochila y sigue intrigado por la indiferencia de los demás a la explosión, o por una costumbre desarrollada al tratar con tanto turista despistado y sobrecargado, la mujer de la mesa le dice con la misma gentileza “Puede dejar aquí su mochila, no se preocupe, aquí no pasa nada”. Asunto solucionado. Ahora lo siguiente es perder a la guía, como antes lo hicieran tantas veces los otros. Se arrepiente de no haber insistido en participar en las etapas de reconocimiento de la operación, todo sería más sencillo, pero no hay tiempo para lamentaciones. El grupo de visitantes es reducido, no va a ser fácil escaparse sin ser notado. Aparte de Felipe hay apenas una familia de cinco miembros: dos adultos y tres

niños. Poco bulto para escabullirse hacia donde quiere llegar cuanto antes: las catacumbas. Resuelve arriesgarse.

–Disculpe señorita, yo he venido varias veces antes y sé que no se puede hacer recorridos sin guía, pero mientras se termina de juntar el grupo voy a estar acá nomás en la primera sala. Lo que pasa es que ese cuadro de La Pasión de Zurbarán realmente me encanta y siempre se me hace corto el tiempo.

–Pero es que ...

–Sólo un ratito, señorita. No me voy a mover de ahí. Como no está permitido tomar fotos, y el tour avanza muy rápido, siempre me quedo con las ganas de seguir mirando el cuadro, que es una maravilla.

Felipe apela a su mejor sonrisa y resulta suficiente para que la muchacha no insista en detenerlo.

No la imaginaba así, por eso tardó un poco en reconocerla después de que ella lo saludara. Apoyándose en una intuición con la que rara vez acertaba, Felipe estaba seguro de que encontraría a una muchacha de pelo corto, pequeña y delgada, pálida y feúcha, aunque con alguna gracia. Pero no. Claudia tenía la piel color mate, los labios gruesos y los pómulos marcados. Su pelo era largo, azabache y muy lacio. Y el pantalón de lino blanco y la blusa vaporosa color violeta que llevaba puestos no ocultaban un cuerpo bien formado. Era una belleza mestiza, porque a pesar de que la mayoría de sus rasgos eran indígenas, su estatura denotaba ancestros europeos o africanos, o ambos. Sus ojos color miel, ligeramente rasgados, que contrastaban con un par de cejas oscuras y curvas, seguían sonriéndole desde la puerta de la librería cuando él por fin atinó a decir algo.

–Hola Claudia, qué gusto. Eh, disculpa, estaba un poco alterado por este asunto de los libros.

–Sí, vi toda la escena.

Errando una vez más, Felipe interpretó esa frase como

una manifestación de apoyo. Y siguió con su discurso de despecho mientras daba un par de pasos para dejar libre la entrada a la librería.

–Es increíble el trato que se recibe. Uno se convierte en sospechoso de robo apenas entra. Esto es una librería, no una ferretería o un supermercado. Pero probablemente a ellos les dé lo mismo, al final se trata de vender mercadería y punto.

–Sí pues, nos impusieron la economía de libre mercado casi completa, sólo se les olvidó el trato al cliente. Pero es curioso que el destinatario de tus quejas sea este empleado de la puerta, como si él tuviera alguna responsabilidad sobre la política de la empresa.

Felipe, azorado, no supo qué decir. Muchas ideas se agolpaban en su cabeza pero nada, aparte de la palabra torpe, aparecía con nitidez. Claudia continuó.

–Pero quizás tengas algo de razón en lo que dijiste, porque este empleado probablemente tendrá que buscar trabajo en una ferretería o un supermercado cuando se cumpla el máximo legal de tres meses de contrato temporal y el dueño lo despida para evitarse el pago de beneficios sociales. Pero no nos pongamos graves, se supone que en este momento deberíamos estar haciéndonos las preguntas típicas de dos personas que se encuentran por primera vez. ¿Encontraste Lima muy cambiada después de cuatro años?

Felipe confirmó su impresión inicial: Claudia no sólo era más bella de lo que se había imaginado, también se manejaba mucho mejor en el cara a cara que en los textos del correo electrónico. Ella dictaba los tiempos y los tonos de la conversación. Parecía haber vivido más a pesar de ser siete años menor que él.

–Compremos un café en el carrito del parque y nos sentamos en una banca. No me gusta pagar por un café cinco veces su valor sólo por estar sentada y atendida por un mozo.

Además nunca falta el Neanderthal que fuma a pesar de estar prohibido. Aquí afuera tenemos mejor aire.

–Como tú digas. Tú eres la que juega de local aquí. Recuerda que yo soy el extranjero.

–Nada de local, yo aquí vengo sólo de vez en cuando, por el cine. La próxima vez podríamos encontrarnos en Killka. Allí la oferta de libros –y música pirata– es igual o mejor, y todo es más barato. ¿O te parece demasiado *under* para un docto estudiante peninsular?

–Está bien, la próxima vez será en Killka. En todo caso, soy yo el que viene de la península pero tú la que comentaba en los mensajes la vida social de los Borbones.

–Cultura general, cultura general. “El conocimiento es poder.”

–¿La frase es de Javier?

–No, de Bacon. La leí ayer en el periódico, en las frases célebres que comparten página con Mafalda y los crucigramas.

–Vaya. ¿No será demasiada heterodoxia citar a alguien que no sea Javier?

–Insistes con eso. Más vale que no saque conclusiones en voz alta, porque poner en evidencia tus celos, sean intelectuales o sentimentales, no te va a dejar bien parado.

–...

–Pero estuviste cerca. La frase de Javier es “hay que conocer al enemigo”.

–¿Y cuál es el enemigo?

–Ya lo verás.

–Cuánto misterio.

–No tanto. En el fondo yo creo que ya lo sabes, o lo supiste y se te ha olvidado. En fin, eso se verá más adelante.

Felipe guardó esa frase para analizarla más tarde, en ese momento quería concentrarse en Claudia. Pero fue interrumpido por una mujer que se acercó a pedir una colaboración

para un centro de rehabilitación de drogadictos. La mujer, que hablaba con mucho entusiasmo y una voz chillona, agradeció las monedas que le dio Felipe, le colocó un adhesivo sobre la ropa, y al despedirse le dijo que tenía “unos ojos muy lindos, igualitos a los de Jesucristo”. Claudia se burló del comentario después, pero él no quiso responder. Detrás de ella, distinguió a lo lejos un lugar que le era conocido.

–La calle de las pizzas. Todavía existe.

–Me parece que ahora se llama Boulevard San Ramón. Muy francés, como notará cualquier parisino ciego. Bueno, hay que reconocer que tiene algo en común con los bulevares de París: no es raro encontrar caca de perro en el piso.

–¿Conoces París?

–No, pero no hay que haber estado allí para saber lo de la caca de perro. ¿O sí? Los turistas que vienen por primera vez saben que si van al centro de Lima no deben usar reloj porque se lo van a robar.

–Cuando era niño, iba con mis padres a la calle de las pizzas en ocasiones especiales. Luego comencé a ir con los amigos; las ocasiones ya no tenían que ser especiales. Allí me emborraché por primera vez, después de rebotar con una chica de la que estaba templadazo, como se decía en los 80. Alguna vez, debajo de una de esas mesas, le manoseé las piernas a una muchacha que años después moriría cuando se cayó un avión de Aeroperú. Es raro, nunca había visto este lugar como un ícono de mis recuerdos. Pero por todo lo que digo pareciera serlo.

–Puede ser una señal de envejecimiento. Muy pronto serás un respetable anciano de treinta.

–Puede ser. O quizás esta nostalgia sea una defensa contra el desarraigo. Lo que también sería extraño, porque nunca he sido muy apegado al país. Al menos no como tantos exiliados, voluntarios o involuntarios, que desde lejos ideal-

zan todo lo que tenga que ver con el Perú. Ha sido inevitable conocerlos allá en Madrid. Me parece patético verlos llorar borrachos, en las recepciones que organiza la embajada para fiestas patrias, mientras cantan un vals o el himno nacional. Lo curioso es que cuando juntan algo de plata se la gastan en viajes a cualquier lugar del mundo menos al terruño que tanto echan de menos.

—Ya te quiero ver en diez años más, haciendo lo mismo. Si todavía estamos en contacto me encargaré de recordarte esta conversación que comenzó con tu nostalgia por la calle de las pizzas. En todo caso, no es fácil aferrarse a algo que no deja de cambiar. El país... ni te cuento. Hasta hace treinta años las familias aristocráticas acostumbraban pasear por el Jirón de la Unión, la Alameda de los Descalzos y el Paseo Colón; si hoy se atrevieran a hacerlo serían el festín de los pirañitas, no les dejarían ni los zapatos. Si hasta este insignificante bulevar ha cambiado. Porque siguen vendiendo pizzas, pero el niño que antes te ofrecía una rosa roja para la hermosa señorita ahora te informa en voz baja del precio del gramo de coca o te ofrece la compañía de su hermana.

—Tal vez siempre fue así y no lo sabíamos. Lo que cambia todo es la difusión de la noticia. Como el virus Hanta o el HIV: durante años muchos murieron por causa desconocida, ahora esos mismos mueren por la epidemia con nombre. De todas maneras, estás muy enterada de la historia de este lugar pituco, considerando que no es tu zona.

—De pituco ya no le queda mucho. La gente común lo ha ido conquistando poco a poco. Los pitucos que pudieron hacerlo se fugaron del país o se refugiaron en otros barrios residenciales: San Isidro, La Molina, La Planicie. Allí tienen guardias armados en sus puertas y rejas que cierran el acceso a sus calles: el *ghetto* soñado. En cambio a los muchos aristócratas venidos a menos no les quedó otra que replegarse a

sus deterioradas casas señoriales, donde se desquitan odiando diariamente a la empleada que pronto se irá por falta de pago. Y repito que Miraflores no es mi zona. Cambiando de tema, ¿te acordaste de traer el manuscrito de tu tesis?

–Sí.

–Excelente. Hay mucho interés en escucharlo.

–“Hay interés” suena un poco vago, ¿podrías ser más clara? Y, hasta donde yo sé, el manuscrito se lee, no se escucha.

Entonces Claudia le explicó a Felipe que ella formaba parte de una especie de tertulia literaria en la que –vaya sorpresa– Javier era el guía (“el gurú”, apostilló él). Le contó que había un núcleo más o menos estable de nueve personas, pero que con frecuencia se invitaba a lectores externos para que compartieran sus textos. La lectura de los artículos, cuentos, ensayos o crónicas era en voz alta. La poesía estaba expresamente vedada por ser “demasiado íntima para ser entendida”. Supo también que estaba permitido interrumpir, debatir, discrepar a voz en cuello, y hasta vociferar invocando la hoguera purificadora para el lector. No era necesario que ella le aclarara que aquella tertulia era *sui generis* y que no se invitaba a cualquiera (ni cualquiera tenía interés en ir, pensó él pero no lo dijo). Finalmente acordaron que se encontrarían nuevamente dos días después, para buscar libros en el jirón Killka por la mañana, almorzar algo al paso, y después ir a la Casa Añil, en Magdalena del Mar, donde se reunían cada martes y viernes los integrantes de la tertulia literaria. Al salir del parque, pasaron al lado de la mujer del centro de rehabilitación que hablaba con otra pareja sentada en las bancas, y alcanzaron a escuchar su voz chillona diciendo “tienes unos ojos muy lindos, igualitos a los de Jesucristo”.

Después de despedirse de ella, Felipe caminó hacia el paradero acompañado por una sensación ambigua. Por un lado estaba contento de haber conocido por fin a Claudia,

y la sorpresa de su frescura y belleza todavía le inquietaba. También estaba satisfecho por la fluidez de la comunicación entre ellos, porque la sintonía epistolar no siempre se corresponde con el diálogo en persona. Por otro lado, se había sentido un poco intimidado por el desenvolvimiento y manejo de situaciones de ella. Pero eso no era lo peor, al fin y al cabo la seguridad personal no es patrimonio masculino, se decía. Lo que lo dejó intranquilo fue percibir en Claudia una combinación de interés y distancia demasiado ajustada, en partes proporcionales, como si lo estuviera sondeando de manera estudiada.

Las cavilaciones se interrumpieron bruscamente cuando apareció la combi que lo llevaría de regreso a casa de sus padres, en el barrio híbrido en que se había convertido la urbanización La Castellana, donde cohabitaban nuevos ricos, desempleados en caída libre y vendedores de pasta básica al menudeo. Felipe había escuchado tantas historias acerca de “las combis asesinas” que estaba ansioso por vivir la experiencia del transporte urbano en Lima después de la liberalización que impusiera el dictador, cuando el caos cotidiano pasó de ser un tema de sobremesa a ser una causa de muerte. Las historias de las combis habían sido al inicio meros inventarios de todas las posibilidades de no respetar el reglamento de tránsito, incluyendo tarifas arbitrarias, choferes sin licencia, menores de edad y borrachos, y la modificación intempestiva o el súbito decreto del final de la ruta según el antojo del chofer. No faltó el sociólogo trasnochado (y con carro propio) que celebrara esta anomía como una señal postmoderna de la quintaesencia de la peruanidad informal. Pero los guiños cómplices se convirtieron en muecas de espanto cuando los titulares de la crónica policial comenzaron a consignar la barbarie: “pasajero grave tras ser agredido por el cobrador de una combi con una llave de tuercas por reclamar

cambio de ruta”, “detenido chofer de combi cuando trataba de lanzar desde un puente el cuerpo de mujer atropellada”, “en coma anciano que cayó de combi que transitaba con la puerta abierta”, “otra policía de tránsito arrollada por una combi para evitar cobro de multa”. Por eso Felipe se sintió algo desilusionado cuando durante su viaje la combi apenas se pasó dos luces rojas y se subió a una vereda para adelantar a un camión que tardaba mucho en arrancar a la salida de un semáforo.

III

Tiene que pensar y actuar rápido. Debe recordar detalles de la visita turística que hiciera acompañado de Claudia poco después de conocerla, para así llegar hasta las catacumbas y, una vez en ellas, repetir el recorrido que tantas veces viera señalado en el plano que los otros fueron confeccionando poco a poco. Para no despertar sospechas en la guía que todavía está cerca, descarta la idea de correr sobre el añoso piso de madera que ya cruje bajo sus pasos. Atraviesa con largas y cuidadosas zancadas la denominada sala de los Zurbarán, que en realidad contiene sólo un cuadro atribuido al maestro del realismo barroco, el resto son muestras de pintores anónimos de la escuela cuzqueña tardía y de artistas limeños menores, y se encuentra en el ambiente donde destaca la colección de manuscritos e incunables. Allí están los famosos misales del siglo dieciocho forrados en piel de cordero neonato. *Agnus Dei*. Pobre cordero difunto, otra hubiera sido su suerte si al nazareno le hubieran llamado cachorro, lobezno o becerro de dios. Pero así es la vida (o la muerte): a unos les toca y a otros no. Dejando atrás una sala poblada por los retratos de los arzobispos de Lima, cuyos beatíficos semblantes parecieran desmentir las simonías y pedofilias presentes en varias biografías, Felipe llega a la sala capitular. Por un momento se distrae con la sencilla belleza del recinto donde los franciscanos se reunían a debatir asuntos tan diversos como la univocidad del ser o la compra de tocino. La sala capitular está hecha toda en cedro de Panamá: la

sillería, el retablo, el techado; destaca la talla en alto relieve que corona la cátedra principal y que muestra imágenes de la vida de Fray Duns Escoto. Si Felipe reconociera al filósofo escocés en la talla quizás se distraería un momento más, recordando sus clases de filosofía en la universidad, donde cuestionara la aseveración de Duns Escoto acerca de que no es la voluntad la que depende de la razón, sino ésta de aquélla. Hoy no la cuestionaría.

–¿Por qué Casa Añil?

–Por “su añil claridad”.

–Ah, claro, debí suponerlo. Por su añil claridad. Obvio. Porque muy diferente sería su carmesí oscuridad o su índigo penumbra. Claro, cualquiera se da cuenta.

–O sea que no conoces la obra de Luis Hernández y encima te burlas. No pensé que el letrado estudiante ibérico pudiera mofarse de la poesía peruana.

–La poesía no es mi fuerte, creo que ya te lo había dicho. ¿Luis Hernández? ¿No es el poeta que se suicidó en el metro de Buenos Aires, o fue en Santiago?

–Decir eso equivale a decir que Van Gogh es el pintor que se cortó una oreja o que Chopin fue el pianista que murió de tuberculosis. Me recuerdas a una tía que tengo en Trujillo, asidua lectora de Selecciones. En fin. Luis Hernández era..., era un poeta de verdad.

–¿Y qué es un poeta de verdad, según tú, o según Javier?

–Uno que junta vida y obra, que no es un posero. Por ejemplo, Vallejo. Tenía una tristeza existencial más grande que su alma, y sus poemas son eso: la tristeza que no puede más. Vallejo no podía ser más que un poeta y no podía más que morir pobre. En cambio, Neruda pudo ser un chef de hotel cinco estrellas o un diplomático de carrera. Y murió coleccionando antigüedades carísimas. Esa es la diferencia.

Estaban en el jirón Killka, que todavía mostraba algunos

rasgos de lo que una vez fue: un punto de encuentro de la cultura alternativa. La erosión causada por los nuevos tiempos se hacía evidente con la presencia de discos de Chayanne y Thalía, y libros de superación personal, antes inimaginables en ese pedazo de calle convertido en aldea comunal, en utópico falansterio de todas las artes y todos los gritos. La necesidad tiene cara de hereje, diría el reportero del suplemento dominical. El mismo reportero al que le responderían de mala gana los creadores/vendedores de rock subterráneo cuando él les preguntara si conocían a Daniel F. o a Piero Bustos. El mismo advenedizo que regresaría a la redacción del periódico sin saber por qué ese local de la esquina (ese pub, escribiría) que albergó desde conciertos punk a reuniones sindicales, desde recitales de poesía que terminaban en batallas campales hasta reuniones de conspiradores pseudoanarquistas que terminaban en el suelo intoxicados por licores sin etiqueta, se llamaba “El Tío Frío”. Nunca sabrá que en el único cuarto cerrado de ese local, que no era otra cosa que una casa en litigio judicial tomada por las hordas de la cultura popular, alguien –un mes después de la inauguración– encontró el cadáver de un anciano sentado en un sillón y con un libro sobre las piernas. Era un secreto a voces, pero nadie se atrevió a denunciar el hallazgo. Muy pronto todos consideraron al anciano lector como el espíritu protector del local. El título de la última lectura del occiso es todavía materia de debate y ya entró en la categoría de mito. Algunos juran que era “Rayuela”, otros creen firmemente en la versión de que se trataba de “El Castillo”, y no faltan los aguafiestas que –seguramente por joder– afirman que era un libro de Paulo Coelho.

Una mano vacía / un trueno insonoro / un lecho en el que nunca voy a pernoctar / una hoguera sin llamas / un gran cielo sin dioses / una calle con seres que no han de ganar. Felipe no reconocía la canción que sonaba en el jirón Killka por

segunda vez. Mientras él compraba libros y discos piratas y no dejaba de asombrarse por los precios, Claudia preguntaba inútilmente por libros de Rubem Fonseca y celebraba las frases estampadas en polos a la venta. Finalmente, entre conversar, comprar libros, discos y afiches, y leer pasajes de libros no comprados, se les pasó la hora de almorzar y acordaron comprar unas butifarras para el camino.

Al cruzar la avenida Tacna ninguno de los dos pudo ver que un grupo de cinco pirañitas que caminaba detrás de ellos acababa de cambiar de objetivo: la señora gorda de la cartera grande quizás tendría menos objetos de valor pero sin duda ofrecería menos resistencia que ese par de universitarios. La ruleta no deja de girar aunque no la veamos. Minutos después, incómodamente sentados en el asiento del fondo de la combi, diseñado para tres japoneses y donde los cobradores pretendían meter a cuatro peruanos, violando las leyes de la física después de haber violado todas las leyes de tránsito, ella continuó la historia de la Casa Añil que había comenzado a contarle en el paradero de la avenida Tacna.

—Antes era una casa-teatro de un grupo vanguardista. El director-productor-guionista-financista del grupo había heredado la propiedad de su madre y vivía con su pareja, un actor. Eso de noche, porque de día ambos trabajaban en la otra casa que la madre había legado, convertida en un colegio Montessori. El director era profesor de castellano y el actor era profesor de educación física. Los niños los adoraban. Era fantástico porque los ingresos del colegio permitían mantener la casa-teatro.

—¿Acaso no tenían buenas recaudaciones?

—Ja. Muchas veces había más actores que público. Era teatro de autor, no lo olvides. Pero todo se terminó cuando murió Oscar, el actor. Murió de una neumonía no tratada, aunque por supuesto todos creyeron que había muerto de

SIDA. En realidad murió de terco.

–¿Cómo así?

–Todo comenzó con una obra un poco absurda en la que el pobre Oscar tenía que echarse un balde de agua fría encima y luego salir semidesnudo a la calle gritando: “ánimo peruanos, que los penúltimos serán los segundos”. La temporada era de junio a agosto, así que saca tu cuenta del frío. Cuando cayó enfermo no quiso suspender la función: ética de teatro pobre. Después se negó a atenderse en una clínica porque decía que los médicos particulares eran unos asaltantes con licencia.

–No se equivocaba.

–No. Pero no le sirvió de mucho su certeza, porque seis horas después de haber llegado a Emergencia del hospital Dos de Mayo murió sentado en la sala de espera. La salud privada te roba, pero la salud pública te mata.

–...

–Esa es la historia de la Casa Añil

–O sea que ahora la casa sólo sirve para las tertulias del grupo de ustedes.

–No sólo del nuestro, también hay un taller de narrativa más tradicional. Pero eso ocurre por las tardes. Por las mañanas funciona una ONG que trabaja en la rehabilitación de niñas prostitutas.

De pronto las quejas del resto de pasajeros y la detención de la combi les indicaron que algo había pasado. Acababan de cruzar la avenida Javier Prado y estaban frente al cine Orrantía, famoso por los murciélagos que revoloteaban durante la función de traspase. Inmediatamente Felipe imaginó que habían atropellado a una anciana en una silla de ruedas o que alguien se había bajado en la esquina anterior dejando olvidada la mitad de su dedo en la puerta de la combi. Pero no. Los comentarios de sus compañeros de travesía le indi-

caron que esta vez no había corrido sangre bajo las fauces de la combi asesina.

–Putra madre con este huevón. Se tira la luz roja justo cuando hay un tombo en la esquina. Cholo cojudo.

–¡’ta que por las huevas lo paran, oe! Yo me voy bajar nomás.

–Tranquilo, choche, ahorita le baja su sencillo y seguimos nomás.

Efectivamente, el chofer de la combi ya se subía presuroso al vehículo después de haber hecho una expedita donación voluntaria a las arcas de la policía nacional, una de las instituciones tutelares de la república. La institución de la coima: plaga bíblica que llegó para quedarse. Coimea el triste tombo, el guardia de tránsito con sueldo mínimo y dentadura cariada, el último escalón de una escalera apollillada; coimea para cumplir con su cuota diaria con el comisario. Coimea el comisario que engorda sentado, llenando libros con denuncias inútiles y con una ortografía escalofriante; coimea para contentar al comandante con una botella de whisky importado, para que no lo destaque a servir en zonas de emergencia donde lo único democrático es la muerte. Y coimea el comandante al coronel y éste al general; y el diputado, el senador y el ministro; y el alcalde, el empresario y hasta el obispo. Se coimea tanto, y en tal desorden, que dos sujetos pueden llegar a coimearse mutuamente. Todo vale, y todo cada vez vale menos. En la cima de esa sólida pirámide alimenticia de generosidad altruista descansan cómodamente el presidente y su asesor, cobrando el premio mayor cada semana y anunciando por televisión que este gobierno tendrá mano dura con la corrupción.

Se bajaron en la avenida Angamos para tomar otra combi. Al ver pasar a un ruidoso armatoste que alguna vez fue de color azul cielo, con casi todas las ventanas sin vidrio

y la carrocería oxidada, Felipe celebró en voz alta que la línea 91 hubiera sobrevivido a la avalancha de combis que hizo quebrar a la mayoría de las líneas tradicionales de microbuses. Nostálgico y emocionado (En este micro iba a visitar a mi primera enamorada todos los días, le dijo), Felipe propuso que tomaran la 91 en lugar de una combi. Claudia no se resistió pero le advirtió que tardarían más, aunque –reconoció– las probabilidades de morir en el camino eran mucho menores. Era cierto. Viajando en los ruinosos microbuses antiguos, con sus asientos destartados o inexistentes, sus chirriantes frenos de aire que se escuchaban a cuerdas de distancia, y la eterna duda acerca de si el escape de monóxido de carbono desembocaba adentro o afuera del vehículo, casi se podía tener la seguridad de que no habría accidentes por exceso de velocidad, y que uno llegaría tarde a su destino. Una de las líneas de microbuses –la 10, también llamada Santo Cristo o “el moradito”– había ganado una fama casi mítica, sobre todo entre los bohemios y trabajadores nocturnos, pues se afirmaba que a cualquier hora de la madrugada, en cualquier esquina de su larguísimo recorrido, uno podía siempre confiar en que pronto pasaría la 10 y lo llevaría de regreso a casa, sin importar el estado de conciencia del pasajero. Por eso es que en esos tiempos pre-combi se decía que el moradito era más fiel que cualquier mujer.

Después de un recorrido sin mayores sobresaltos, fuera de los causados por los baches de las pistas y el prehistórico sistema de suspensión del microbús de la 91, Felipe y Claudia finalmente llegaron a la Casa Añil. Era una construcción antigua, con dos pisos que alcanzaban la altura del tercer piso de un edificio moderno. Una balaustrada superior semicircular coronaba una terraza donde al parecer no se había asomado nadie por décadas. La pintura exterior comenzaba a descascararse por efecto de la niebla marina que cada mañana

invadía, redundante, el distrito de Magdalena del Mar. Pisos y puertas de madera rústica la hacían acogedora. Cuadros sin marcos y leyendas inscritas en las paredes indicaban que por allí pasó el arte alguna vez. Felipe caminaba detrás de Claudia pero se detuvo a leer un texto sobre el dintel de la puerta que abría el pasadizo principal: *A todos los prófugos del mundo / a los que quisieron conquistar el mundo / a los prófugos y a los físicos puros / a las teorías restringidas y a la generalizada / a todas las cervezas junto al mar / a todos los que, en el fondo, tiemblan al ver un guardia / a los que aman a pesar de su dolor, y el dolor que el tiempo hace florecer en el alma.* Iba a preguntarle a Claudia por el autor de ese texto y otros más que le llamaron la atención, iba también a cuestionarle la exclusión de la poesía de las tertulias en una casa tapizada de poemas, e iba a volver a ironizar sobre las reglas dictaminadas por Javier... pero no alcanzó a decir nada porque en ese instante, parada dos metros delante de él en el umbral de una puerta lateral que daba a una habitación amplia, Claudia anunciaba con voz afectada “Ya llegamos, les presento a Felipe: el intrépido estudiante ibérico que se aventura en los incivilizados territorios de ultramar”.

IV

La luz solar que penetra por el otro extremo de la habitación le indica que por allí se llega al claustro principal. Deja atrás entonces la sala capitular. Recuerda que debe tomar por la izquierda, pasando frente a los hermosos azulejos sevillanos, aquellos que algún restaurador designado por el director del Instituto Nacional de Cultura, a su vez designado por el presidente que dice “miones de peruanos” para referirse a los millones de habitantes del Perú, está reemplazando gradualmente por mayólicas pintadas con arabescos. Sobre ese muro de la vergüenza destacan los recientemente descubiertos palimpsestos de escenas mundanas de la vida de Francisco de Asís antes de su iluminación, las que habían sido cubiertas por representaciones pictóricas del tradicional coro de querubines rollizos, afeminados y ojerosos que aparece flanqueando al personaje celestial de turno. Tras rodear casi por completo el claustro llega a una especie de habitación de paso, al pie de una escalera, donde sólo destaca una enorme bóveda de cedro de Panamá de estilo mudéjar. Ahora Felipe duda si seguir por la puerta de la izquierda o la de la derecha, no recuerda bien. De pronto escucha ruido de pasos y voces. Teme que sean de la guardia de Palacio, que ha descubierto el túnel y capturado a quienquiera que haya sido el temerario que siguió adelante con la operación. Aunque –piensa– también puede que se trate precisamente de los conjurados que huyen después de cumplir con la misión (¿Pero es acaso posible? ¿Cómo, si se

supone que el cobarde escapó?). De todas maneras decide ocultarse, e instintivamente sale por la puerta de la izquierda pues el ruido proviene de la derecha. Tiene miedo, pero la adrenalina lo lleva a tomar la pre-decisión de enfrentarse a la guardia si es que llevan capturados a algunos de los del grupo. No tiene tiempo de evaluar que muchas veces sus pre-decisiones no se realizaron, como cuando pre-decidió besar a Claudia después de ver “Y tu mamá también” en el cine. No tiene tiempo porque ya llegaron.

En la habitación había seis personas, todas mirándolo con cierta curiosidad amable. Luego de anunciarlo, Claudia le presentó a uno por uno. Comenzó por Javier. Era un tipo de unos treinta años, alto y grueso, con calvicie prematura. Los anteojos de marcos negros y la barba le daban el aire intelectual que sin duda quería transmitir. Era serio y hablaba pausadamente, siempre con un dejo de cátedra. Después Claudia se encargaría de alimentar el mito, contándole a Felipe que Javier leía cuatro o cinco libros por semana, que había leído todo, desde el Bhagavad-Ghita hasta Salinger, desde Quevedo hasta Javier Marías, desde Arguedas hasta Ian McEwan, que había podido con los siete tomos de En busca del tiempo perdido y los diecisiete tomos de Los Thibault, que era una enciclopedia andante, en suma, a pesar de no haber concluido ninguna de las tres carreras universitarias que cursó. A continuación le presentó a Recavarren, un gordito de ojos pequeños, mirada vivaz y mejillas sonrosadas. Recavarren en realidad se apellidaba Salinas, pero lo llamaban así porque tenía frenillo palatino, por lo que la doble erre la pronunciaba como un francés o un alemán. Según Claudia, él no participaba mucho en las tertulias, excepto cuando el tema en discusión tenía algo que ver con el género policial, del cual se decía fanático. Recavarren había cursado tres años en una facultad de teología. Sentada junto a Recava-

rren estaba La China. Era estudiante de antropología en la Universidad Católica y amiga de Claudia. La China era flaca, pálida, de rasgos orientales, y llevaba muy corto el pelo, que por ser absolutamente lacio a veces le daba la apariencia de un muchachito. Estaba casi siempre de buen humor y lo mantenía en medio de las discusiones más acaloradas sobre textos recién leídos, en las que generalmente defendía la posición más indulgente. La China era, además, muy afanosa; se ofrecía como voluntaria para cualquier cometido, desde comprar papas fritas en la esquina hasta conseguir copias de las declaraciones de impuestos de un diputado. En una esquina de la habitación, al lado de la ventana, estaban Reynaldo y Torito. Reynaldo era, según sus propias palabras, un escritor inédito; según los demás, un escritor fracasado. Acosaba a los periódicos, revistas y editoriales con crónicas, cuentos y hasta novelas que invariablemente eran rechazados. Lejos de asumir sus limitaciones, denostaba a sus detractores con evidente resentimiento y tenía una especial habilidad para detectar discriminación de cualquier tipo en las cartas de rechazo. Con todo, Reynaldo era un lector disciplinado y hacía aportes valiosos a la tertulia. Sus ironías solían lindar con el cinismo, lo que a veces no era muy bien recibido por los más idealistas del grupo. Torito, por su parte, había iniciado estudios de asistencia social en la Universidad de San Marcos en horario nocturno, pero se vio obligado a abandonarlos para trabajar a tiempo completo cuando tuvo que hacerse cargo de la familia de su hermano mayor, quien quedó parapléjico después de sufrir una paliza. Torito era un obrero textil, y si formaba parte del grupo de tertulia literaria era por la amistad que su hermano tenía con Javier. La presencia del pequeño y fornido Torito resultaba algo extraña en esa aparentemente docta tertulia, y algo parecido ocurría con Walter. Con aspecto de niño-bien, alto y desgarbado, Walter era un profesional

de clase media alta (un yupi, según Reynaldo) egresado de la Universidad Ricardo Palma, con afición a los deportes náuticos, las drogas y el alcohol. Aportaba al grupo el único automóvil, fondos para cualquier eventualidad, y una notable colección de chistes procaces.

Javier, Recavarren, La China, Reynaldo, Torito y Walter. Le faltaba conocer todavía a Mariana y Alex, una pareja que a menudo se ausentaba de las tertulias. Pero de la descripción de cada uno de los seis que Claudia le dio al salir de la Casa Añil esa tarde, más la impresión que él mismo se llevó de los siete miembros del grupo que hasta ese momento conocía, a Felipe le sorprendía que ese fuera un grupo exclusivamente de discusión literaria. Esto a pesar de que en aquel primer encuentro –y en muchos otros– sí se discutió un texto. No fue la tesis de Felipe; éste fue cordialmente invitado por Javier a leerla en la siguiente sesión. Un amigo de Recavarren, llamado Wilfredo, llegó poco después que Felipe y, tras ser brevemente presentado como estudiante de sociología de la Universidad Católica y cronista de espectáculos en un tabloide local, leyó un ensayo sobre el fútbol y la violencia de los hinchas. Esa tarde Felipe pudo confirmar lo que Claudia le dijera poco antes, durante el viaje en la combi, acerca de la particular dinámica que a menudo se generaba en aquellas reuniones, y sintió alivio de haber sido postergado para la siguiente sesión.

Fútbol y violencia en los estadios, o el robo de la realidad

¡Carajo! Ese título está como para una ponencia de congreso de antropología, ¿no China? –celebró Reynaldo, mirando cómplice a La China sin que ésta le hiciera caso– Aunque también podría ser: “o la insoportable levedad de la pelota”. Hmm, mejor todavía: “o noventa minutos de soledad”.

Reynaldo, te recuerdo que la idea es no interrumpir la lectura antes que se haya expuesto al menos una idea –amonestó Javier. Continúa por favor, Wilfredo. Y disculpa.

Fútbol y violencia en los estadios, o el robo de la realidad

Hinchas acuchillados en las tribunas, pandillas matando a pedradas a un individuo por vestir la camiseta del equipo rival, automóviles quemados, tiendas saqueadas, mujeres violadas. Las ciencias sociales han intentado explicar el fenómeno de masas de la violencia en los estadios de fútbol, la que no está circunscrita al perímetro de los estadios ni es patrimonio exclusivo de las barras de los clubes; también involucra a hinchas comunes y corrientes, y a la ciudad entera. No se trata de hordas de bárbaros o simple escoria social, lumpen; se trata de adolescentes y adultos con domicilio conocido y hasta trabajo eventual, con pareja y familia, con sueños y esperanzas. ¿Qué hace que se conviertan en feroces e irracionales guerreros, enfrentados a todo lo que no sea su propia bandera? Esto suele explicarse con trillados tópicos que hablan de la válvula de escape social y la identidad en crisis. El presente trabajo postula la hipótesis de que la referida violencia es una reacción del individuo común al robo de la realidad.

La premisa fundamental de este ensayo es que casi toda la realidad comúnmente aceptada, la histórica y la actual, es falsa. Desde la niñez, en el colegio, el individuo promedio escucha historias acerca de heroicos personajes forjadores de la patria que en realidad no fueron más que oportunistas ambiciosos de poder, aprendices de tiranos vitalicios, y casi siempre financiados por el capital extranjero. Así, por ejemplo, se venera a José de San Martín como un americanista libertario y altruista, cuando en realidad luchó casi veinte años en las filas de la monarquía absoluta borbónica contra las campañas liberales de la revolución francesa y sólo peleó diez años en América. En Argentina, gracias a la mafia de la logia Lautaro, fue nombrado general del ejército que después derrotaría a los españoles en Chile, donde no aceptó ser ungido dictador porque sabía que el gran botín de oro estaba en el Perú. A ese destino llegó en la flota comandada por el escocés Cochrane y gentilmente cedida por los capitales

británicos que financiaron la independencia de las colonias a cambio de nuevas plazas mercantiles para la exportación desde los puertos de Manchester y Liverpool. Ya en Lima, y sin disparar un solo tiro, pues se saltó el sur que se mantenía en poder de la corona realista, se nombró dictador omnímodo o “protector”. Sin embargo, su ambición expansionista hacia el norte fue detenida por uno más cazurro que él: Simón Bolívar, quien le ganó la mano por Ecuador y así lo anexó a su Gran Colombia. El caraqueño no fue menos megalómano que el correntino, no bastándole el dominio sobre medio continente, pues se hizo nombrar dictador vitalicio del Perú y el Alto Perú por el congreso peruano, inhabilitando de facto la vigencia de la primera constitución redactada en ese país. Todo fue poco para el general, quien necesitaba el poder antes que aire o alimentos y que prefirió la tisis al anonimato, despidiéndose de este mundo todavía acariciando la posibilidad de un enésimo retorno a la presidencia en Santafé de Bogotá. Ése fue Bolívar, el que quiso ser Bonaparte, el independentista que coqueteaba con la monarquía, el mismo que en nombre de la libertad ordenó la prisión y fusilamiento del general Piar, quien luego de haber derrotado a los españoles en tierras colombianas amenazaba con sus huestes de zambos y negros la hegemonía de los aristócratas criollos que don Simón representaba. Es cierto: ambos, San Martín y Bolívar, soñaban con una América unida... pero unida bajo su dominio.

Del mismo modo, si se retrocede más en la historia, se aturde a los niños con las hazañas de grandes conquistadores como Napoleón, Alejandro Magno o el inca Pachacutec, o con la epopeya del pueblo hebreo en el Antiguo Testamento, soslayando o sublimando los genocidios en los que se afirman. Tampoco la educación religiosa se escapa de la saga falaz, ocultando la existencia de los hijos de Jesús con María Magdalena, o su militancia cuasi-guerrillera en la secta de los Esenios junto a Judas Iscariote. Mentira es también que los norteamericanos pusieran un hombre en la luna en 1969. Las evidencias de luces desde fuentes opuestas, huellas de pisadas debajo del módulo lunar, rocas de utilería rotuladas y cables en las fotografías supuestamente tomadas desde el Apolo XI confirman que todo se realizó en un estudio cinematográfico. Y así todo termina revelándose como falso, desde las declaraciones de los jueces, alcaldes, diputados

y presidentes hasta la estatura de los artistas de cine o la inocencia de las caricias del párroco de la pastoral juvenil. Desde las condiciones del contrato de un teléfono celular hasta el monto del salario mínimo. Todo es mentira.

En este punto es preciso introducir una segunda premisa para fundamentar la hipótesis: el individuo promedio, a pesar de la alienación y el adoctrinamiento al que ha sido sometido por la escuela, la prensa y la televisión, que muestran una realidad que no existe, sabe -en un nivel de percepción muy profundo- que todo es mentira. Lo sabe sin saberlo. Nunca lo va a expresar abiertamente pero posee esa certeza anclada en el fondo de su conciencia. Todo es mentira. Con una excepción: el fútbol en el estadio. El fútbol es el único evento que pertenece al mundo de las luces, la fama y el dinero que se puede observar en la vida real tal cual es. Desde la gradería del estadio se puede comprobar la realidad irrefutable de un gol que después la televisión transmitirá a todos los rincones del planeta y repetirá hasta el hartazgo, convirtiéndolo poco a poco en historia contemporánea. El color azul y blanco del uniforme es azul y blanco en realidad, la cabellera rubia del delantero es así, tal como la ve el hincha; la pelota blanca con diseños negros que se puede ver descansando en el rincón del tiro de esquina es la misma que la televisión enfoca en un primer plano. Es esta correspondencia de realidades la piedra angular del fervor futbolero. Un triunfo en el partido del domingo no puede ser anulado por un decreto del ministerio de economía, no tiene una tasa de interés escondida en la letra chica, no puede ser declarado inconstitucional por la bancada oficialista en el congreso, no puede ser considerado ilegal por un juzgado venal. Allí reside la explicación del misterio de la pasión del fútbol, que hace que más de la mitad de la humanidad vea la inauguración del mundial por televisión, que hace que la FIFA -la mayor y mejor organizada mafia legal- tenga más países miembros que la ONU y que sus edictos tengan supremacía sobre las leyes de cada país, y que hace -sobre todo- que la gente olvide por unas horas su subempleo, su carencia cotidiana, su fracaso crónico, su hambre. Pero así como los sacerdotes son los supuestos intercesores de la voluntad divina, así las verdades del fútbol requieren ser validadas antes como tales por un funcionario de la legalidad: el árbitro.

Aunque el fútbol cuenta con diversos ancestros, pudiendo

trazarse sus orígenes en China, Grecia, la Amazonía o México, es en Inglaterra donde el fútbol moderno nace oficialmente en 1863. Tendría que pasar una década hasta que la figura del árbitro apareciera. Se quería así evitar las verdaderas masacres que ocurrían dentro del área para evitar el gol. Los espectáculos de huesos rotos y heridos sangrantes hacían recordar las competencias de fútbol primitivo, que duraban días, se jugaban en campos sin límites, y muchas veces terminaban con más muertos que goles. El árbitro apareció entonces para ponerle freno al instinto. Desde entonces, la presencia del árbitro es la que determina el carácter oficial de un partido, por mas modesto que sea. No importa que la cancha sea de tierra, que los travesaños no sean horizontales, que los jugadores estén descalzos, o que el punto penal sea un hoyo; mientras haya un árbitro el partido es válido y ya hay motivo para celebrar o lamentar. Pero es precisamente su rol de sancionador de la verdad el que lo convierte en el depositario de todas las frustraciones. Durante un partido el árbitro es algo así como una deidad, él determina el tiempo y el espacio reales. No importa que todos los cronómetros marquen cuarenta y nueve minutos, es el tiempo del árbitro el que vale, el que determina que el partido terminó. No importa que treinta mil pares de ojos hayan visto una pelota salir de la cancha, es el árbitro el que decide si salió o no, o si cruzó la línea de gol. El árbitro es el encargado de convertir las apariencias en verdades. Y esa responsabilidad es a veces demasiado grande. Si se considera que el hincha basa su felicidad del domingo, o de toda la semana, en el resultado del partido, cada vez que el arbitro pita injustamente le esta robando a miles de hinchas un pedazo de realidad que podía ser un pedazo de felicidad. Porque cuando el destino regala un gol del equipo propio... entonces en esos segundos el mundo es maravilloso, se salta y se grita agradeciendo estar vivo, se abraza sin pudor al perfecto extraño que está al costado, se roza la felicidad que siempre se ve desde muy lejos, se regresa a casa con una sonrisa. Son esos escasos gramos de felicidad los que pueden ser robados por una decisión u omisión del árbitro o por una trampa del traicionero equipo rival, la tribu enemiga. Es ese robo de la realidad desplegada ante los ojos (“yo vi que la pelota no entró”, “pero esa mano fue casual”, “no estaba en posición adelantada”) el que no se perdona, el que detona la barbarie en las tribunas y justifica cualquier aniquilación. Y la revuelta ya no es

sólo contra el árbitro o la tribu enemiga, se generaliza contra el orden vigente, la sociedad llena de leyes y normas pero saturada de abscesos de podredumbre.

Por eso la conducta tribal, por eso la violencia criminal y la sangre de inocentes, porque el individuo no puede aceptar que le nieguen lo que sus ojos han visto, porque robarle el único pedazo de realidad pública al que tiene acceso, robarle su verdad irrefutable, sus únicos gramos de felicidad, es demasiado.

–Me gustó. Es un texto con mucha fuerza. Todavía hay que pulirlo, pero me gustó. La idea es interesante, y sobre todo original –adelantó Recavarren para que su amigo no recibiera como primer comentario algún dardo de los otros.

–No está bien equilibrado. Te detienes mucho con San Martín y Bolívar, y lo demás lo pasas muy por encima –dijo La China.

–Hay mucha redundancia cuando hablas del fútbol; hay frases que son mellizas y palabras que repites mucho –dijo Claudia.

–No menos de diez veces dijiste “realidad” –añadió Reynaldo– y el texto, que a ratos bordea el melodrama, está plagado de lugares comunes. Francamente, parece un *collage* de artículos periodísticos del montón. Además, el abuso de las frases largas y las comas lleva a veces a errores de redacción.

–Bueno, siempre hay deficiencias de forma que se pueden corregir, pero ¿nadie tiene un comentario de fondo sobre el ensayo? –comenzó a defenderse Wilfredo, con evidente fastidio.

–A mí me gustaron los datos *freak* –alcanzó a decir Walter, mientras jugaba con un encendedor, antes de que Javier lo interrumpiera.

–Discrepo con Recavarren en cuanto a la originalidad de tu idea. Evidentemente no es original la primera premisa, acerca de la falsedad de la historia oficial y las figuras públi-

cas; basta con preguntarte por las fuentes en que basas los ejemplos que comentas. Pero este no es el problema principal. Tampoco lo es el estilo, algo melodramático y poco logrado. El punto central, de fondo, como tú dices, es que no es del todo original la idea del robo de la realidad. Si bien no está puesto en el contexto actual de pandillas y desintegración social, esa idea ya está presente en al menos dos autores. Juan José Sebreli, en Fútbol y masas, postuló hace veinte años que el partido del domingo en Argentina es a veces el único vínculo del obrero o empleado anónimo con el mundo oficial, el que aparece en los periódicos, y que eso le confiere identidad y hasta prestigio en su entorno social. Sebreli también señala que los malos arbitrajes tienen un efecto desestabilizador sobre la *gestalt* del hincha en la tribuna. Algo muy similar aparece en el libro de Moscati y otro italiano del que ahora no recuerdo el apellido, donde analizan la vida y sueños de los hinchas fanáticos italianos, los *tifosi*. El título es algo así como Mito y realidad de los *tifosi* en el calcio, y lo publicó Bompiani hace unos diez años.

–¡Pero yo no conozco esos libros! Esa idea la desarrollé yo solo –casi gritó Wilfredo, con la voz quebrada.

–Está bien, pero entonces no afirmes en tu ensayo que tu idea es novedosa porque no lo es –replicó Javier sin subir el volumen de su voz. La creación independiente te salva del plagio pero no te devuelve la novedad. Además, lo mínimo que uno espera de un ensayo serio es que el autor se haya documentado antes de escribirlo. No se trata de divagar alegremente sobre algún tema entretenido, para eso están las columnas semanales de los escritores en los periódicos. Hay que ser más riguroso.

Después de mirar a su amigo Recavarren y mover la cabeza mostrando decepción, Wilfredo se fue sin despedirse. Hubo un breve silencio roto por Walter, que no dejaba de

jugar con el encendedor, preguntando si alguien quería acompañarlo a comprar pisco. Torito se ofreció y entonces ambos salieron. Felipe consideró que era el momento de levantarse y excusarse de seguir participando en tan amena tertulia. Al despedirse, justo cuando comenzaban a caldearse los ánimos en una discusión entre Recavarren y Reynaldo acerca de los méritos del ensayo de Wilfredo, Javier le recordó que lo esperaban en la próxima reunión, para escuchar su tesis sobre Amarilis. Felipe le aclaró que incluso una versión resumida de su tesis, la que había presentado como ponencia en un congreso, y que era precisamente la que pensaba leer allí, era considerablemente larga, mucho más que el texto que acababa de leer Wilfredo. Claudia intervino para proponer que Felipe dividiera su presentación en dos partes y Javier estuvo de acuerdo. Ella después lo acompañó hasta la puerta para despedirlo.

—¿Siempre son tan hospitalarios e indulgentes con los textos ajenos?

—Sabía que te ibas a espantar. Pero no te preocupes, yo creo que tu tesis va a ser bien acogida.

—Seguramente lo mismo le dijo Recavarren al pobre Wilfredo, que a esta hora debe estar saltando desde un acantilado. Por lo menos yo tengo una lista de ciento veinte referencias bibliográficas. Le daré una copia de ella a Javier antes de empezar, para que su majestad no me acuse de poco serio.

—No seas tonto —le dijo sonriendo con cariño, al tiempo que lo despeinaba—, además te has perdido la que a menudo es la mejor parte: la conversación libre después de la lectura de los textos.

Felipe interpretó ese gesto concreto de cariño o cercanía (el despeinarlo) como la señal para animarse a decirle lo que no se atrevía.

—Oye, abogada de cocodrilos, te invito al cine, mañana en

la noche. ¿Ya viste “Y tu mamá también”? Tiene buena crítica.

–Pensaba ir a verla. Mira, mañana es el cumpleaños de mi tía abuela y ...

–Claudia, por favor, si no quieres ir sólo tienes que decir que no, nada más. No hay drama en dar una negativa, somos adultos, es sólo una invitación al cine, pero por favor no me des excusas como que tu tía abuela cumple cien años o tu loro tiene clases de ópera.

–No seas irrespetuoso. Mi tía abuela, que cumple ochenta y cuatro, me crió hasta que yo cumplí diez años. Todavía mantenemos una relación muy cercana, a pesar de su ceguera. Y si no me hubieras interrumpido con tu arrebatado machito despechado, me hubieras dejado terminar de decir que después del cumpleaños podríamos ir al cine, pero que calculando lo que suelen extenderse esas fiestas familiares, sólo nos quedaría ir a la última función, la que termina como a medianoche. Yo no tengo problema en que vayamos a esa función. No sé tú.

Luego de disculparse y, una vez más, sentirse tonto frente a Claudia, Felipe confirmó la invitación al cine y se despidió. Mientras caminaba sin rumbo fijo por las viejas y deterioradas calles de Magdalena del Mar, donde –como si el barrio se hubiera estancado en los 70– todavía se podía ver personajes casi olvidados de su niñez, como el anciano afilador de cuchillos tocando su zampona, o el organillero cascarrabias y su monito desnutrido entregando la suerte, Felipe se debatía entre dos sentimientos. Por un lado, lo acosaban la ansiedad y los nervios por tener que leer su tesis en ese cenáculo con tintes de circo romano. Por otro lado, comenzaba a percibir que Claudia le estaba interesando mucho. Y en ese punto volvía a maldecir su torpeza en el comportamiento frente a ella.

Felipe caminaba ensimismado, por lo que no se dio

cuenta de que diez metros adelante, bajo la sombra de una acacia y frente a la puerta entreabierta de uno de los tantos callejones donde la cálida gente de Magdalena del Mar se hacina, había un par de muchachos de aspecto patibulario, sospechosos de todo lo que se quiera imaginar. No se había percatado todavía de su presencia cuando lo derribaron de un violento empujón. Un segundo después tenía a uno de ellos estrangulándolo desde atrás y al otro acercándole un cuchillo de carnicero a la cara mientras le gritaba “Te mueves y te corto, conchetumadre”. Sin la menor intención de poner a prueba la veracidad de la amenaza, Felipe concentró todos sus esfuerzos en quedarse inmóvil. Lejos de agradecer la gentil colaboración del transeúnte asaltado, los ladrones, después de despojarlo de su reloj, cadena de oro y billetera, lo amenazaron nuevamente con el enorme cuchillo, esta vez para señalar lo desaconsejable de un eventual seguimiento o llamado a la policía. Luego se fueron caminando tranquilamente. Sentado en la vereda, ya pasado el susto, Felipe miraba a su alrededor y notaba detalles que antes había pasado por alto. Destacaba un enorme y pestilente charco en la esquina, flanqueado por un cerro de bolsas de basura –la mayoría de ellas abierta– tan grande que permitía la coexistencia pacífica de tres perros callejeros buscando su cena. Se desconoce de qué acusaban entonces sus opositores al alcalde de Magdalena del Mar, el que seguramente había probado ya las mieles del peculado y la malversación, pero queda claro que nadie podía acusarlo de cumplir con su trabajo. Sea como sea, no se justifica tanta severidad con el pobre alcalde, que en el fondo ha aprendido de sus predecesores que la oportunidad no espera al ladrón: si no roba ahora ¿cuándo? Unos minutos después, acertaron a pasar por allí un par de señoras gordas y de mirada amargada, las que tras rodear al joven extrañamente sentado en el suelo comentaron en voz alta los terribles efectos de la pasta básica

de cocaína sobre la juventud actual. Pasados diez minutos, cuando sólo una mente paranoide podría interpretarlo como el inicio de una persecución, Felipe decidió por fin levantarse del suelo.

V

Apoyado contra la pared a un lado de la puerta, con todos los músculos tensos y el corazón latiendo acelerado, Felipe escucha a una voz infantil decir a gritos “¡Pasu madre, qué miedo las calaveras! ¿no? ¿Viste esa que tenía un hueco en la cabeza?” A continuación, una voz paterna reprende y calla al niño emocionado, invocando respeto por el lugar sagrado. Entonces Felipe comprende que se trata de otro grupo de visitantes, que ya está de salida. Se siente algo aliviado. Si bien la incógnita sobre el origen y –sobre todo- las consecuencias de esa explosión se mantiene, Felipe no se ha visto todavía en la situación de poner en práctica su pre-decisión de enfrentarse a la guardia de Palacio. Lo importante es que ahora ya sabe qué camino seguir para llegar a las catacumbas. Espera unos segundos a que los visitantes se alejen y sale por la puerta de la derecha. El golpe de humedad salobre que recibe en el rostro le indica que ya está cerca.

Las catacumbas de la Iglesia de San Francisco fueron construidas originalmente como lugar de sepultura del humilde clero franciscano. Sin embargo, poco a poco el criterio de selección de los huéspedes fue relajándose, admitiendo primero a ilustres religiosos de otras confesiones y finalmente a legos nobles, los que con impecable lógica razonaron que si podían asegurarse un lugar en el cielo para su alma comprando indulgencias entonces también podían comprar un lugar en la tierra para su cuerpo. Con el inevitable aumento de la población de vivos creció también la población de muertos,

sobre todo en tiempos de plagas como la viruela, el cólera, la disentería y la escarlatina. El aumento de la demanda de nichos generó que las catacumbas perdieran su ordenado trazado inicial de galerías paralelas y transversales –copiado de las de la Via Appia– para dar paso a un crecimiento irregular, con galerías curvas que terminaban en puntos ciegos y un segundo nivel subterráneo, el que fue construido sólo parcialmente pues los continuos derrumbes impidieron su terminación. Tal como le contara La China al resto del grupo en una reunión en la que no hubo lectura de textos, diversos intereses hicieron que una parte de las catacumbas creciera en dirección al Palacio de Gobierno. Inicialmente fue el antojo en 1580 del virrey Francisco de Toledo, famoso por haber reglamentado el trabajo esclavo de los indios en las minas que financiaron la prosperidad europea y contra cuya administración se rebeló en el Cuzco Tupac Amaru II. El virrey Toledo quiso disponer de un mausoleo exclusivo para su familia separado del ya abultado osario que rebalsaba las galerías originales.

La Catedral, con un número limitado de catacumbas, estaba cerrada para quien no fuera abad u obispo. Después de 1580, otros dos virreyes, Manuel de Amat y Fernando de Abascal, imitaron el ejemplo de Toledo no tanto por necesitar un mausoleo sino para no ser menos que su antecesor, y así la construcción bajo tierra siguió creciendo. No hubo otro episodio de ampliación de las catacumbas registrado por la historia hasta bien entrada la República, en la época en que los generales concebían que después del grado de mariscal les aguardaba, en todo mérito, el de presidente. El sutil inconveniente del exceso de generales-candidatos al sillón presidencial se solucionaba mediante el reiterado expediente de la sublevación militar. Esto en la práctica significó que el periodo presidencial se redujera a poco más de dos años en

promedio y que –décadas después– los escolares peruanos sufrieran al tener que memorizar una interminable lista de presidentes, en la que se incluía a dos militares cuya capacidad de leer y escribir nunca fue demostrada.

En el año 1936, en aquella época de prosperidad democrática basada en la vertiginosa alternancia en el poder, en la que los tiranos de turno se retrataban con laureles romanos, supo perpetrar su segundo golpe de estado el general de división Oscar Raimundo Benavides Larrea. En realidad, no se trató de un golpe de estado tradicional, como el que en 1914, siendo todavía coronel, lo llevara al poder tras derrocar al presidente constitucional Guillermo Billinghurst, cuyo populismo amenazaba a la oligarquía local. Lo que en 1936 hizo Benavides, por entonces presidente saliente, fue ignorar el resultado de las elecciones, decidiendo que lo mejor para el país era que él prolongase su periodo como jefe de estado. Había recibido la presidencia en 1933 para completar el mandato del asesinado presidente Luis Sánchez Cerro, un comandante que a su vez había llegado al poder en 1930 derrocando a Augusto Leguía, el mismo que había depuesto a José Pardo en 1919 y a continuación había extendido su mandato reformando dos veces la constitución para poder reelegirse sucesivamente, completando once años en el sillón presidencial.

El general Oscar Benavides era un hombre mestizo de un metro sesenta de estatura que siempre quiso ser más alto, menos gordo, y europeo. Este último deseo probablemente se gestó durante sus estadías como embajador en Roma, Madrid y Londres. A pesar de ello, y para sorpresa de las otras legaciones diplomáticas, el único idioma europeo que el general Benavides hablaba –y con alguna dificultad– era el español. En su calidad de presidente, después de rebautizar con su nombre numerosas avenidas y plazas, nombró ministro

de educación a su hermano menor, un oscuro teniente sólo conocido por su afición al ron de caña verde. Al ministro se le encomendó una reforma educativa, cuya característica más notoria fue modificar los textos escolares para incluir a los ancestros de la familia Benavides Larrea en hitos históricos.

A los padres de los escolares no les causó mucha sorpresa enterarse de que el segundo apellido del descubridor del mal de la verruga, el médico Daniel Alcides Carrión, era Benavides. Tampoco fue cuestionado que el hasta entonces desconocido lugarteniente del general Sucre en la batalla de la pampa de la Quinua en Ayacucho, que significó la derrota definitiva de las tropas realistas en el Perú, se llamara Oscar Edmundo Benavides. Sin embargo, nadie entendió cómo el comandante de las tropas de Sayri Tupac –el primero de los incas rebeldes del Vilcabamba– pudo haberse apellidado Larrea, dado que la historia oficial del periodo inmediatamente posterior al asesinato del inca Atahualpa por el conquistador Pizarro no consignaba que español alguno se hubiera pasado a las filas de los derrotados. Estos desaguisados en el área educativa tuvieron su contraparte en el ámbito económico una vez que asumió como ministro del sector el cuñado del presidente, Hernando Larrea (o Hernando de Larrea, como acostumbraba firmar, no se sabe si para despistar a los acusadores de nepotismo o para darse ínfulas con ese apellido de hidalgo español). El decreto más notorio durante su periodo en el ministerio fue el que promovió el cultivo intensivo de arroz en el desierto de Sechura. El presidente Benavides también es recordado por haber financiado la inmigración italiana aun a costa de desequilibrar el presupuesto nacional, todo debido a su admiración por las ideas y la persona de Mussolini, quien era más alto y más esbelto que Benavides, además de ser europeo. Las no siempre bien entendidas medidas de gobierno y el natural desgaste de permanecer más de un año

en el poder generaron recelo entre sus pares uniformados, los que prontamente iniciaron contactos para derrocar a quien a esas alturas ya firmaba como Oscar I. El general Benavides, en su no tan delirante paranoia, quiso tener una salida de escape para no terminar sus días colgado en una plaza pública por la turba ingrata, como su admirado Duce. Fue entonces, a mediados de 1938, que mandó a ampliar en secreto las catacumbas de la Iglesia de San Francisco, construyendo un túnel que llegaba hasta el subterráneo del Palacio de Gobierno. En jornadas de trabajo inhumanas, docenas de albañiles y mineros bregaron día y noche. El resultado final fue que el túnel estuvo listo en menos de cinco meses, y que cuatro obreros perdieron la vida en su construcción.

La crónica de la época relata que en la mañana del 26 de enero de 1939, ante fuertes rumores de un levantamiento militar que se dirigía hacia Palacio a deponerlo, Oscar R. Benavides intentó huir por el túnel secreto. Para su suerte, el rumor era infundado, pues el general apenas alcanzó a recorrer veinte metros del túnel antes de caer rendido y sin aliento, debido al peso de las maletas cargadas con dinero, títulos de propiedad de empresas estatales, joyería propia y de las condecoraciones gubernamentales, marcos de pan de oro de cuadros coloniales, candelabros de plata y hasta custodias de oro pertenecientes a la capilla de Palacio. Pero el susto no fue en vano. Meses después convocaría a elecciones y tras decidir personalmente su resultado antes del innecesario conteo de votos, instaló en el poder a un civil, de nombre Manuel Prado. Este hombre, fundador de un partido político llamado Movimiento Democrático Pradista, era hijo de Mariano Ignacio Prado, quien fuera presidente del Perú dos veces, primero como dictador entre 1865 y 1868, y luego elegido en 1876 en un proceso electoral tan diáfano como el que ganara su hijo Manuel. A fines de 1940, Manuel Prado ordenó cerrar con

una tapia el acceso al túnel desde las catacumbas de la Iglesia de San Francisco. Este hecho ha sido interpretado como una señal de desdén a las precauciones del general Benavides y de confianza en los métodos familiares para resolver los inevitables inconvenientes del poder. Su padre, Mariano Ignacio Prado, se despidió de Palacio con un viaje a Europa en 1879, adonde llevaba buena parte de las reservas del tesoro público y cuantiosas joyas recaudadas de las patrióticas familias de la aristocracia, con la alta misión de adquirir acorazados y armamento pesado para la guerra con Chile que acababa de declararse. Mariano Ignacio Prado, valeroso presidente en ejercicio, no compró armamento alguno con la fortuna que llevó a Europa y no volvió al Perú. Su dilecto hijo Manuel efectivamente no requirió del mentado túnel secreto pues pudo terminar su primer gobierno relativamente en paz en 1945. Sin embargo, es muy probable que haya echado de menos alguna salida de emergencia cuando tuvo que huir al exilio tras la persecución desatada por el golpe de estado del nefando general Manuel Odría en 1948 y cuando su segundo gobierno fuera bruscamente interrumpido por otro golpe de estado en 1962.

—¿Otra vez?

—Sí. Se postergó otra vez tu turno. Lo que pasa es que este amigo de Walter ya se va de Lima y si no lee su ensayo este martes ya no podrá hacerlo. Además, no creo que te venga mal tener un poco más de tiempo para trabajar en tu tesis.

—Es cierto, pero tampoco dispongo de tanto tiempo. Recuerda que todavía tengo que viajar a Huánuco. A propósito, espero poder hablar pronto con Javier acerca del párroco a cargo del archivo.

Claudia y Felipe estaban en la cola del cine. Al llegar a la ventanilla ella insistió en pagar su entrada pero él se man-

tuvo firme y repitió “Dos entradas por favor” a la cajera que observaba con la mayor apatía posible esa escena repetida. Cuando recibió las dos entradas en la mano, Felipe se sintió triunfador de la pequeña batalla y se dirigió hacia la puerta de entrada al cine. Sin embargo, tuvo que detenerse cuando oyó a Claudia pedir una entrada en la boletería. Entonces ella se le acercó y le habló sin encono ni jactancia, en un tono seguro.

–Si te digo que voy a pagar mi entrada no significa otra cosa que voy a pagar mi entrada. Ahora te sobra una. Mira a quién de la cola se la vendes, o se la regalas.

–...

–No te apures, yo te espero –dijo ahora con un amago de sonrisa y en un tono algo más dulce, casi compasivo a oídos de Felipe.

–Parece que te cuesta mucho dejarte querer –le replicó él al tiempo que volteaba y se dirigía de regreso a la cola, a medias arrepentido de decirlo, a medias orgulloso de haber dado ese primer paso.

Claudia se sintió descolocada con esa frase y no acertó a decir nada durante la película. Se sentía observada por Felipe pero no quería girar la cabeza para verificarlo, no por evitar quebrar el encanto de la escena sino por no parecer agresiva. Además la película resultó ser bastante buena. Efectivamente, él la miraba cada tanto. Le miraba las manos y el rostro. Se preguntaba si alguna vez esas manos responderían a las caricias de las suyas y ese rostro, ahora de gesto concentrado, se desarmaría en la antesala de un beso. Al salir del cine, todavía los dos en silencio, Felipe pre-decidió que al final de ese encuentro besaría a Claudia. No lo decidió del todo porque tenía claro que era necesario cierto ambiente propiciatorio, que sería una necedad acometer con la boca en ristre en medio de una agria discusión sobre política o religión. Ahora bien, si lo pre-decidió no fue tanto por estar dominado por

la pasión como por intentar definir el curso de las cosas. No tenía tiempo para procesos de enamoramiento largos y no quería enamorarse en solitario. Esa suerte de prudencia –o cobardía, según se mire– en las lides del amor era una tara que ninguna frustración había podido curar. Fue finalmente ella la que se animó a hablar.

–Es tarde. ¿Estás todavía sin documentos?

Felipe dudó en responder. Si se quedaba con la afirmación, entonces parecía que ella ya quería dar por terminada la noche. Si en cambio consideraba la pregunta, entonces aparentemente ella quería romper el hielo con una pregunta cualquiera, que incluso denotaba preocupación por él. Eligió quedarse con la mejor alternativa.

–Sí, recién en una semana más me entregan el duplicado del DNI. ¿Es muy peligroso andar de noche sin papeles? Yo no tengo la culpa de que me hayan asaltado, supongo.

–No es tan peligroso en realidad. Por último, si te para un policía y te pide documentos ya sabes que con diez soles lo arreglas.

–Diez soles. Cómo cambian los tiempos. Hasta hace unos años las coimas eran bravas, a uno le dolía soltar tanta plata.

–Sí pues, la devaluación no perdona ni a las instituciones más tradicionales, como la coima al tombo. No sabes. Me han contado casos de policías coimeados con tres soles, con una cajetilla de cigarros, con la compra de un boleto para una rifa, hasta con un kilo de limones.

–A este paso, pronto los tombos darán plazos para el pago de las coimas. O aceptarán tarjetas de crédito.

–Me parece razonable, hay que cuidar la clientela en estos tiempos de libre mercado. Esto lo aprendí hace poco viendo a un amigo pelearse porque le querían revisar su bolsa de compras en una librería de Miraflores. Cambiando de tema, ¿nos despedimos ahora o me acompañas a mi casa?

No quiero llegar más tarde porque mi mamá está despierta esperándome.

Sobra decir cuál fue la respuesta de Felipe al ofrecimiento. En el camino, a solicitud de él, Claudia le contó en qué ocupaba su tiempo, además de asistir a la tertulia literaria dos veces por semana. Supo entonces que ella todavía iba a la universidad como alumna oyente –no tenía plata para matricularse– de un par de cursos del postgrado en literatura. Además, dedicaba dos o tres días a la semana a dar clases particulares de matemáticas, física y química a escolares de bajo rendimiento y buena situación económica. Felipe no reprimió sus burlas por el desparpajo de ella, formada en letras, para dar clases de ciencias. Claudia se defendió explicándole que a esos colegiales adolescentes les daba lo mismo que la clase fuera de matemáticas, gramática, trigonometría, alquimia o islamismo; igual no le prestaban atención. Las clases las contrataban los padres –siempre ausentes– para sentir que hacían algo por sus hijos-problema y ahorrarse molestias de conciencia. Los muchachitos no tenían otra inquietud que acortar la clase para alcanzar a fumarse un pitillo de marihuana antes de que llegaran los padres. Las chicas ocasionalmente le pedían consejo a Claudia acerca de su iniciación sexual.

Media hora después de haber salido del cine, Claudia le presentaba a su madre. La señora Beatriz era una mujer pequeña y delgada, de unos sesenta años, con el cabello totalmente cano, y de mirada dulce pero un tanto extraviada. Después de los saludos su madre le dijo que Javier la había llamado varias veces, que por favor le devolviera la llamada apenas llegara, sin importar la hora. Claudia se excusó con Felipe, lo invitó a sentarse en la minúscula sala del departamento y pasó a otra habitación. La señora, después de ofrecerle amablemente un cafecito o un tecito y no insistir ante su negativa, se llevó un plato y una taza vacíos que estaban sobre la mesa. Al volver de

la cocina se sentó frente a él, sonriéndole. La televisión estaba prendida pero con un volumen inaudible. En los siguientes treinta segundos de silencio, Felipe se dedicó a observar con fingido interés los cuadros que poblaban las paredes de la salita. Todos eran afiches enmarcados con reproducciones de Van Gogh y Chagall.

—¿Le gustan los cuadros? —dijo la señora sonriendo.

—Sí. Son muy bonitos —respondió él, temiendo que esa conversación forzada tomara cuerpo pues su interés estaba en escuchar algo de la conversación por teléfono de Claudia, que a esa altura ya había subido la voz.

—Son bellos. Tienen una fuerza expresiva muy grande. ¿Sabe? Todos los cuadros de esta casa los pintó mi marido, el padre de Claudia.

—Ah —fue todo lo que alcanzó a decir, sorprendido y dudando de si se trataba de una broma.

—En realidad, él era escritor y profesor de literatura en San Marcos, pero también pintaba, desde muy joven. Carlos siempre aparecía en el periódico, por una cosa o la otra. Incluso una vez lo postularon para el premio Nobel, pero no ganó. Usted sabe, la envidia y los celos de la gente. Siempre es así, a los que no tienen buenas relaciones no los reconocen nunca. Al final el premio lo ganó Borges, un poeta argentino. ¿Lo conoce usted?

—Eh, sí. He leído algo de él —repuso Felipe más sorprendido aún y a la vez alarmado por la conversación de Claudia que ya llegaba a los gritos.

—Yo no, se lo digo honestamente. Suficiente tengo con leer los libros de Carlos, que son muchísimos. A mi edad la vista se cansa pronto, y encima siempre hay algo que hacer en la cocina. Por eso es que apenas puedo leer una o dos horas al día, después de ver el noticiero. Leo y leo hasta que me ataca el sueño y aquí me quedo dormida, en este mismo

sillón. Claudia siempre tiene que venir a despertarme. Claro, cuando ella sale de noche, como hoy por ejemplo, yo ya no leo sino me quedo aquí sentada, esperándola. Usted sabe, una madre siempre se preocupa, aunque los hijos digan que ya están grandes, una siempre se preocupa. Sobre todo en estos tiempos, con tanta delincuencia en las calles, y que ya no se puede confiar ni en la policía. Pero ¿qué le estaba diciendo? Ah, sí, que no tengo mucho tiempo para leer. Claro, con leer los libros que escribió Carlos ya tengo de basta y sobra. Ahora estoy terminando de leer uno muy interesante, es sobre unos asesinatos en un monasterio de la Edad Media. Se llama El nombre de las rosas, o algo así. Muy interesante.

En ese momento apareció Claudia de regreso, visiblemente molesta. Felipe comprendió inmediatamente que era el momento de retirarse y entonces se despidió de su madre, quien amablemente le prometió que para la próxima vez le prepararía un rico queque de naranja. Claudia lo acompañó hasta la puerta.

–¿Algún problema con tu mentor?

–No quiero hablar ahora de ese cojudo.

–Vaya, pensé que Javier era depositario del don de la infalibilidad, como los Papas, pero veo que no es así. Pero, está bien, no hablemos de eso. Lo que quería preguntarte era sobre tu mamá.

–¿Te estuvo diciendo cosas extrañas, no?

–Sí. Al comienzo pensé que estaba bromeando, pero después...

–Mira, no es el mejor momento para contarte esto, pero qué le vamos a hacer. Te la voy a hacer corta. Mi padre era militante del PRT, uno de los muchos partidos de izquierda que brotaron en las universidades después de la matanza del EGP.

–¿El EGP?

–Ejército Guerrillero del Pueblo: De la Puente, Lobatón, Palacios, las guerrillas del 65, ¿no te suena? Bueno, da igual. En el PRT, que se reagrupó a comienzos de los setentas, nunca pasaron de la retórica incendiaria: puras declaraciones subversivas y panfletos agitadores pero ninguna acción concreta. Además eran cuatro gatos. Sin embargo, una noche de reunión hubo un allanamiento y se los llevaron a todos. Fue un escuadrón paramilitar vinculado al ejército. Dicen que todo fue por un soplo de un ex-militante del partido que había caído preso. Sea como sea, el caso es que tres meses después, cuando mi madre y mis tíos habían repetido mil veces el peregrinaje por comisarías y cuarteles, donde siempre negaron las detenciones, encontraron los cuerpos de los seis en un descampado cerca de Huachipa. Todos estaban amarrados y con un tiro en la nuca. Yo tenía tres años y Luisa, mi hermana menor, un año. Mi mamá se quebró y estuvo en rehabilitación por mucho tiempo, por eso me crió mi tía abuela. Después mi tío Diego -hermano de mi padre- y su mujer se encargaron de nosotras. Ellos viven en Trujillo, donde estudia Luisa. Ahora mi vieja está mejor, se ha hecho muy amiga de la vecina y su hermana, se la pasan todo el día conversando y jugando cartas, pero de vez en cuando, cuando alguna noticia le remueve algo en la memoria, se le cruzan los cables y ... bueno, ya lo viste.

–Lo siento mucho.

–No más que yo.

–...

–Disculpa, hoy no ha sido un bien día. Se me juntaron varias cosas. Ya venía tensa de la reunión por el cumpleaños de mi tía abuela, que está cada vez más deteriorada, pero mis primos chupaban y tragaban como si fuera una fiesta de quinceañera. En el camino al cine me topé con un viejito que apenas podía caminar, un vendedor ambulante que ofrecía

unas muñecas enormes y horribles. ¿Quién va a comprarle una en estos tiempos? No hice más que mirarlo, ver su cara agotada, cansada de luchar, de aferrarse absurdamente a la vida que comienza en la mañana y termina en la noche para volver a comenzar a la mañana siguiente, sin que nada haya cambiado. Apenas me miró un instante y, quién sabe porqué, no se esforzó en ofrecerme sus muñecas feas, enormes, algunas con un ojo cerrado. Yo no llevaba plata encima más que para el cine y los pasajes, pero de haber tenido plata disponible seguramente tampoco le hubiera comprado sus muñecas horribles. Sólo tenía ganas de abrazarlo fuerte y decirle al oído que dejara de luchar, que no tenía sentido seguir ampolllándose los pies en esos zapatos rotos, maltratándose los riñones por caminar diez horas diarias; que se rindiera, carajo, que en un acto de dignidad, de soberanía, se le adelantara al tumor o la neumonía que lo estaba esperando más adelante, que obviara la agonía en una asistencia pública hacinada y sin presupuesto ni para el algodón. Pero por supuesto no le dije nada. Me quedé con mi rabia y mi desesperanza, puteando primero al sistema criminal que nos imponen, y después recordando a los diputados de izquierda cobrando puntuales su sobresueldo igual que los de derecha, chupando el mismo whisky comprado en el mismo Duty Free al volver de sus encuentros continentales que no son más que excusas para hacer turismo. Los imaginé acosando a las azafatas con su galantería torpe, su mal aliento y sus dientes sarrosos; y los seguí recordando en los mítines, vociferando que la verdadera revolución socialista, compañeros, arrasaría con este sistema hambreador y traería justicia para las grandes masas populares oprimidas por el neoliberalismo salvaje del fondo monetario, el imperialismo yanqui y los gobiernos vasallos, genuflexos; pero no lo haría con las armas asesinas del pueblo, sino con la fuerza de la razón, por la vía constitucional, pues no éramos

una banda terrorista. Y entonces me acordé de mi época de militante de la izquierda cristiana, distribuyendo panfletos como una cojuda en el barrio obrero a las seis y media de la mañana, arriesgando las represalias de los sindicatos tomados por Sendero, saltando de resfrío en resfrío, para qué, para que el presidente del partido, después de perder la elección de senador, se consiguiera un puesto en la comisión de derechos humanos de la ONU y viajara con pasaporte diplomático al foro de Sao Paulo. Entonces, como si alguien hubiera apretado un botón, me agarró una onda jodida, un sentimiento de derrota que a veces me ataca y por lo general me deja hecha mierda. Le pierdo la fe a todo, dejo de encontrarle sentido a seguir. Que todo se vaya a la mierda, que los pobres sigan sufriendo, los ricos abusando y los políticos robando, que el país termine de reventar, con la bendición del cardenal fascista que tenemos. Ya sé, los hombres suelen achacarle estos ataques de sensibilidad a las putas hormonas, pero no entienden nada. Nunca entienden nada. En fin. Así estaba cuando te pusiste de macho galante con las entradas en el cine. Por eso reaccioné. Y para ponerle la guinda al pastel, el idiota de Javier, ese que se cree semidiós porque ha leído todo, hasta la guía telefónica, me llama para recriminarme por ... bueno, dije que no quería hablar de eso, y no lo voy a hacer. Ya es tarde, voy a entrar de una vez. Perdóname, pero necesitaba desahogarme.

Felipe asintió en silencio. Tenía ganas de abrazarla, de apretarla fuerte un rato largo, pero no lo hizo. Tampoco la besó, como había pre-decidió horas antes. Simplemente se despidió delicadamente después de mencionar que de todas maneras él la había pasado bien con ella, que podrían salir otra vez. Ella asintió con el poco entusiasmo que le quedaba y él por primera vez la vio frágil. No supo si era por su pelea con Javier, por su madre, su tía abuela o el vendedor de muñecas,

pero igual se sintió más cerca de ella. No la había besado, eso era cierto, pero se sentía un poco más dentro de su mundo.

De regreso, sentado en el último asiento de una combi, algo embobado todavía, Felipe miraba por la ventana el paisaje nocturno de la Avenida Brasil. Volvió a sentir ese cosquilleo en el pecho. Un pastor evangélico atribuiría ese sentimiento a la presencia del espíritu santo, un médico endocrinólogo a un desajuste hormonal y su mejor amigo a una prolongada abstinencia sexual. Como sea, Felipe observaba a las personas esperando en los paraderos, a los basureros haciendo su trabajo, a las parejas caminando tomadas de la mano, y –como en un poema de Vallejo– tenía ganas de correr a abrazarlos a todos. Sin embargo, como todo trance místico, ese sentimiento no duró mucho. Se vio interrumpido cuando un hombre que llevaba un maletín muy pesado, tal vez un gasfitero o un vendedor de enciclopedias, cayó sentado bruscamente a su lado por una repentina maniobra del chofer de la combi. Pensamientos un poco más prosaicos reemplazaron entonces a ese vallejiano querer demostrativo. Se preguntaba si sería buena idea invitar a Claudia a pasar un fin de semana en la casa de playa que tenían unos tíos suyos en Pucusana. A lo mejor ella se resistiría, no tanto por timidez o pudor como por su visceral rechazo a los lugares con algún olor a pituquería. Quizás sería mejor invitarla a una excursión al campo, podía ser a las lomas de Lachay o a los bosques de Zárate. Porque con castas visitas a la casa de su madre, por más frecuentes que fueran, no iba a llegar muy lejos, y su estadía en Lima no era muy larga.

Cuando la combi atravesaba esa zona oscura en la que la Avenida del Ejército corre flanqueada por el orfanatorio y el manicomio, descubrió la amarga ironía que había en la asociación del nombre de la avenida con las instituciones de beneficencia. Pensó que durante la década de la violencia el

ejército había sido quizás el principal proveedor de individuos a sus poblaciones internas. Lo que Felipe ignoraba era que en el último tiempo los dramáticos reportajes televisivos denunciando las condiciones extremas de miseria material y humana de estos centros de reclusión se habían convertido en un clásico de los programas dominicales de investigación periodística, los que con dedicado morbo aseguraban altos niveles de audiencia. Para enfrentar esta situación el dictador había designado, en bullada conferencia de prensa, a una señora *nisei* que –él le aseguraba al país entero- le devolvería la dignidad y la solvencia a ambas instituciones. Un par de años después se descubrió que la señora había logrado reunir una cuantiosa fortuna personal con el dinero de las donaciones y la venta de las medicinas, víveres, frazadas, colchones y ropa de invierno de las colectas de caridad. Curiosamente, la benemérita señora fue procesada y encarcelada, reclamando –no sin razón- inocencia. Al fin y al cabo ella sólo seguía el ejemplo de sus superiores. Al llegar a un semáforo en la avenida Larco, en Miraflores, Felipe vio un tumulto en la puerta de lo que parecía ser una discoteca. Había policías, una cámara de televisión, muchachitas en crisis histéricas, muchachos gritando insultos y amenazas, y muchos curiosos. Todos los pasajeros se preguntaban qué había pasado, contagiando su curiosidad al chofer, quien a pesar de tener la luz verde y recibir bocinazos se negaba a avanzar. Finalmente subió a la combi un muchacho salido del tumulto y fue inmediatamente interrogado. Todavía agitado, contó que esa discoteca era la que había sido denunciada varias veces por discriminación racial, por impedir la entrada a cholos, indios y negros. Felipe recordaba haber leído en el periódico la noticia. La estrategia era simple: si el cliente era de raza blanca podía pasar después de cancelar la entrada, pero si presentaba rasgos indígenas o negroides era interceptado por

el gorila de la puerta y conminado a presentar un carnet de socio, señalando un letrero que anunciaba que sólo se permitía la entrada a socios de la discoteca; esto sellaba la suerte del sorprendido cholo, indio, negro o variopinto mestizo, pues no existían tales carnets. Lo que había ocurrido era que un grupo de activistas de un autodenominado Movimiento Anti-Discriminación, MAD (el muchacho mostró un volante que había recogido del suelo) había ingresado sorpresivamente al sótano de la exclusiva discoteca, después de reducir al gorila de la entrada con gas pimienta. Allí, gritando consignas que casi nadie alcanzó a escuchar, el comando había lanzado el contenido de varios baldes sobre docenas de jovencitos de buena familia y tez clara que a esa hora danzaban y bebían divertidos. Los baldes contenían, según el muchacho-testigo, abundantes cantidades de excremento y orina.

VI

Una vez adentro del laberinto subterráneo, con la adrenalina disparándole las pulsaciones, intenta convencerse de que está haciendo lo que tiene que hacer. Mientras atraviesa a paso ligero las primeras galerías, donde todavía no se observan restos humanos pero sí muchas inscripciones de escolares bárbaros que quisieron perennizar en las paredes sus nombres y sus faltas de ortografía, en instantes Felipe revisa su vida, los últimos años, y reconoce a la prudencia, al riesgo calculado, como uno de los ejes de su vida adulta. En las peores épocas de la violencia urbana, a inicios de los 90, cuando otros marchaban por las calles desafiando a la represión policial o a los senderistas, él manifestaba su apoyo firmando declaraciones en la universidad o asistiendo a foros de discusión; cuando, durante las inundaciones por el fenómeno del Niño, otros se unían en cuadrillas de reconstrucción de zonas de desastre, él hacía una donación en el banco para los damnificados que dormían en albergues. Pero hoy se siente, quizás por primera vez, corriendo un riesgo real. Tiene claro que esto no es un juego, que hay suficientes torturados, asesinados y desaparecidos en el prontuario del régimen del dictador y su asesor como para no creer que se trata de una aventura con final feliz asegurado, como en las películas norteamericanas. Sabe que en las olimpiadas de la barbarie los gobiernos democráticos peruanos están empatados con Sendero Luminoso tanto en el número de muertos –unos 30.000 para cada uno– como

en los grados de sevicia de sus crímenes. A las matanzas de San Pedro, Purus, Azángaro y Lucanamarca de los senderistas, donde casi exterminaron pueblos enteros a bala, piedra y machete, las gloriosas fuerzas armadas peruanas –las mismas que a lo largo de su historia perdieron todas las guerras menos una– oponen la metralla en las masacres colectivas de Soccus, Ccayara, Accomarca, Pucayacu y Pichari, incluyendo en muchos casos el posterior aniquilamiento de todos los testigos. En contraparte al asesinato de la luchadora social María Elena Moyano por parte de Sendero Luminoso, los paramilitares exhiben el crimen del dirigente sindical Pedro Huillca. Si a ella la dinamitaron los senderistas, las fuerzas de seguridad guardaron la dinamita para el cuerpo de Abel Castillo, estudiante universitario, en una playa al sur de Lima. Si los maoístas matan a 6 ingenieros agrónomos en la Sierra Central, el grupo Colina secuestra a 9 estudiantes y un profesor de la Universidad de la Cantuta y los cuerpos aparecen calcinados. En Ayacucho –que en quechua quiere decir “rincón de los muertos”–, donde sólo en 1983 hubo más de 3.000 muertos, si Sendero cortaba las orejas y degollaba a sus víctimas antes de rematarlas a pedradas, los infantes de Marina atravesaban los ojos de ellas con sus bayonetas y luego las enterraban vivas. Ambos bandos comparten el mérito de incluir entre sus métodos el acuchillar los vientres de madres embarazadas. La competencia en sadismo y vesania ha sido muy reñida, y los perdedores han sido siempre los mismos: tres de cada cuatro muertos eran indígenas quechua-hablantes que no pertenecían a ningún bando.

A pesar de todo, mientras se agacha para pasar por debajo de esas bóvedas de caliza centenaria extraordinariamente bajas, mientras recorre pasadizos flanqueados por hornacinas y nichos atiborrados de huesos y calaveras, paradójicamente, Felipe se siente muy vivo. Esa euforia que lo domina, que tiene

algo de valor y algo de miedo, le ha despertado los músculos y el ingenio. De esta manera, no se le hace difícil identificar la recámara donde está la puerta supuestamente tapiada que marca la bifurcación que separa el recorrido turístico oficial del camino hacia el túnel que lleva al Palacio de Gobierno. En este momento se percata de que va a necesitar luz, porque los focos de cuarenta watts que mal-iluminan el recorrido oficial no se desvían de su trazado. Ni siquiera tiene un encendedor, pero no es momento para lamentaciones, hay que seguir adelante. Evidentemente, ésta es la recámara. En lugar de seguir de frente, para pasar por debajo de un arco reforzado por albañiles contemporáneos, hay que doblar a la izquierda y buscar una suerte de hornacina profunda, más angosta que una puerta normal, que apunta en dirección opuesta al camino. La lúgubre hendidura termina, a poco más de un metro hacia adentro, en una pared. Aparentemente hasta allí llega el camino. Pero no es así. Tal como lo escuchara de boca de un asombrado Torito la primera vez –en la que Reynaldo se burló de su pequeña estatura–, efectivamente hay que subir un escalón muy alto ubicado a la derecha, a más de un metro de altura, que permite acceder a una nueva hendidura también muy angosta que rápidamente se termina para dar paso, unos dos metros más abajo, al principio del túnel. Todo esto lo confirma Felipe tras golpearse varias veces la cabeza y los codos: la penumbra inicial y la oscuridad ahora total al comienzo del túnel no permiten precisión en los movimientos. Se consuela pensando que habría sido peor de no haber tenido la información previa. De todas maneras no resulta fácil el descenso, porque en realidad son más de dos metros y debe descolgarse con mucho cuidado ya que no sabe si la superficie allá abajo es plana o lo esperan piedras puntiagudas. Ya en el túnel, agradece que extendiendo los brazos hacia los costados se pueda tocar las paredes, lo que

facilita la orientación en la oscuridad absoluta. De todas maneras no puede correr, sólo caminar a paso firme. El aire es denso, muy húmedo, lo que dificulta un poco la respiración, y el suelo es blando, algo barroso, probablemente por filtraciones de agua de una napa freática. Veinte metros más adelante, precisamente cuando comienza a sentir los primeros síntomas de un ataque de claustrofobia, una leve brisa –real o imaginaria– le sugiere que el túnel no tiene un final ciego. Esto lo tranquiliza un poco. Pero la tranquilidad se esfuma pronto cuando escucha un ruido sordo que aumenta conforme un temblor comienza a remecer las paredes. Si pudiera verse desde afuera, con los brazos extendidos apoyándose en las barroas paredes del túnel, podría ironizar sobre su aspecto de Sansón sujetando las columnas del templo filisteo de Gaza. ¿Es acaso un terremoto? Sería demasiada mala suerte. Ya en 1746 un terremoto destruyó la capilla que después sería la Iglesia de San Francisco y también la Casa de los Virreyes, hoy Palacio de Gobierno. Pero esos eran otros tiempos, en los que –a decir del Arzobispo en el púlpito de la Catedral en ruinas– el divino pero severo hacedor castigaba así a su pecadora grey por llevar vidas licenciosas e incumplir con el pago del diezmo. Ahora los terremotos son causados por la Placa de Nazca, la grey sufre los ajustes del modelo económico, y el Arzobispo ha logrado multiplicar el diezmo gracias a su amistad con el asesor todopoderoso.

Felipe se siente aliviado porque el temblor poco a poco se extingue. Quizás el recorrido del túnel –imposible de juzgar desde adentro– lo ha situado ahora debajo de la calle, el jirón Ancash. Pero duda que un automóvil cualquiera pueda causar tanto estruendo. Quizás fue el paso de una de las tanquetas que recorren rutinariamente los alrededores de Palacio. Tanquetas comandadas por soldaditos inexpertos y nerviosos, capaces de disparar por tedio o paranoia,

como pueden dar fe los deudos de ocho víctimas inocentes, transeúntes inoportunos en ocho noches oscuras. Entonces persiste en él la duda de si se trató de una tanqueta en sus desplazamientos de rigor o si una operación de emergencia para debelar el ataque estaba tomando lugar en esos momentos. Mientras sigue caminando con cuidado, pero cada vez más ansioso, trata de analizar la situación. Si el túnel está abierto en su otro extremo, entonces es posible que Torito, Walter y Alex (o dos de ellos, o sólo uno) hayan derribado el muro de adobe que el presidente Manuel Prado mandara construir para sellar el paso al túnel, al que se llegaba desde una trampa en el suelo del jardín lateral del Palacio. Si fue así, y si la explosión que escuchara hace ya veinte minutos efectivamente indicó que ellos dinamitaron la trampa sellada, entonces todo lo demás ha debido transcurrir en el interior del Palacio: salvar o enfrentar la eventual resistencia de la guardia, que se supone está desplegada en el exterior, y alcanzar las habitaciones presidenciales para ejecutar la misión y después huir por donde se pueda. ¿Qué misión? se pregunta él. ¿Acaso no leyeron los periódicos? ¿Pueden no saber lo que ha pasado la noche anterior? Como sea, Felipe concluye que la acción no ocurrirá dentro del túnel, que no se encontrará con sus compañeros huyendo –frustrados, tristemente ilesos o inútilmente heridos– ni con la tropa militar. Sin embargo, esta deducción está lejos de traerle algo de calma pues al mismo tiempo se da cuenta de que está muy retrasado si quiere servir de ayuda. ¿Pero qué tipo de ayuda puede ofrecer si ni siquiera está armado?

La única arma capaz de enfrentar con éxito la seducción de una mujer atractiva es la impotencia –había sentenciado alguna vez su mejor amigo. Felipe discrepaba y utilizaba como argumentos sus propias experiencias de súbito rechazo a muchachas lindas y hasta dispuestas; rechazo casi orgánico

que se materializaba después de escucharlas decir “haiga” o hacer entusiastas comentarios sobre galanes de telenovelas, o reírse fingida y escandalosamente, o simplemente descubrirles mal aliento u oírlas eructar después de beber cerveza. Esa es la sensibilidad cojuda de pequeño-burgués intelectual que te ha hecho perder más de cien polvos y te va a terminar convirtiendo en otro rosquete sin más opción que la carrera diplomática —le había enrostrado su mejor amigo. Todo esto lo pensaba Felipe mientras subía en el ascensor hacia el departamento de Silvia. El nerviosismo del reencuentro con ella se mezclaba con el recuerdo de la emoción que sentía casi diez años atrás, subiendo en ese mismo ascensor para encontrarse con Silvia cuando toda su familia había ido a la playa y ella se había quedado con la excusa de estudiar. Memorables domingos en los que ella gustosa cambiaba sol, arena y mar por fugaces y tiernas sesiones de sexo iniciático.

El departamento ahora era suyo, después de que sus padres emigraran a Miami a encontrarse con su hermana mayor, quien tras haberse graduado como psicóloga clínica había encontrado en el casino del Grand Bay Hotel su realización personal como cajera. Silvia se había enterado de que Felipe estaba en Lima y lo había llamado la noche anterior para invitarlo a “ver fotos de aquellos tiempos y una buena película”. Conocía muy bien ese tono con el que ella sutilmente daba a entender que a lo mejor podía tratarse de otra cosa. Silvia había sido lo que las revistas del corazón llaman su primer amor. Cómplice entusiasta de rebeldías juveniles en la calle y en la casa, cariñosa camarada de amanecidas estudiando juntos para exámenes imposibles en la universidad, fiel compañera de borracheras en playas desiertas celebrando el año nuevo, y una excelente *partenaire* en la cama. Felipe la lisonjeaba sinceramente diciéndole que esa destreza en las artes amatorias, esa inventiva audaz que desdecía toda la educación

recibida en Los Sagrados Corazones de Belén, tenía que ser consecuencia de una reencarnación de alguna cortesana de los Borgia o de una vulgar mentira acerca de su inexperiencia sexual. Porque la idea de llevarse pastillas de menta a la boca momentos después de iniciar la *fellatio*, para luego soplar su miembro con un aliento gélido instantes antes de devorarlo de nuevo, regresándolo al calor de su boca, enloqueciéndolo de placer, difícilmente se concedía con sus 18 años.

Felipe sabía que ahora ella vivía sola y también que la nostalgia del encuentro entre ex-amantes a menudo sugiere una visita al ilustre pasado. También se decía que no tenía nada real con Claudia, así que hablar de fidelidad o infidelidad era absurdo. Sin embargo, cuando ya se abría la puerta del ascensor volvió a pensar en Claudia, en lo cerca de ella que se había sentido la otra noche después del cine. Dudaba, como tantas otras veces. En el lado más racional de su cabeza encontraba que era estúpido resistirse a un sano encuentro entre dos viejos amigos con ganas de dar y recibir afecto, y que todavía estaba por verse si efectivamente Silvia estaba pensando en algo similar. No podía descartarse que ella tuviera alojada en su departamento a su abuelita parapléjica, o que se hubiera metido al Opus Dei, o que fuera flamante lesbiana. Además, hacía ocho años que no veía a Silvia y existía la posibilidad de que ahora ella pesara ciento veinte kilos. Por último –se decía Felipe– Claudia jamás podría enterarse de nada si acaso pasaba algo esta noche. El cinismo es la valentía de los cobardes. No pudo poner en orden su cabeza porque Silvia ya abría la puerta y lo saludaba con un largo y apretado abrazo. No había cambiado casi nada en ocho años. Unos tres o cuatro kilos repartidos en zonas estratégicas le habían caído muy bien. Esos ojos verdes que se asomaban por encima de unas mejillas generosas hacían un atractivo contraste con la piel rosada. Mantenía el castaño natural de su pelo, y ahora

tenía un cerquillo casi infantil sobre la frente que a Felipe le hacía recordar los primeros escauceos en la playa, diez años atrás. Vestía un pantalón negro ajustado y una chompa de alpaca blanca que no ocultaba sus prominentes senos, los mismos que alguna vez motivaran repetidas chanzas de sus envidiosos compañeros de carrera. Olía muy bien: un intenso perfume de mandarina que a él no se le despegaría hasta la mañana siguiente.

Después de mirar las fotos del recuerdo y finalmente abortar la película (él le confesó que no soportaba el sentimentalismo baboso de Tom Hanks), la conversación se mantuvo animada y bien regada por un excelente vino blanco. La reflexión y la risa se alternaban con comodidad. Así, antes que se terminara la primera botella ya habían reconstruido la confianza y la intimidad de antaño y Silvia se había quitado los zapatos para recoger las piernas y abrazarlas con sus brazos, una manera cómoda de conversar que él siempre había encontrado algo provocadora. Veinte minutos después, y siguiendo con la onda nostálgica que ya había repasado y exagerado todas las anécdotas con final feliz, ella le preguntó si seguía fumando marihuana. Felipe le contestó que últimamente muy poco, que había perdido la gracia de aquellos tiempos, y que el hachís que en Madrid le habían dado a probar no le había generado más que náuseas. Ella le dijo que también había relegado la hierba sólo para ocasiones especiales, y que ya que ésta era una ocasión muy especial por qué no. Evidenciando la honestidad de sus confesiones, ambos se atoraron un poco en las primeras pitadas, pero después todo ocurrió de manera mucho más fácil. Ella levantó los brazos y él le sacó la chompa delicadamente, besándola en la boca y en el cuello antes de atraerla hacia sí tomándole la cintura, para luego –una vez que ella se recostara sobre él– descender las manos hasta sus nalgas y apretarlas con fuerza, como sabía

que a ella le gustaba. Visto desde afuera, en esos momentos la escena parecía seguir el libreto de una de esas pésimas películas *softcore* en las que todo se simula, las manos tapan torpemente los pubis y las digamos actrices no hacen otra cosa que tirar la cabeza hacia atrás montadas sobre el hércules de ocasión (sólo faltaba el solo de saxo como música ambiental). Pero desde adentro todo se sentía muy auténtico y cada paso se fue dando con mucha naturalidad, llegando poco a poco a escenas que difícilmente podían ser de una película *softcore*. No se apuraron en quitarse la ropa. Se diría que todo tenía dosis de ternura y lascivia mezcladas en adecuada proporción. Cuando ella atrapó su miembro con la boca, él abrió los ojos y la vio dedicada, dulce, obrando con un cariño que a él lo conmovió, preguntándose después cómo era posible que por apenas un par de horas de placer carnal uno volviera a sentir esa turbación que años atrás creyó significaba estar enamorado. Pero eso lo pensaría la mañana siguiente, mientras bajaba en el ascensor. En ese momento no pensaba mucho más que en girar su cuerpo sin que ella sacara la boca de su miembro para devolverle la gentileza sumergiendo la cara entre sus piernas, sintiendo el cosquilleo de sus vellos en las mejillas mientras su lengua hurgaba lentamente entre tibiezas húmedas y salobres, y aspirando un perfume que no era de mandarina pero resultaba igualmente apetecible.

Un tanto sorprendido por no sentir el menor asomo de culpa, y más bien orgulloso de haber pasado una velada tan agradable (ambos dijeron “Gracias” al despedirse), Felipe llegó a casa de sus padres por la mañana. Sobre la mesa de noche encontró una nota escrita por su madre: Felipe, te llamó Claudia. Sonrió satisfecho y, por un extraño mecanismo de asociación que más de una feminista tildaría de falocéntrico, se sintió mucho más seguro de sí mismo y por primera vez concibió la posibilidad de que ella fuera suya algún día.

Decidió que después de dormir un rato y darse una ducha la llamaría para invitarla a salir, tal vez al teatro.

VII

El chorro de agua en la cara lo ha sorprendido. Debe ser una filtración desde una tubería matriz. Las redes de agua potable y alcantarillado del distrito del Cercado de Lima, llamado así por las murallas que rodearon la ciudad antigua desde 1684 para protegerla de los piratas, están a punto de colapsar gracias a la indolencia de los últimos alcaldes, según denuncian varios reportajes de la televisión. Añaden los sagaces periodistas, que convierten en verbo todo lo que tocan, que el obeso alcalde de Lima, reelegido ya dos veces, “repcionó” un préstamo de nueve millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo destinado a “refaccionar, implementar y modernizar” parte de la vetusta red de tuberías que data de inicios del siglo XX, “a fin de estandarizarla” con los sistemas de Brasilia y Buenos Aires. Sin embargo –continúa el reportaje– “la máxima autoridad edilicia, heredero del sillón de Nicolás de Ribera el Viejo”, decidió invertir buena parte del préstamo en la ampliación y renovación de maquinaria de su fábrica de artículos de cuero. Una vez más, cumple el señor alcalde con lo prometido en su programa electoral, en el que destacaba el apoyo al comercio emprendedor y la creación de nuevos puestos de trabajo. Mientras tanto, las ubicuas fisuras en las redes de alcantarillado y agua potable han posibilitado que en algunos sectores de la ciudad capital entren en contacto sus contenidos. Así, gracias a la ley de gravedad, una de las pocas leyes que se cumplen en Lima, el agua que contiene

los desechos orgánicos se mezcla con el agua destinada al consumo. Pero Felipe no tiene tiempo ni ganas de analizar el origen o composición del chorro de agua recibido. Se seca con el antebrazo y sigue caminando lo más rápido que puede pero cuidando de no tropezar en la oscuridad. Recién en este momento se percata de que no ha encontrado o escuchado ratas hasta ahora. Es curioso, se supone que la estadística señala que en Lima hay dieciséis ratas por habitante. El apelativo de “La ciudad de los Reyes” (o, para ser más exactos, “La muy noble, insigne y muy leal ciudad de los Reyes del Perú”) acuñado en 1535 bien podría ser reemplazado por “La ciudad de las ratas”. En el escudo de armas de la ciudad destacan dos águilas negras que sujetan con sus garras el campo rojo donde se lee en letras doradas la divisa *hoc signum vere regum est* (“este es el verdadero signo de los reyes”). No se alteraría mucho el contenido y significado del escudo si se incluyera un roedor gris (del color de la ciudad), cuyo lugar en las garras de un ave rapaz está además justificado por la cadena alimenticia.

Está todavía pensando en las ratas ausentes, imaginando que si estuviera dentro de una novela de Stephen King, esta sería una señal de la existencia de un monstruo devorador al interior de las catacumbas, cuando cae al suelo tras tropezar con un bulto. Ahora se levanta lo más rápido que puede, asustado, y tras dar un par de pasos se pregunta por el bulto. No había sentido que fuera algo muy contundente, como una piedra o un madero. Pudo ser un saco de tierra o arena –piensa. O un cuerpo. La idea de que fuera el cuerpo de alguno de sus compañeros lo ha paralizado. Por un momento, llevado por el miedo, piensa en seguir adelante. Pero finalmente se arma de valor, desanda con cuidado sus pasos y se agacha buscando a tientas. No lo encuentra. Es difícil calcular cuánto se alejó después de caer, sólo los ciegos son capaces de estimar con exactitud esas distancias. Sigue buscando, bastante más allá

de lo que calculaba, y comienza a desesperar. Ahora sí, lo ha encontrado. Palpa ansiosamente y la textura le confirma que se trata de un saco, quizás relleno de arena o tierra como inicialmente creyó. Se pone de pie y retoma el camino con alivio. No ha considerado que, si hubiera sido un cuerpo en lugar de un saco, en esa oscuridad no habría podido saber si se trataba de alguno de sus compañeros. Tampoco se ha detenido a especular sobre el origen de ese saco. Felipe se concentra solamente en avanzar lo más rápido posible, en llegar al final del túnel. Sin embargo, unos minutos después no puede evitar revisar sus deducciones anteriores. Entonces se da cuenta de que si el túnel está abierto en el otro extremo, tal como lo sugiere la corriente de aire que ha percibido hace unos minutos, ello no implica necesariamente que Alex, Torito y Walter derribaran la tapia que lo sellaba. Entre el último informe de Torito acerca del túnel y ese día ha pasado casi un mes. En el transcurso de un mes algún funcionario de Palacio puede haber dispuesto, por cualquier razón histórica o arquitectónica, o por simple capricho para evitar el aburrimiento, el derribo de esa pared. Sí. No puede estar totalmente seguro de que el final del túnel haya sido abierto por sus compañeros.

Su profesor de lógica del colegio seguramente lo felicitaría. Al viejo le encantaba jugar a los silogismos utilizando términos que se prestaban a confusión (“si todos los perros son gatos y algunos gatos son animales, ¿puede haber gatos que no sean perros ni animales?”). Pero de poco le serviría ahora una felicitación, porque un nuevo acceso de angustia comienza a atraparle. Quizás ese ahogo se deba a la ansiedad por llegar de una vez al final del túnel, o tal vez sea el preámbulo de un segundo ataque de claustrofobia, o simplemente sea consecuencia de la escasez de oxígeno disponible. Tiene que calmarse y seguir caminando —se repite una y otra vez.

Si al menos pudiera saber cuánto le falta para llegar al otro extremo...

Al entrar vio que en el otro extremo de la habitación estaba una pareja que él no conocía pero que no tardó en asociar con Mariana y Alex. Claudia ya le había contado que ellos eran pareja y que sólo asistían de vez en cuando a las reuniones porque no tenían con quien dejar a su bebida. Lo que no había mencionado era la particular manera de hablar de Alex. Esto lo pudo notar durante la conversación previa a la lectura de un polémico ensayo por parte de un amigo de Walter. Felipe acababa de llegar y después de hacer un saludo general se sentó al lado de Claudia, quien volteó a sonreírle brevemente. Esto lo entendió inicialmente como simple alegría por verlo, aunque nunca desaparecía la sombra de que se tratara de complacencia por su presencia en ese foro, cumpliendo así con la voluntad de la asamblea personificada en Javier. Nadie le prestó mucha atención porque estaban escuchando muy concentrados la conversación entre La China y Alex, que aparentemente tenía que ver con canibalismo y sacrificios humanos en culturas nativas americanas. Ella terminaba de hacer una enfática refutación.

—...porque una cosa son los sacrificios humanos, que están presentes en todas las culturas, desde la hebrea, la caldeo-asiria y la griega hasta la inca, la maya y la azteca, y la que tú quieras, y otra cosa son esas patrañas del canibalismo de incas y aztecas. En realidad ni siquiera el término canibalismo es apropiado, porque...

—No son piñatas, yo mismo lo he leído en varios libros y en bicicletas.

—No me interrumpas, por favor. Y sí son patrañas, ahora te voy a explicar por qué. Que lo hayas leído en un libro o una enciclopedia no lo legitima en absoluto. Fueron estrategias de los conquistadores para hacer ver a los incas y aztecas como

culturas atrasadas, primitivas, salvajes, y por lo tanto justificar las masacres de la colonización y la evangelización. En el primer viaje de Colón sus cartas hablaban de indios bondadosos, confiables y laboriosos. A partir del segundo viaje, cuando se trata de justificar la barbarie de la conquista, los cronistas comienzan a hablar de indios adoradores del demonio, inmorales y consumidores de carne humana. Vulgar propaganda, aunque esto último tenga una explicación algo más real. Y esto es lo que te decía del término canibalismo. Resulta que el mismo Colón observó en su primer viaje que los taínos no eran antropófagos, pero ellos afirmaban que sus vecinos enemigos, los canibas, sí lo eran. Los europeos lo creyeron y así nació el término caníbal. Sin embargo, años después los antropólogos han descubierto que esa es una manera de calumniar a las etnias enemigas que está muy arraigada en las culturas amerindias. En realidad los canibas secuestraban y esclavizaban a los taínos, pero no los devoraban. Esto está certificado en las crónicas de Bartolomé de Las Casas.

—Si me permites añadir un par de datos, hay un libro de Francisco López de Gómara sobre Hernán Cortés en el que se cita documentos que afirman que la soldadesca de Cortés consumió a uno de sus compatriotas durante una expedición en la que escasearon las provisiones. Lo mismo se sabe de la travesía de Cabeza de Vaca por el suroeste norteamericano. Así que si de antropofagia se trata, los españoles no se quedaron muy atrás —terció Javier.

—Yo no quise decir que sólo los incas o los mantecas eran pelícanos, yo sólo te decía que comer carne humana no debería verse como algo tan horrible, porque sea en un pretexto ritual o por simple felicidad nutricional, a lo largo de la historia muchas torturas, en muchas partes del mundo, han tenido que recurrir a la antropología.

Felipe miró a Claudia extrañado por los disparates que

hablaba Alex. Ella sonrió sin terminar de voltear y le hizo una seña indicándole que esperara, que después le explicaría. Unas horas más tarde –mientras caminaban por el barrio donde ella vivía– Claudia le contó que Alex, después de sufrir un fuerte golpe en la cabeza cuando la combi en que viajaba se estrelló contra un poste de electricidad, había desarrollado un trastorno en el lenguaje denominado afasia fluida de conducción. Este tipo de afasia estaba relacionado con lesiones en la circunvolución temporal superior del cerebro, o área de Wernicke, y se manifestaba con el empleo habitual de palabras incorrectas pero con terminaciones o sílabas intermedias semejantes a las correctas. Cuanto mayor el número de sílabas, más probable la confusión de palabras. Eso sí, el entendimiento de las palabras no estaba afectado para nada, añadió. El accidente había sido casi un año atrás, así que todos en el grupo ya se habían acostumbrado a la nueva forma de hablar de Alex, traduciendo automáticamente las palabras fuera de contexto. Sí, Felipe acertaba, cuando dijo mantecas había querido decir aztecas. Después de comentar un rato más la situación de Alex, que si bien podía parecer cómica no lo era tanto si se consideraba que la mayoría de la gente no se detenía a tratar de entenderlo y por lo general se alejaba suponiéndolo loco o débil mental, ambos recordaron la entretenida ponencia del amigo de Walter esa tarde.

Al momento de presentarlo, Walter señaló que ese ensayo sobre la jerga en Latinoamérica había sido rechazado como colaboración espontánea en los suplementos dominicales de El Comercio, La República y Expreso, lo que al parecer llenaba de orgullo a su autor. A diferencia de Wilfredo, el teórico de la violencia en los estadios de aciago paso por la tertulia de la Casa Añil, Eduardo, el amigo de Walter, un flaco muy alto y con cara de niño, no mostraba la menor señal de nerviosismo. Es más, leyó todo su texto y escuchó

las interrupciones sin abandonar una sonrisa beatífica que llegaba a incomodar. Tiempo después Walter les contaría que Eduardo había sido internado en una clínica para curarse la adicción a las benzodiazepinas.

Filogenia de la jerga en Latinoamérica

A pesar de las diatribas ulcerosas que su uso a menudo genera en los académicos de la lengua, distinguidos ancianos que al no poder controlar las babas que caen de sus bocas ni sus esfínteres se consuelan intentando controlar el crecimiento del idioma, la jerga es un componente fundamental del habla. Como es bien sabido por todos los que lo saben, la jerga nace en las cárceles y se difunde por fuera de los barrotes con mayor rapidez que las enfermedades venéreas dentro de ellos. En su ya clásico ensayo filológico "Coa, jerga de los delincuentes chilenos: estudio y vocabulario", publicado en 1910, el estudioso chileno José Vicuña Cifuentes, natural de La Serena, reconoce tres categorías principales de formación de la jerga: 1) Alteraciones fonéticas, dentro de las que se cuentan inversiones (mejor conocidas como vesrismos), eliminaciones, adiciones, sustituciones y fusiones; 2) Formas de representación sensible, como onomatopeyas, automatismos, paronomiasis y pseudo-etimologías; 3) Formas de representación sugestiva, en las que se incluyen metáforas, metonimias, sinécdoques, antonomiasis, antífrasis y eufemismos. Evidentemente, la mayor parte de esa clasificación está absolutamente caduca y no sirve para nada. Sin embargo, es posible rescatar dos fenómenos muy vigentes que permiten explicar la evolución o estancamiento de la jerga: el vesrismo y la paronomiasis. Para desarrollar este punto resulta muy útil un análisis comparativo entre la jerga peruana (replana) y la chilena (coa). Inicialmente pensaba incluir en la comparación al lunfardo rioplatense, sobre todo por su significativo aporte en el campo de los vesrismos. Sin embargo, esta intención se vio truncada cuando el profesor Winston Montoya, catedrático de castellano de la Universidad Federico Villareal, pasó a considerar de su patrimonio personal mi libro "Diccionario lunfardo", de José Gobello. Que conste en actas.

–Qué hijo de puta –comentó Torito.

–¿Quién? ¿José Gobello o el profesor Montoya? –dijo Reynaldo.

–No seas payaso, me refiero al profesor –rezongó Torito.

–Ah. Yo preguntaba porque en una de esas tú ya conocías ese diccionario de lunfardo y la obra te había parecido muy mala.

–En una de esas te podrías quedar callado en lugar de abrir la boca para joder. Sabes muy bien que no tengo tanto tiempo libre como tú para leer, ni la plata para comprar libros.

–Hasta donde yo sé las bibliotecas públicas no cobran entrada ni alquilan los libros. Saramago era obrero igual que tú y se devoraba colecciones enteras en bibliotecas públicas. Es cuestión de voluntad, cholito. Cambiar cervezas por Cervantes –se burló Reynaldo.

–Nosotros dos podríamos intercambiar unos cuantos combos, también –replicó desafiante Torito.

–Ya pues, déjense de intervenir a Eduardo. Yo ya me estoy convidando de lo que trataba su texto –se quejó Alex.

–Okey, suficiente –dijo Javier con fastidio. Alex, Reynaldo, Torito, si no van a hacer comentarios al texto entonces por favor guarden silencio. Les recuerdo que tenemos un reglamento.

A Felipe le sorprendió la obediencia a la amonestación de Javier. Le parecía notar una disciplina invisible, exagerada, fuera de lugar. ¿Por qué Javier tenía tanto ascendiente sobre los demás? Lo que no le sorprendió fue observar una vez más la relación antagónica entre Reynaldo, tan clasista y algo esnob intelectualmente, y Torito, con su ímpetu de hombre de la calle, de obrero orgulloso y rudo. Seguía intrigándole la variopinta composición de ese grupo de tertulia. Finalmente, tras la interrupción, el flaco Eduardo pudo seguir su alocución. En lugar de retomar las últimas líneas leídas,

simplemente continuó en el punto donde se había quedado, sin importar que fuera la última frase de todo un párrafo, y sin perder la sonrisa de niño.

En consecuencia, pondré mayor énfasis en la paronomiasis que en el vesrismo. El año pasado se publicó en la revista *Quehacer* un ensayo firmado por Alfredo Bruce Echeopar, sociólogo ampliamente reconocido en el medio por su capacidad para generar ideas novedosas después de leerlas en otras fuentes. En ese artículo se pretendía explicar la llegada del coa y la replana desde las cárceles hasta las clases medias. Bruce afirma que el coa llegó a la clase media chilena por la cantidad de presos políticos de la dictadura de Pinochet que convivieron con presos comunes, sin lo cual esa conexión habría sido imposible en una sociedad tan estamental. El buen Alfredo soslaya que las estadías de los presos políticos nunca fueron lo suficientemente largas como para que ese proceso se hiciera efectivo; es sabido que la consigna de los militares pinochetistas era asesinarlos y desaparecerlos, no tenerlos alojados permanentemente en una cárcel. Olvida además que los presos políticos no fueron reclusos en penales convencionales sino en casas de tortura, donde evidentemente no había presos comunes. En el caso de la replana, Bruce sostiene que alcanza a la clase media peruana a través de los periódicos *chicha*, a los cuales llega debido a que los reporteros son –por mantener contactos o por adicción al consumo– asiduos visitantes de los traficantes de drogas callejeros, los que a su vez registran constantes entradas y salidas a la cárcel. Si bien Bruce acierta en...

–Oye, ¿y en qué quedó lo del travestismo y la paranoiasis? –interrumpió Claudia.

–Es vesrismo y paronomiasis –corrigió Javier sin estar seguro de si Claudia bromeaba o se había equivocado realmente.

–Bájate de la rama, flaco. Vuelve al punto –sugirió Walter con vehemencia.

–Está bien. Omitiré entonces toda la parte introductoria –respondió Eduardo sin inmutarse mientras pasaba las hojas y buscaba un nuevo punto de inicio para la lectura.

El vesrismo y la paronomiasis constituyen los medios para re-crear y mantener la jerga sin tener que recurrir a la fuente original: los presos. La relativa autonomía y flexibilidad de estos dos fenómenos los ha hecho los preferidos por las clases medias, como ilustraré a continuación. A los ya clásicos “ñoaba”, “dorima” y “jeropa”, palabras de evidente raíz lunfarda que se refieren, respectivamente, a un excusado, al cónyuge masculino y a aquel sujeto que se dedica con fruición a las prácticas onanistas, el neovesrismo criollo ha adicionado construcciones algo más libres como “zombeca”, en el que la regla gramatical de la anteposición de m antes de b se respeta para describir a un individuo macrocéfalo; o “chacón de su drema”, en el que el vesrismo alcanza cuatro palabras para configurar la canónica imprecación a una parte de la anatomía materna. El caso de la paronomiasis es más notable. Originalmente fue utilizada para adornar monosílabos. Por ejemplo, la afirmación pasó a ser “sillón” o “cicatriz”; el adverbio afirmativo se convirtió en “Yáñez” o “llave”; y la negación se transformó en “naranjas” o “Nelson”. Luego ésta última derivó en “Nelson Ned”, incorporando así nombres propios de personajes conocidos. Un ejemplo de aquello lo podemos encontrar en la expresión referida a algo que está listo (“Liz Taylor”).

La dinámica de la paronomiasis permite el reemplazo de frases completas sin que las nuevas oraciones sean menos inteligibles. Desde frases simples como “Aquí estoy” (“Aquiles estoico”) hasta construcciones más elaboradas. Por ejemplo, la proverbial manera de llamar a un mozo con el fin de solicitarle un trapo para limpiar la mesa y un par de cervezas heladas (“mosaico, un trapecio para limpiar la mesopotamia y un par de cerbatanas bien helenas, por favor”) ahora acepta numerosas variantes, “mozzarella” pudiendo reemplazar a “mosaico” y “Eladio Rojas” a “helenas”. La paronomiasis no sólo se deriva de palabras castellanas legítimas. También toma como raíces expresiones de jerga, configurando lo que algunos estudiosos han dado en llamar meta-paronomiasis. Casos típicos son los de “tono”, “raca”, “bamba” y “en bola”, vocablos de la replana que originalmente se referían a “fiesta”, “débil”, “falsificado” y “embarazada”, respectivamente. Posteriormente “tono” derivó en “tónico” o “Tony Curtis”, “raca” fue menos común que “Raquel Welch”, en lugar de “bamba” se pasó a decir “bambino” o “Van Basten”, y “en bolero” o “en Bolivia” suplió el uso de “en bola”.

Por otro lado, la meta-paronomiasis también sirve para morigerar la carga agresiva de algunas palabras en jerga. Una instancia en la que esto es evidente es el uso del apelativo despectivo que reciben los ecuatorianos en el Perú, “monos”, que es consecuencia de la lamentable historia de enfrentamientos bélicos entre los dos países. Sin embargo, la meta-paronomiasis ha derivado “mono” en “monarca”, adquiriendo entonces una connotación menos insultante y hasta elegante. Quizás el aspecto más saltante de la paronomiasis es que el sujeto adiestrado en su uso puede crear y entender nuevas variantes de manera inmediata. Así, entienden lo mismo un estudiante de filosofía y un aficionado al ajedrez al escuchar que a alguien “le dieron por el Anaxágoras” y “le dieron por el Anatoly Karpov”, respectivamente, pues evidentemente se refieren a un sujeto que, voluntariamente o no, fue sometido al *coitus contra natura*. En este aspecto la paronomiasis supera al vesrismo en su capacidad de mutar y adaptarse al contexto cultural de los segmentos socio-económicos distintos a aquellos de los reclusos.

Todo artículo o ensayo que se precie de tal debe terminar en una conclusión que verifique la premisa inicial, dicen los manuales de redacción que –afortunadamente– ya nadie lee. Sin embargo, hurgando en los periódicos tradicionales es muy frecuente encontrar en reputadas columnas firmadas por distinguidos intelectuales el curioso fenómeno de repetir como conclusión la misma premisa introductoria. Es decir, suponiendo en el lector una inteligencia intermedia entre la de un chimpancé y un diputado, se pretende perpetrar el esperpento lógico de equivaler antecedente y consecuente. En este humilde artículo no-solicitado, sin pretender estar a la altura de la estulticia de los mencionados pensadores, y siguiendo al maestro Unamuno, presentaré como conclusión una refutación de todo lo afirmado en los párrafos anteriores, preconizando así el uso de la argumentación paradójica como verdadero acicate a la independencia del pensamiento y a la creatividad intelectual más diáfana y opaca. Concluyo entonces que, a partir de la observación de la expansión de la jerga hacia las capas medias, no debe inferirse la ocurrencia de un pronunciado sincretismo cultural o un contacto coyuntural con la población carcelaria. La verdadera jerga (replana, coa, caló, lunfardo, giria, caliche, coba, o como quiera llamársele) nace, crece, se reproduce y muere desangrada den-

tro del hacinamiento séptico de los penales latinoamericanos. El vesrismo y la paronomiasis no son más que manifestaciones espurias del habla de los reclusos, afectadas poses de las clases medias que fungen de populares para renovar sus empobrecidos dialectos o maquillar su arribismo o elitismo ancestral. Por lo tanto, el estudio por parte de lingüistas, filólogos, semiólogos, escritores, periodistas o sociólogos de la evolución de la jerga a través del vesrismo y la paronomiasis es, en el mejor de los casos, un ejercicio erudito de la pérdida del tiempo y, en el peor de los casos, una muestra de alienación y esnobismo merecedora del mayor desprecio. Y como no hay mayor desprecio que el del silencio, este artículo calla ahora para siempre.

Por un momento todos guardaron silencio. Eduardo aparentemente se dedicó a releer su texto, con mucha calma, como si hubiese olvidado que acababa de leerlo en voz alta frente a diez personas o le fuera absolutamente indiferente cualquier comentario. Claudia se animó a hablar primero, y sólo dijo una palabra: “genial”. Inmediatamente se escuchó a Recavarren decir “demasiado circo para mi gusto”. Como nadie se manifestara a continuación, y para romper el segundo incómodo silencio, Mariana intentó una pregunta no muy afortunada.

—¿Y ese Bruce realmente existe o lo inventaste tú? —preguntó a Eduardo pero mirando a Javier, dando a entender que confiaba más en la respuesta del líder del grupo que en la del excéntrico ponente.

— Todo es inventado —contestó Eduardo—, comenzando por Dios y el Diablo. Los conciertos de Brandeburgo de Bach, las tetas de Pamela Anderson, el gol de Maradona a los ingleses, los aforismos de Cioran: todos inventados. ¿Qué es real? ¿La carretera Panamericana, el código penal, el rey de España, la diarrea por comer cebiche en una carretilla ambulante? Nada. Nada es real. Todo depende de cuánta gente se ponga de acuerdo sobre algo o esté dispuesta a creer en

ese algo por orden superior. Así se decide la existencia: por mayoría de votos o por imposición autoritaria.

Felipe y Claudia salieron de la reunión convencidos del talento singular de Eduardo y de la imposibilidad de que algún periódico tradicional publicara su ensayo. Luego de comentar algunos pasajes de la lectura, decidieron irse caminando hasta el departamento de ella. Claudia vivía en Pueblo Libre, en la esquina de Vivanco y Sucre, cerca del Museo Nacional de Arqueología, así que caminando por la avenida Brasil llegarían en menos de una hora, le dijo. Felipe estaba muy contento, no sólo por lo natural que había sido que él la acompañara hasta su casa otra vez, sino porque Javier se había dado cuenta de que ella lo esperaba a él. Fue cuando Javier finalmente le dio las señas de un tío lejano que era muy amigo del cura que estaba a cargo del Archivo Departamental de Huánuco. Le dijo –sin mucha convicción– que ese contacto le abriría las puertas para su pesquisa sobre la autenticidad del documento en el que se incluye a la poetisa Amarilis en una lista de insurrectos castigados. Cuando iban por la mitad del recorrido y Felipe se esmeraba por adornar las anécdotas vividas en Madrid en sus épocas de estudiante recién llegado, algo los detuvo. Estaban debajo del *bypass* de la avenida La Marina y el olor a amoníaco de la orina acumulada por años en las paredes y las veredas era insoportable.

De pronto se les acercó un hombre enjuto, de unos cuarenta años, vistiendo un terno lustroso que le quedaba grande, con la barba de una semana y el cabello grasoso en matas sobre una calvicie avanzada. Mostraba un rictus de dolor que se acentuó al comenzar a hablar. Después de disculparse varias veces y de informarles que él era de Chimbote, que estaba de paso por Lima, pasó a relatarles fluidamente y sin omitir detalles la terrible desgracia que estaba viviendo. Su hija de nueve años había muerto atropellada por un taxi dos

días antes y su cuerpo estaba retenido en la morgue mientras él no cancelara el costo de la autopsia y el acta de defunción, y contratara una empresa funeraria. Pero estaba sin trabajo hacía seis meses, motivo por el que su esposa lo había abandonado el mes pasado, dijo con voz lastimera. Y añadió enseguida que en la morgue amenazaban con enterrar a su hijita en una fosa común si no cancelaba esos ochocientos soles. Sacó de un bolsillo del terno un manojito de billetes de diez y veinte soles y se los mostró indicando que la solidaridad de los vecinos no había sido suficiente. Conmovido, Felipe no dudó en sacar su billetera y entregarle los cuarenta soles que tenía. No se detuvo a recibir el rosario de agradecimientos que el hombre le dedicó y se encontró caminando en silencio junto a Claudia por un buen rato. Ella no se animó a decir nada hasta que él le dijo que tendría que aceptarle el café que le rechazó la otra noche, porque se había quedado con plata apenas para el pasaje de regreso, con lo que se abortaba su idea de invitarla a tomar algo por ahí. Entonces Claudia le dijo que con mucho gusto le invitaría el café y añadió:

—Antes de que hayas terminado de asimilar la cafeína del café tu generosa donación ya estará convertida en cocaína. Un alcaloide por otro.

—¿Qué? No te entiendo.

—Ese padre viene enterrando a su hija hace más de dos años. Y la niña que hoy tiene nueve años mañana tiene doce y pasado mañana diez. Es un cocainómano. Podría tener un vicio más barato el pobre diablo, y le duraría más la plata. A mí ya me ha contado esa historia del atropello tres veces pero como estaba prevenida por una vecina no caí en su cuento. El tipo cada vez se tiene que ir más lejos a buscar incautos porque ya lo conoce medio Pueblo Libre.

—No lo puedo creer.

—Es cierto, créeme. Es una muestra más de la degradación

de esta ciudad. Ahora tenemos traficantes de compasiones. Ya no se puede confiar ni en la desgracia ajena.

–Pero si tú sabías que era mentira, ¿por qué dejaste que me engañara?

–No quise intervenir en tu proceso de re-conocimiento de una ciudad que todavía dices tuya, a pesar de la emoción con la que relatas tus aventuras de sudaca ilustrado en Madrid.

–No me hace mucha gracia, la verdad.

–No tiene por qué hacerte gracia. Para gracias, los monos, decía un tío mío que nunca se reía. Te aconsejo que trates de encontrarle el lado positivo. Piensa que con tu solidario aporte a los raídos bolsillos de ese paria has contribuido a reducir la desigualdad en la distribución de la riqueza en tu país. Es lo mismo que me he dicho para consolarme las veces en que me han arranchado el reloj o los aretes en el centro de Lima. Por ratos lo creo. Por ratos los colgaría de las bolas. En fin, no hay mal que también no venga.

Los dos rieron y a poco andar ya habían superado la tensión del momento. Pasaron frente a una carretilla ambulante y a manera de indemnización ella le invitó unos chifles. El sabor del plátano frito salado le hizo recordar al Burro Rázuri, un amigo de la universidad que siempre le traía chifles cuando volvía de Piura después de vacaciones. El Burro era un buen estudiante pero tuvo que dejar la universidad poco después de que sus padres pasaran a formar parte de las mil doscientas familias estafadas por la financiera CLAE. Pertenecían a la gran familia claeísta, como la llamaba el siempre sonriente estafador antes de huir aquel verano con los ahorros de toda la vida de esa sufrida clase media venida a mucho menos. “Sus ahorros están garantizados”, repitió mil veces desde un teléfono en el extranjero, cuando ya se comenzaban a formar las colas infinitas de aquellos inocentes que creyeron que plantándose frente a la puerta de CLAE durante días y

hasta semanas conseguirían algo. Sólo obtuvieron promesas de varios políticos –los que aparecían y desaparecían junto con las cámaras de televisión– y una fuerte insolación. Qué habrá sido de la vida del Burro Rázuri –se preguntaba Felipe. Lo último que supo, por un amigo común, es que enseñaba Razonamiento Verbal en una de esas academias pre-universitarias de la avenida Uruguay que primero ilusionan, después hacinan y finalmente engañan a los incautos aspirantes a universitarios. De este modo, el Burro, hijo de estafados, ocupaba su lugar en la larga cadena de estafas en la que consistía la educación en el país. La única ecuación que se cumplía como un axioma era que de toda esa parvada de entusiastas alumnos de academias baratas apenas dos o tres ingresarían a la universidad, y ninguno terminaría la carrera.

Estaba todavía ensimismado recordando a su amigo piurano cuando Claudia le preguntó si iba en serio su aceptación de la invitación a pasar a tomarse un café. Como él tardara en contestar, ella lo interpretó como una señal de duda. Por eso agregó “Ah, por si acaso, mi mamá anda en Chíncha visitando a una prima, y no vuelve hasta pasado mañana, así que podrás tomarte tu café con tranquilidad y quedarte todo el tiempo que quieras”. Felipe no supo si fue el contenido concreto de información en la frase de Claudia o el tono con el que la dijo, que por primera vez permitía una leve sospecha de interés o seducción por parte de ella, lo que le causó al mismo tiempo una especie de euforia y una leve erección, ambas fáciles de disimular. “Sí, acepto”, contestó él y ambos sonrieron. El resto del camino hablaron poco. Esa era una de las cosas que le gustaba de andar con Claudia: el silencio no se hacía incómodo. A ninguno se le ocurría hacer comentarios sobre el clima o preguntar por el signo del zodiaco del otro para cubrir los vacíos de la conversación. Pero esta vez el silencio de Felipe tenía una razón: se devanaba los

sesos evaluando si sería conveniente que esa misma noche intentara... Pobre Felipe, nunca terminaría de entender que esas decisiones no se toman de antemano. Tan profundas eran sus cavilaciones que apenas contestó el comentario de Claudia acerca de que ahora sí no se libraba, que había llegado su hora, dentro de una semana tendría que leer en la tertulia su trabajo sobre Amarilis Indiana, Lope de Vega y el Taki Onqoy. ¿Acaso no estaba nervioso?

VIII

Por supuesto que sí. Felipe está nervioso. Ha logrado controlar su segundo ataque de claustrofobia, pero está nervioso. Y como en casi cada momento importante de su vida, duda. Sin embargo, a esta altura de su recorrido, sin saber exactamente cuánto tiempo ha pasado desde que escuchó la explosión, no tiene otra alternativa que seguir adelante. No es una buena idea retroceder porque no puede descartar que el temblor aquél causara algún derrumbe en la parte inicial del túnel, donde la altura es menor. Además, en el caso de que deshiciera el camino, no será nada fácil escalar la pared de la que se tuvo que descolgar para acceder al túnel; son más de dos metros y la humedad debe hacer todo mucho más difícil. En los últimos minutos ha tratado de distraer su mente con recuerdos de cualquier tipo, como esa conversación con Claudia en el malecón de San Miguel, cuando le contó de su sufrimiento en el colegio de monjas alemanas al que fue a parar por una decisión poco pensada de su tía abuela, y donde la hermana Ingrid la golpeaba con una regla de madera por escribir con la mano izquierda. También apela a recordar canciones de la niñez, como aquella en la que se ponía énfasis en las palabras esdrújulas (“cuando estábamos cortando rábanos unos cortábamos y otros dejábamos”) o la canción de “Marco”, ese melodrama para niños basado en un libro de Edmundo de Amicis (“en un pueblo italiano, al pie de las montañas, vive nuestro amigo Marco en una humilde morada”). Felipe quiere alejar de su cabeza los razonamien-

tos lógicos sobre lo que puede o no puede pasar. Y es que, cualquiera haya sido la suerte corrida por los otros, si es que realmente ingresaron al túnel antes que él, objetivamente es improbable que pueda hacer algo por ellos, porque de todas maneras va a llegar muy tarde.

Al parecer ya falta poco para llegar. La oscuridad comienza a disiparse lentamente, al ritmo de sus propios pasos. Menos de dos minutos después, siente que el corazón se le va a salir del pecho cuando la luz le permite ver que ciertamente la pared ha sido derribada y que a cinco pasos de distancia y a treinta centímetros sobre su cabeza está destapada la trampa que supuestamente da acceso a ese jardín lateral. Finalmente ha llegado al Palacio de Gobierno, ya no hay marcha atrás. Sin tener muy claro qué hará una vez arriba, Felipe alza los brazos para aferrarse a los bordes y apoyando los pies en las paredes de piedra y barro logra trepar en tres movimientos, con alguna dificultad. Se queda en cuclillas al lado de la trampa y, apenas sus ojos se acostumbran a la luminosidad del día, mira en todas las direcciones, como un ratón antes de engullir una semilla en medio de una pradera. Aparentemente nadie lo ha visto. Alza la vista y, por la posición del sol, deduce que se encuentra en la zona noreste del Palacio, cerca del cruce que afuera hacen las calles Desamparados y Palacio. Está en la esquina de un jardín en forma de ele, con el pasto bien cuidado e hileras de achiras comunes delineando su contorno (era de esperarse un muestrario más exótico y sofisticado de plantas, tratándose de la residencia de un sátrapa de origen oriental; hace falta el buen gusto –y mejor olfato para el negocio– de la mujer del alcalde de Lima). No encuentra la famosa higuera sembrada en el siglo XVI, por lo que descarta que se encuentre en el patio central del Palacio y confirma la deducción que ha hecho sobre su ubicación espacial. El jardín no llega más allá de diez metros en una dirección y treinta

metros en la otra. Construcciones relativamente recientes, que desentonan groseramente con el estilo neocolonial de los muros, bloquean el paso a la continuidad de ese jardín lateral hacia la fachada frontal del Palacio. El jardín ya no tan lateral resulta ser entonces un enclave verde al que se tiene acceso únicamente por una puerta interior que parece ser de servicio, a juzgar por el balde y la manguera arrumados a un lado de ella. Estas observaciones le indican rápidamente a Felipe que el plano en el que se ha basado el plan (¿qué plan, si ya no tiene sentido?) está obsoleto, o nunca fue correcto. Fue poco lo que pudieron hacer en cuanto al plano del Palacio a partir de los escasos elementos disponibles: una fotografía aérea publicada en La Prensa en el año setenta, un croquis sacado de un libro de turismo histórico y las descripciones de la página web de la Comunidad Peruana, abundantes en cursilerías y contradicciones. Tampoco sirvieron de mucho las visitas guiadas que La China y Mariana hicieran mezcladas con los turistas, ya que el circuito oficial se limitaba al sector frontal del Palacio: el Salón Tupac Amaru, el Salón Dorado, el Gran Comedor, el Gran Hall. Sea como sea, la única manera de continuar –siempre suponiendo que puede estar siguiendo los pasos de sus compañeros– es a través de aquella puerta de servicio. ¿Estará cerrada con llave?

Una vez adentro, todo fue más sencillo de lo que él esperaba. Otra vez sus cálculos y estrategias resultaron ser inútiles. No podía prever que ella tomara la iniciativa de esa manera. Apenas terminó de tomar su café, y cuando la charla parecía enrumbarse nuevamente hacia la polémica amistosa (el tema: la pena de muerte), ella lo descolocó con un comentario entre atrevido e irónico, pero hecho en un tono muy casual.

–Un observador externo diría que están dadas las condiciones objetivas y subjetivas para que tú y yo vivamos una noche de pasión.

La miró a los ojos y creyó ver que ella no estaba bromeando. Todavía conmocionado por la proposición implícita, alcanzó a contestarle en un tono similar pero notoriamente impostado.

—Yo creo que tiene razón, pero primero el observador externo tendría que retirarse porque no soy dado al exhibicionismo ni al *ménage à trois*.

—Me parece que está por irse. Mientras termina de despedirse yo voy a aprovechar para darme una ducha. No tardo. Si quieres pon algo de música para que no te aburras.

¿Aburrirse? En ese momento Felipe no hubiera podido dormirse ni con anestesia, ni siquiera con una homilía del Papa. Las hormonas andaban en Ferrari y él poco podía hacer para controlarlas. Una para nada leve erección le causaba algo de dolor por la dureza de la tela del *blue jean*. Pero no podía evitarla, considerando que la visualización tanto del presente inmediato (Claudia desnuda bajo la ducha a sólo unos metros de distancia) como del futuro cercano (la mentada noche de pasión con ella) tenían un efecto sinérgico sobre su excitación. De todas maneras intentó calmarse un poco. Se levantó del sillón y se puso a revisar los discos. Le pareció que, en general, la música era buena: barroco italiano, nocturnos de Chopin, Serrat, Sabina, Zitarrosa, Lucha Reyes, Alanis Morissette, Cranberries, R.E.M., Ramones. Eso sí, quiso creer que los discos de Ray Conniff y Julio Iglesias eran de su madre. Se dio cuenta de que la observación de la foto de un sonriente y muy peinado Ray Conniff tenía efectos antiafrodisíacos. Recordó entonces una película en la que un personaje le recomendaba a un amigo que sufría de eyaculación precoz que en esos momentos críticos pensara en situaciones absurdas o desagradables, para retrasar la explosión. El ingenuo amigo seguía el consejo y se imaginaba a sí mismo cortándole las uñas del pie a su obesa profesora de inglés del colegio o paleando

estiércol de vaca en medio de un funeral o simplemente se esforzaba por calcular el número de segundos que había en un año. Nada daba resultado. Lo único que conseguía era no disfrutar los escasos segundos de los que antes disponía, además de cierto progreso en sus habilidades matemáticas. Quizás la foto de Ray Conniff hubiera sido efectiva, pensó mientras se decidía finalmente por un disco de R.E.M.

Todo tendría que darse de a pocos, con paciencia y delicadeza. Esto lo entendió claramente cuando ella salió de la ducha y en lugar de preguntarle a Felipe si le gustaba el látigo le hizo un comentario sobre las últimas protestas del sindicato de construcción civil, tachadas por la prensa de siempre como vandálicas. Claudia se había puesto un buzo azul de algodón muy cómodo pero no precisamente sensual, se diría a primera vista. Sin embargo, por razones ajenas a cualquier explicación, igual se veía muy atractiva. Hay mujeres que llevan su cuerpo de una manera tan natural que ni vestidas de bombero dejan de ser –si así lo quieren– hembras apetecibles. Mientras se sacudía el pelo mojado, en un ritual que un ornitólogo habría considerado de cortejo, y antes de que él contestara, ella agregó que en regímenes represivos y autoritarios como el que padecían la resistencia se justificaba en todas sus formas, incluida la violencia. Felipe se mostró tibiamente de acuerdo pero en lugar de manifestar sus reparos se decidió a cambiar de tema. Tampoco quería iniciar un debate político que postergara indefinidamente el ansiado encuentro amoroso. Armado de valor, y viendo que ella se sentaba en el sofá, se acercó al ventanal y cerró las cortinas.

–Yo creo que el observador externo ya se fue. Pero, con tu permiso, voy a cerrar estas cortinas para protegernos de algún entusiasta observador ocasional.

–Considerando que estamos en un cuarto piso, tendría que ser un observador con capacidad de vuelo. O con

telescopio. Pero uno nunca sabe. Así que ciérralas, nomás.

De regreso del ventanal, Felipe se sentó al lado de ella. Como un primer paso, dejó a propósito que sus rodillas tocaran las de Claudia. Ella no retiró sus piernas como suele hacerse en situaciones similares durante los viajes en bus con un perfecto extraño de compañero de asiento. El primer paso parecía encontrar tierra firme. La conversación se situó inicialmente en el tema de las aventuras de una noche, el sexo casual y el amor en los tiempos del SIDA, pero no tardó en derivar a un intento de confesión por parte de él. Comenzó diciendo que estaba algo confundido, porque en unas semanas más tendría que volver a España y –en ese momento le tomó las manos– no quería que ella pensara que él... Probablemente el hipotético observador externo, tan mentado un rato antes, habría abucheadó a viva voz en esa escena, reclamando más decisión y menos explicaciones por parte del personaje masculino: ya tendría oportunidad de ponerse tierno después de. No se puede saber si fue por compartir la idea de que Felipe estaba siendo poco asertivo, y entonces había que interrumpirlo, o simplemente porque se sintió de pronto muy atraída hacia él, el caso es que ella acercó su cara y –ya dejando de escuchar– se quedó mirándolo así, de muy cerca, cerrando apenas los párpados y mordiéndose levemente el labio inferior sin abrir la boca. Felipe se calló y, después de unos segundos que pareció disfrutar mucho, por fin la besó.

Al comienzo Claudia se dejó llevar, cediendo la iniciativa a un Felipe que hacía grandes esfuerzos por no precipitar las cosas, teniendo presente en su cabeza horriblemente racional que las mujeres valoran mucho los preámbulos largos. Por eso no se apuró en quitarle la parte de arriba del buzo y, cuando por fin lo hizo, se dedicó con morosidad a besarle el cuello y morderle suavemente las orejas, bajando la boca lentamente

hacia sus pechos, los que besaba apenas en la parte que el sostén dejaba visible, para después regresar al cuello y a la boca. Cuando ella hizo el ademán de quitarle la camiseta él se apuró en hacerlo por sí mismo. Ella aprovechó ese momento para pararse y llevarlo de la mano hasta su cuarto. Al llegar al borde de la cama ella se desabrochó el sostén y se echó boca abajo. La visión de esa espalda morena acariciada por largas hebras negras, rendida y esperando por él, casi lo enloqueció. Se quitó el pantalón en un instante mientras ella seguía recostada con los ojos cerrados, dominando la situación desde su pasividad. Apoyado sobre sus rodillas y manos, cubriéndola sin tocarla todavía, se entretuvo besándole la nuca, bajando y subiendo por la espalda, mordiendo a ratos. La sintió estremecerse tras los mordiscos y entonces deslizó sus manos por debajo del torso de ella hasta apresar sus senos. Las caricias crecían en intensidad y las zonas recorridas se multiplicaban. Ya le había quitado el pantalón del buzo, ahora sí con movimientos casi violentos, excitándose todavía más tras descubrir su trasero firme y bien formado, apenas cubierto por un calzón muy pequeño. Al tiempo que besaba sus nalgas al terminar el enésimo recorrido de besos por la espalda, comenzaba a acariciarle la vulva, primero con dos dedos, después con cuatro, dejando atrapada su mano entre el cuerpo de ella y la cama, haciendo entonces temblar la mano con breves e intensos impulsos musculares. Claudia lo dejaba hacer y correspondía a sus arrebatos con ligeros gemidos. En algún momento, cuando ya no había más prendas que quitarse, la tomó de los hombros y la colocó boca arriba. Entonces se entretuvo largamente besando y chupando sus largos y oscuros pezones mientras sus manos no dejaban de acariciar sus muslos. Por instantes lograba abstraerse de su dedicada tarea y ser consciente de lo que estaba viviendo. Entonces su excitación se mezclaba con una intensa emo-

ción: allí estaba él, Felipe, haciendo suyo ese cuerpo con el que había soñado más de una vez; sí, era Claudia la que se convulsionaba debajo de él, la misma que le pedía ahora que siguiera, que no se detuviera.

Cuando ya llevaba varios minutos hurgando con su lengua, perdiendo y encontrando el clítoris, delineando una y otra vez el contorno de esos labios húmedos, sintió que ya no podía prolongar más el juego previo. Se incorporó, le abrió las piernas con delicadeza pero con decisión, la atrajo hacia sí, y en el momento en que ya iba a penetrarla de pronto ella cerró y flexionó las piernas bruscamente y le dijo “No, así no”. Felipe se desconcertó por un instante porque el tono no había sido de rechazo sino cariñoso y veía en el rostro de ella, en sus ojos entreabiertos, la misma pasión que había encontrado unos minutos antes. Fue en ese momento que ella tomó la iniciativa. Se arrodilló para estar a la altura de él, lo besó en la boca brevemente, terminando el beso con un breve lamido como el de un cachorro, y le dijo al oído “Por atrás”. Luego se volvió y se acomodó hasta quedar apoyada sobre sus rodillas y brazos, con la cara recostada sobre la cama y vuelta hacia un lado, las piernas separadas, lista para recibirlo. A Felipe no le costó mucho pasar de la sorpresa a la decisión.

El primer encuentro sexual no duró mucho más. El hipotético observador externo habría sentenciado, con una admirable capacidad de síntesis, que él estaba demasiado caliente para aguantarse. Una descripción algo menos prosaica, pero al mismo tiempo candidata a ser incluida en un relato de *Cosmopolitan*, habría dicho algo así como “la excitación acumulada por semanas y elevada a una inimaginada potencia durante los juegos preliminares, más la súbita revelación de las preferencias de ella, que le añadía una carga de trasgresión al deseo desbocado que lo poseía, así lo determinaron”.

De cualquier modo, luego se durmieron un par de

horas, ella recostada sobre su pecho, él abrazándola, los dos desnudos y apenas cubiertos por una sábana arrugada. Al despertar, todavía de noche, retomaron el escarceo de manera natural, como si no fuera posible hacer otra cosa, siendo esta vez algo más breve para dar paso al segundo encuentro, en el que Felipe no intentó definir el curso de las cosas hasta que ella se manifestara. Otra vez le indicó que lo hicieran a la manera de los griegos, denominación que por supuesto ella no utilizó pero que se incluye a manera de austero homenaje al lenguaje de los avisos clasificados de los diarios. Luego de un apasionado combate que se prolongó más que el primero pero con un final de todas maneras anticipado, motivado sin duda por el efecto particularmente excitante de sentir aquella cálida estrechez, se durmieron otra vez hasta unas horas después del amanecer.

Despertaron abrazados y el olor a sexo todavía se podía sentir en la habitación. Felipe estaba feliz y orgulloso. Si bien tenía claro que en el terreno sexual él no era ningún portento estilístico, anatómico o aeróbico, no era menos cierto que había escuchado a Claudia pasándola muy bien, y eso es lo importante, se dijo.

Se ducharon juntos, y aunque ambos habían insinuado que el compartir ese rito de la higiene post amorosa no involucraba que volvieran a encontrarse, ocurrió otra vez. Era demasiado pedir que el enjabonarse mutuamente todo el cuerpo llevara únicamente al enjuague con agua. Esta vez Felipe intentó que lo hicieran por la vía convencional, por decirlo de algún modo, pero ella insistió en volver a hacerlo de la otra manera, aquella que fue rabiosamente condenada por Saulo de Tarso, el verdugo fanático con delirios paranoides que la historia cristiana conoce como San Pablo. Media hora después, mientras tomaban desayuno, y adivinando la pregunta que un radiante Felipe apenas podía reprimir, ella le explicó.

–Supongo que te sorprendió. Lo que no voy a creerte es que no lo hayas disfrutado. No sólo porque te escuché sino porque eres hombre; todos los hombres sienten una fascinación particular por probar el camino prohibido ¿o no?

–No conozco a ninguno que lo rechace. Pero tampoco es universal que los hombres prefieran esa alternativa antes que la convencional.

–En todo caso, mi decisión no tiene que ver con gustos personales; se trata de algo más serio. Yo soy, de acuerdo a los cánones, todavía una virgen. O sea, a mis veinticuatro años conservo el himen intacto, como el de una adolescente cualquiera. Para mí esa pequeña membrana tiene un valor simbólico muy fuerte, sobre todo por lo irreversible de su rotura. Yo quiero que la rompa alguien especial, no sólo sentimentalmente hablando sino también que sea sexualmente compatible conmigo. Ojo, no quiero decir que sea alguien con el que me voy a quedar toda la vida. No. Nada de cursilerías de príncipe azul, novia de blanco, ni vínculos esclavizantes hasta que la muerte por fin nos separe. Sólo quiero que sea algo especial. No sé si me entiendes: el saber que todavía nadie ha entrado en mí, y que yo lo voy a decidir, me hace sentir muy fuerte, hasta poderosa se podría decir. Obviamente al comienzo intentaba simplemente mantenerme casta y punto, pero esto agotaba la paciencia y finalmente ahuyentaba a mis parejas de entonces. Uno de ellos me dijo –con mucha razón– que cómo esperaba yo conocer a alguien sexualmente idóneo si no practicaba el sexo.

–En realidad...

–Claro, mi argumentación era un perro mordándose la cola. Pero con el tiempo aprendí. Mira, tú eres la tercera persona con la que he estado. Y todavía no me arrepiento de conservar al menos esa pureza, por llamarla de algún modo. Además, que la puerta de entrada sea ésa también tiene una connotación mundana que me parece interesante.

–“Dadle a los cerdos machos lo que su apetito bestial busca y sólo unos pocos elegidos por la gracia merecerán quedarse con la preciada virtud” ¿Es así, o no?

–Sí. Podría decirse que es algo así. Aunque te parezca objeto de burla.

–No me burlo. Trataba de ser alegórico. Tu decisión me parece muy respetable y las razones convincentes.

–Qué bueno. Aunque mi intención no era convencerte, sino explicarte.

–Sí, ya sé. No te pongas otra vez a la defensiva.

–...

–¿Has leído la Divina Comedia?

–Vaya cambio de tema. Si quieres hablamos de las oscilaciones de la bolsa de Tokio. No, no he leído la Divina Comedia.

–Te lo pregunto porque tuve un curso sobre la Comedia hace unos meses (todavía tengo frescos algunos de los pasajes) y allí aparece un personaje, entre los miles de personajes mitad reales mitad ficticios, con una historia parecida a la tuya.

–Ah ¿sí?

–Es en el séptimo círculo del infierno, cuando Dante y Virgilio se encuentran con los violentos contra la naturaleza. Uno de ellos es Jacopo Rusticucci. El tipo era un noble florentino, del bando de los güelfos...

–¿De los qué?

–Los güelfos eran los partidarios del papa y estaban en guerra con los gibelinos, que defendían al emperador. Los horrores de esos enfrentamientos no distan mucho de lo que se vio en los Balcanes en los noventa. Uno de los casos más conocidos –y que también aparece en el infierno de Dante– es el del conde Ugolino, que traicionó a los güelfos. Cuando éstos retomaron el poder de la ciudad, un obispo mandó encerrar al conde para que muriera de hambre. Cuando ya llevaba varios días de suplicio, arrojaron a su celda a sus hijos, igualmente

desnutridos. La historia cuenta que el conde Ugolino sobrevivió unos días más alimentándose de los cadáveres de sus hijos.

–Qué terrible. Y así los europeos todavía se animaron a llamar salvajes a los indios americanos.

–Bueno, pero yo te quería contar la historia de Jacopo Rusticucci.

–Y yo no te estoy amarrando para que no la cuentes. Continúa, está interesante, pero no dejes que se enfríe tu café.

–Dante y Virgilio encuentran al pobre Rusticucci padeciendo las penas del infierno por culpa de su mujer. Resulta que la mujer era muy hermosa y estaba muy enamorada de su noble esposo, con el que llevaba una vida plena. Como la gentil dama no quería que esta situación cambiara debido a la maternidad, simplemente se negaba a tener hijos. Para tal fin, obligaba a su esposo a tener únicamente relaciones sodomitas con ella.

–¿Y qué pasó después?

–La historia la escribió Dante Alighieri y no Hans Christian Andersen, así que no hubo final feliz. Rusticucci terminó repudiando a su mujer, y a todo el género de paso, inclinándose por compañías masculinas con las que no tuvo que modificar sus prácticas acostumbradas. Y de esta manera se ganó un lugar en el averno.

–Ya entiendo. O sea que yo soy la mujer de Rusticucci y tú eres la pobre víctima que por culpa mía terminará sus días señalado como sodomita por la sociedad intolerante en que vivimos.

–Hmm. No exactamente. Porque también existe la posibilidad de que con el tiempo me haga merecedor de tus favores más preciados –dijo Felipe mirándola a los ojos y poniendo su mano encima de la de ella.

–Sí. Existe la posibilidad –dijo ella sin retirar su mano–. Pero esto recién comienza, y tú te regresas a España en menos

de un mes. Y ya sabes que: amor de lejos... felices los cuatro.

–Ya veremos. No hay nada escrito.

–Ja. Lo que está escrito, y supongo que bien escrito, es tu manuscrito de tesis, el mismo que leerás en unos días más. Es ese manuscrito el que te llevará de regreso a la península, para que recibas los laureles del doctorado.

–Repito: ya veremos...

–Ya veremos, dijo un ciego lleno de optimismo.

–Cambiando de tema, o volviendo al tema: ¿puedo preguntarte si Javier es uno de los otros dos?

–Qué obsesión. Comienzo a sospechar que estás enamorado de Javier y que me utilizas a mí sólo como una vía para llegar hasta él. No. Javier no se ha acostado conmigo. Además no puede hacerlo, ni conmigo ni con nadie.

–¿Por qué? ¿Tiene un voto de castidad o algo por el estilo? No puedo creer que sea del Opus.

–Dije no puede, que es diferente a no debe o no quiere.

–¿Entonces?

–La impotencia es una de las secuelas que le dejó la tortura. La leve cojera que tiene es otra. Según el médico que lo trata, su impotencia es hoy psicológica y no física, lo que le da alguna esperanza de recuperación.

–¿Lo torturaron? ¿Quiénes?

–Vaya pregunta ingenua. Se nota que has vivido fuera del país. Lo torturó el ejército. En alguna etapa de su vida Javier fue simpatizante de Sendero, al comienzo de toda la cosa, cuando muchos se dejaron impresionar por el orden y justicia que imponía en los poblados serranos. Supongo que no lo sabes, pero entre el 80 y el 82, en muchos de los pueblos donde Sendero tenía una presencia importante, se acabaron los ladrones, violadores y abigeos; los alcaldes y jueces corruptos eran castigados ferozmente en juicios populares y no reincidían porque la segunda vez ya no la contaban.

Bueno, lo que sigue es historia más conocida. En el 83 Belaúnde le permitió al Ejército y a la Marina hacerse cargo de la lucha antisubversiva. Allí comenzó el baño de sangre, y la gente quedó al medio de dos fuegos. Pura carne de cañón... Javier asistió a unas cuantas reuniones y les guardó algunos documentos, nada más. Pero sus simpatías con Sendero no duraron mucho. Cuando se dio cuenta del fundamentalismo intolerante, del nulo respeto a la cultura andina y de sus prácticas tan genocidas como las de las fuerzas armadas, se desencantó y se borró. Cuando lo detuvieron llevaba años sin tener contacto con los senderistas, así es que no tenía nada que confesar. Quizás por eso lo torturaron tanto. Si no lo mataron fue porque su familia pudo reunir los cinco mil dólares que el comandante a cargo cobraba por la liberación de cualquier preso, sin importar de qué estuviera acusado.

Felipe no quiso decir nada más. La imagen de Javier torturado lo angustiaba. Siempre había sentido angustia al leer testimonios sobre la tortura, sobre todo si eran de este lado del mundo, como si el hecho de que los torturados fueran argentinos, chilenos, peruanos o brasileños convirtiera los hechos en más terribles o más amenazantes que si se tratara de víctimas afganas, timorenses o chechenas. Felipe no duraba mucho tratando de imaginarse a sí mismo viviendo ese trance, escuchando los gritos de otros, preparándose para escuchar los gritos propios, deseando morir para que todo terminara antes; el horror le hacía abandonar esos pensamientos muy rápido. Pero nunca había estado cerca de alguien que hubiera sido torturado. Se sintió mal de haber alimentado cierta inquina hacia Javier desde el comienzo. Pensó que había vivido muy poco y se sintió tonto, inmaduro e inmerecidamente a salvo de todo. La culpa le caía encima como una avalancha.

Claudia se dio cuenta de que él estaba afectado y trató de animarlo contándole algo que se había negado a contarle

varias veces. Era sobre aquella discusión telefónica que tuviera con Javier la noche en que Felipe conoció a su madre. Claudia reconoció que la discusión había sido –indirectamente– por él, tal como Felipe lo había insinuado varias veces. Pero le aclaró que no fue por celos, como él siempre supuso y hasta se jactó. Fue porque Javier, siempre muy estricto, reaccionó con irritación ante el incumplimiento por parte de ella de una tarea encomendada debido a sus constantes salidas con Felipe. Claudia debía hacer ciertas averiguaciones en el Colegio de Arquitectos del Perú sobre unos edificios muy antiguos –le explicó– y hasta esa fecha no las había hecho. “Eso fue todo –dijo Claudia–, él hubiera reaccionado igual si mis distracciones hubieran sido por visitar a mi tía abuela”. Felipe no terminaba de entender cómo es que Javier le encomendaba tareas a Claudia, y entendía menos que tuvieran que ver con arquitectura histórica, pero no estaba de ánimo para insistir. Sonrió con desgano, aparentemente todavía impactado por la revelación de los padecimientos de Javier, o quizás porque en el fondo hubiera preferido que aquella discusión fuera por celos, y –sin saber bien por qué– decidió que era el momento de irse y lo anunció en voz alta. Tal vez no quería seguir contaminando esa mañana con discusiones o confidencias ajenas a lo vivido horas antes. Era la mañana siguiente a su primera noche con Claudia y no terminaba de entender la naturalidad con la que ella había tomado todo. Nada de frases grandilocuentes, promesas de futuros compartidos o declaraciones del inicio de una nueva etapa en la vida. Mucha pasión y mucho cariño, pero nada más. Un rato después, mientras se despedía de Claudia en la puerta, Felipe comenzaba a arrepentirse de su partida.

IX

Ha pasado más de un minuto y Felipe no termina de decidirse a intentar abrir esa puerta. Si en este momento apareciera alguien por la puerta de servicio, ¿qué haría él? ¿atacarlo? ¿amenazarlo a gritos y huir? ¿alegar inocencia con voz temblorosa? Las situaciones más sencillas se complican cuando se oculta una intención. En esas circunstancias uno cree estar en la obligación de dar explicaciones cuando el mutismo o un gesto mínimo serían lo natural, delatándose entonces que se está en falta. En este caso, la aparición de un empleado cualquiera de Palacio sin duda generaría zozobra en Felipe. Sin embargo, si él tuviera el aplomo para apenas mirarlo sin interés y a continuación simular –como quien retoma una tarea muy importante– que calcula la altura de un muro o inspecciona acuciosamente las hojas de una planta, pasando así por un profesional de la arquitectura o del control de plagas, seguramente no levantaría sospechas y quizás hasta infundiría respeto en el hipotético empleado. Pero también es cierto que en la particular coyuntura política, desatada hace poco más de veinticuatro horas, todo está trastornado y es probable que el razonamiento anterior no tenga mucha validez. Lejos de estas disquisiciones algo ociosas, e impulsado por el mismo mecanismo que hasta ahora le ha impedido retroceder: pensar en sus compañeros supuestamente en problemas, Felipe ha resuelto probar suerte con esa puerta de servicio. Está abierta.

Una vez adentro se encuentra con un ambiente amplio,

un híbrido entre cocina y lavandería. El piso es de cemento sin pintar, las paredes tienen apenas una mano de pintura blanca pasada al descuido en las zonas donde no hay mayólicas y del techo cuelga un foco sin pantalla. A un costado, cerca de una cocina y un refrigerador de modelos muy antiguos, hay una mesa plegable y cuatro sillas de plástico. Al otro extremo hay un lavadero, grandes tientos de plástico y una lavadora automática. Claramente se trata de una habitación utilizada por el personal de servicio. No hay señales de presencia reciente en el lugar (como una taza sobre la mesa o agua salpicada en el suelo del lavadero) y además las cortinas están cerradas. Felipe se extraña. ¿Habrán huido? No tiene mucho sentido. A nadie en su sano juicio se le ocurre que las lavanderas y jardineros de Palacio deban sufrir el rigor de la justicia tras la caída del tirano. Pero también es cierto que la historia no escrita está llena de casos de anónimas víctimas inocentes de las turbas justicieras. Toda esta elucubración se desvanece en el instante en que Felipe recuerda que hoy es domingo. Sí, a pesar de que se viva en tiempos de flexibilidad laboral, eufemismo para referirse a jornadas de trabajo de doce horas, despidos intempestivos y liquidación de sindicatos, todavía el domingo es día de salida del personal. La modernidad neoliberal ha logrado que, en materia de derechos laborales, avancemos hasta la primera década del siglo veinte. Pero tendrá que continuar su exitoso avance hacia atrás con mayores bríos si quiere llegar hasta la época anterior al séptimo día, en el que Dios, después de crear el mundo, decidió descansar.

Felipe se dirige a la puerta que comunica esa dependencia con el resto del edificio e intenta abrirla. Esta vez no tiene la misma suerte que con la puerta anterior. Maldice. Está cerrada desde afuera. Sin tiempo para la frustración, ubica unas ventanas abiertas a un costado de la puerta pero a dos metros de altura. Los empleados deben haberlas dejado abiertas por la

desidia de encaramarse en algo para poder cerrarlas –piensa–, celebrando por anticipado la superación del obstáculo. Inmediatamente hace a un lado dos sillas y comienza a arrastrar la mesa hacia la pared; ya calculó que con ese taburete será suficiente. Cuando no ha terminado de acomodar la mesa cae en cuenta de la ligereza de sus conclusiones. Si lo que intenta es seguir el camino que supuestamente han hecho Alex, Torito y Walter hace ya no sabe cuántos minutos, entonces no tiene lógica trepar por esa ventana porque evidentemente ellos no lo hicieron así; habrían dejado rastros de su escalamiento. ¿Y ahora? Por un momento se siente derrotado, llegando al final del camino: ellos nunca entraron al túnel, la explosión fue una rata-blanca como dijo el niño lustrabotas y yo estoy haciendo un papelón, perdiendo mi tiempo y el vuelo de regreso a Madrid –se dice. Pero al salir nuevamente al jardín, y después de mirar con una mezcla de desolación y rechazo la entrada al túnel, vuelve a considerar la posibilidad de que ellos estuvieran allí y que se toparan con el mismo problema de la puerta cerrada con llave. ¿Qué habrían hecho entonces? La respuesta a esa pregunta cargada de supuestos no puede ser otra que trepar por el muro que ahora tiene frente a él. El mismo muro de construcción reciente que corta el paso del jardín lateral hacia la fachada frontal del Palacio, convirtiéndolo en un enclave. No es muy alto. Para bien o para mal su color cemento no permite distinguir hipotéticas huellas del paso de ellos. Como sea, Felipe ya trepó el muro y recorrer agazapado los siete u ocho metros del techo que –ahora lo sabe– cubre la lavandería. Se asoma al borde del techo y confirma su suposición: el jardín continúa. Tras verificar que no hay nadie a la vista se descuelga con cuidado por el muro y aterriza en el jardín. Es un corredor angosto que unos treinta metros más allá desemboca por un costado del patio principal del Palacio, llamado Patio de Honor contra toda la

evidencia disponible. Desde su perspectiva limitada apenas se puede ver, a lo lejos, un pedazo de la reja exterior. Lo que sí distingue con claridad es que a lo largo del jardín hay, por el lado del edificio, cuatro ventanas grandes ubicadas a unos sesenta centímetros del suelo. Las ventanas tienen vistosas rejas exteriores de hierro, por lo que está descartado que pueda ingresar por ellas. La alternativa para no ser visto es correr pegado al muro del edificio y además agachado por debajo de las ventanas. No será cómodo, sobre todo porque entre las ahora sí numerosas flores que bordean la construcción –y que tendrá que atravesar– destacan unas enormes rosas amarillas, pero no tiene otra opción. Tampoco se detiene a pensar que si su carrera termina en el Patio de Honor entonces haber entrado por el túnel habrá sido una pérdida de tiempo; le habría bastado con saltar la reja delantera para llegar al mismo punto. Es absurdo, pero en este momento lo que guía sus pasos no es la lógica sino la intuición de lo que podrían haber hecho sus compañeros minutos antes que él. Es cierto que saltar la reja delantera podría ser muy riesgoso por los guardias y soldados regularmente apostados dentro y fuera del Palacio. Pero también es cierto que no tiene mucho sentido que el grupo a cargo de la operación no llevara implementos para forzar la puerta de servicio o volarla ¿Cómo abrieron la tapia a la salida del túnel, entonces?

No se arrepintió de su decisión. Cuando Felipe recibió la invitación al matrimonio de Silvia, una vez superada la sorpresa, dudó si sería una buena idea ir con Claudia. Su cabeza fabuladora, estimulada por los recientes logros en materia de conquistas amorosas, por un momento imaginó que la novia, después de haberlo invitado a un encuentro de sano esparcimiento en su departamento unas semanas antes, a lo mejor también querría darse el gusto de estrenar los ahora bendecidos cuernos de su marido. Quince minutos

en el baño de mujeres o en el cuarto reservado de la novia habrían sido suficientes para consumir la hazaña de manera discreta. Nada de eso había pasado. Silvia se veía falsamente radiante pero honestamente satisfecha junto a Francisco. El novio, que lucía un frac hecho a la medida de otro cuerpo, tenía todo el aspecto de haber sido durante su época escolar el destinatario de muchos apodosos malvados, objetos contundentes y hasta escupitajos. Aunque la vida aparentemente se había encargado de compensarlo: los que antes se burlaban de él ahora eran simples cajeros o a lo más ejecutivos de cuenta del banco en el que Francisco era el gerente de operaciones. A pesar de ello, conservaba la sonrisa boba y nerviosa de los perdedores, como si fuera un estigma indeleble, una marca recibida en el nacimiento o durante la infancia, asignada por una especie de dios-*dealer* repartidor de la suerte, y que es inmune a la acumulación de títulos, dinero y poder. El mayor mérito de Francisco era ser el único hijo hombre de su padre, también llamado Francisco. Su padre, el gerente general del banco, era un conocido banquero que se hizo famoso durante el intento de estatización de la banca de Alan García en 1987, cuando apareció frente a las cámaras de televisión desafiando al presidente, mostrando el colchón sobre el que pernoctaría en su banco para defenderlo de las huestes estatizadoras, y vociferando ante los reporteros una frase que, a decir de un veterano periodista, se había ganado un lugar en los anales de la ridiculez universal: “Voy a luchar por mi banco porque tengo que darle de comer a mis hijos”. Luego –como tantos otros– pasó de ser enemigo declarado a defensor acérrimo del dictador, lo que coincidió con una notable prosperidad en sus negocios financieros, pero esa es otra historia. Sea como sea, el desempeño de Francisco-hijo en la cama seguramente era un fracaso de dos minutos de duración y su conversación en la mesa una penitencia filipina, pero le aseguraba a Silvia

una vida tranquila, un aburrimiento financiado, y muchos ratos libres para conocer a sujetos interesantes.

Felipe, descansando de un agotador baile al ritmo de Euforia y Agua Bella, disfrutaba de la compañía de Claudia. Aprovechando la asistencia de numerosas familias-bien, se entretenían identificando a las mujeres con cirugías a cuestas y a los hombres con las canas teñidas. Llevados por el entusiasmo, mientras devoraban canapés y bebían pisco sour, hasta se animaban a especular sobre si sufrirían de frigidez o impotencia. Distinto tenor tenían los comentarios sobre los que al parecer eran los parientes pobres, agrupados en una esquina del salón. Ambos coincidían en lamentar el ostensible gasto en ropa que no podía ocultar el mal gusto. Felipe se los imaginó revisando detalles ínfimos de su aspecto, como el estado de las medias o la ropa interior, preocupándose a gritos por los notorios kilos de exceso, gastando en taxis y peluquerías, pidiendo prestado a algún vecino para comprar un terno, corriendo de un lado para otro. Todo para que al final apenas fueran saludados por los cada vez más lejanos parientes acomodados y terminaran conversando entre ellos en un rincón, hablando de los mismos temas cotidianos, como en un cumpleaños cualquiera en la quinta donde vivían. Claudia y Felipe también comentaban la ceremonia, que – ambos coincidían– había sido un verdadero bodrio. En un intento por darle un toque diferente, habían subido al altar los familiares de los novios a dar lectura a sus testimonios, verdaderas hagiografías de dos páginas. Lo peor no fueron las fallas de sintaxis ni los chistes malos celebrados sólo por sus autores ni las lisonjas a granel. Lo peor fue la madre del novio, que quiso rematar su apología con unos versos de Neruda. No se supo si la señora padecía una dislexia cabalgante, o le faltaron sus anteojos para leer la letra quizás muy pequeña, o tenía ya unas copas encima. Fuese cual fuese el

problema, la emocionada madre recitó algo que sonó como una cantinflada mitad en catalán mitad en portugués, la que nadie entendió pero de todas maneras arrancó aplausos.

Pasado el baile, y tomando aire fresco acodados en el balcón de una pequeña terraza, el tema de sus encuestas pasó a ser menos lúdico. Tras una observación de Claudia, verificaron que la mayoría de los animados y dicharacheros comensales no miraba ni agradecía a los mozos que ofrecían la comida y el trago en bandejas. Felipe recordó y le comentó a Claudia aquella fiesta de año nuevo organizada por un tío muy esnob (el menú de la cena estaba escrito en francés y el mozo contratado usaba guantes blancos) en la que al dar las doce todos brindaron y se abrazaron exultantes, con excepción del mozo que se mantuvo con la bandeja sujeta y la mirada fija en ella, lejos de su familia e ignorado por la feliz concurrencia que no terminaba nunca de abrazarse a gritos. Felipe y Claudia quedaron un momento en silencio.

–Esa fue una de las cosas rescatables de la toma de la embajada de Japón del MRTA –dijo Claudia.

Felipe supo que ella continuaría hablando, así que no preguntó nada.

–Fue una especie de decreto brutal de igualdad. Por unas semanas, sólo por unas semanas, docenas de ministros, diputados, empresarios, diplomáticos, y militares de alto rango, sujetos acostumbrados a una vida cómoda, a ser atendidos por subalternos, a viajar por el mundo dilapidando el dinero del estado, a cobrar viáticos por nada, a mandar, a insultar porque sí, supieron lo que era vivir hacinado, sin agua, con el olor a mierda invadiéndolo todo, con escozor en la cabeza y la ropa hedionda a sudor macerado, y recibiendo órdenes todo el tiempo. Conocieron lo que era la vida en las barriadas que sólo conocían de nombre, donde vivían sus choferes, sus estafetas, sus sirvientas. Fue algo muy bacán, como una

fábula de Esopo, pero sin moraleja: no aprendieron nada.

–Yo estaba en España. Allí le dieron mucha cobertura de prensa, sobre todo durante los primeros días, después se fue olvidando. Pero yo leía con frecuencia los periódicos peruanos por internet. Además el tema se conversaba mucho entre los estudiantes latinos.

–De acuerdo, tú estabas en España, pero supongo que eso no te impide opinar ¿no? Sobre todo si pudiste leer la prensa peruana y discutirlo con otras personas.

–Bueno, la verdad es que no había visto las cosas desde ese punto de vista –dijo Felipe un tanto incómodo, sintiéndose interpelado–. Al comienzo todos estábamos impresionados por la audacia y la organización del comando del MRTA para ejecutar esa toma de rehenes tan grande. Estaba muy atento a las noticias, como te dije, pero no tenía una posición definida sobre si era algo justo o injusto. Como decían los estudiantes aquí, se trataba de un grupo subversivo con métodos violentos enfrentado a un estado represivo con métodos violentos.

–Ya. ¿Y qué sentimiento te dejó el final de toda esa historia? Me refiero a la aniquilación de los guerrilleros rendidos, al tirano paseándose sobre los cadáveres, al show de los medios serviles. O el hecho de que contaran como muertos sólo a los dos militares y al rehén, porque los catorce guerrilleros abatidos y los cuatro obreros muertos en derrumbes durante la construcción de las galerías subterráneas no entraban en la estadística.

–Vaya, esto se convirtió en una entrevista muy aguda, y bastante tendenciosa también. Pero está bien, voy a contestar a cada pregunta, no creas que no tengo opinión. Aunque reconozco que mi opinión se forjó en medio de esas discusiones con otros estudiantes, más enterados y más analíticos que yo, supongo que no invalida que la sostenga ahora como propia.

–Menos retórica, por favor. Suenas como un canciller.

—Está bien, parece que hay mucha impaciencia por escuchar mi punto de vista. Al grano, entonces. A ver, la ejecución de los emerretistas rendidos y el paseo macabro son brutalidad pura y no queda otra posición que condenarlo, como hizo todo el mundo civilizado. Aunque de poco o nada sirva. Los medios se alinearon detrás del presidente y no destacaron precisamente por su independencia de opinión, lo que no debe sorprenderle a nadie, tratándose de un régimen autoritario. Ahora recuerdo que me pareció patético un editorial de Caretas después de la re-toma de la embajada en el que decían que se había impuesto el imperio de la ley, como si el presidente y su asesor tuvieran algún vínculo con la legalidad. ¿Qué más? Ah, sí, qué sentí al final de todo el asunto. Para ser te franco, más que sentir alivio, conmiseración o rabia, yo hice —o nosotros hicimos— un análisis un tanto frío del desenlace de la crisis. Desde una perspectiva militar, me pareció que los del MRTA fueron muy pelotudos. Primero, y no es que yo esté de acuerdo con matar, si amenazas tienes que cumplir, o ya nadie te creará. O sea, si amenazaron con ejecutar rehenes si no cumplían tal o cual exigencia, y no lo hicieron, entonces perdieron capacidad de negociación. Segundo, la falta de estructura de mando. Cada decisión de Cerpa era cuestionada por sus lugartenientes, entonces nunca llegaban a nada definido, esto fue crítico durante las negociaciones para asilarse en Cuba. Tercero, el relajo. La embajada ya parecía un set de Sábado Gigante. Entraba el que quería y ellos se dedicaban a jugar fulbito. Así nunca iban a detectar que los sembraban con micrófonos y beepers. Les faltó disciplina, creo yo. Cuarto, la inocencia. No se dieron cuenta de que el arzobispo los entretenía con negociaciones eternas para darle tiempo a los que cavaban las galerías subterráneas y preparaban el asalto. Si vas a jugar a la guerra no puedes ser tan cándido. Creo que eso es todo.

Espero haberte dejado satisfecha con mi respuesta. Y lamento decepcionarte si es que esperabas algo distinto.

—No esperaba algo en particular. Sólo quería saber tu posición. Y me parece muy respetable, aunque algo distante, como tú mismo reconoces. ¿Te puedo hacer una última pregunta?

—La que quieras. Tú sabes que yo disfruto todas las cosas que tú me haces.

—Tranquilo, galán, modera tus pasiones, ya vamos a regresar a mi casa en un rato más. Sólo te pido un resto de seriedad. Aparentemente tienes las ideas claras en cuanto a la historia reciente y sus actores. Lo que me pregunto, o mejor dicho te pregunto, es si llegarías a involucrarte en esa historia.

—¿Meterme en política? *Vade retro*, Satán. No me gusta robar, y sólo miento en ocasiones especiales.

—No. No he dicho meterte en política. He dicho involucrarte de manera concreta.

—¿En serio crees que individuos insignificantes como nosotros pueden hacer algo para intervenir en el curso de la historia del país? No te creía tan ilusa.

—Supongamos por un momento que eso fuera posible. ¿Te involucrarías?

—Nunca me ha gustado ponerme en situaciones irreales. “¿Qué harías si los marcianos invadieran la tierra?”. No sé qué haría. Los felicitaría por derrotar a los gringos, supongo. En cuanto a tu pregunta, bajo ese supuesto casi imposible, de que pudiéramos torcer la historia, mi respuesta sería... tal vez. No puedo responder tan en el aire. Tendrías que precisarme más de qué se trataría el asunto. Pero sí, al menos lo pensaría. ¿Qué estás tramando? ¿Detonar una bomba atómica para recomenzar la civilización? No serviría de nada: se repetirían todas las lacras. ¿No leíste “Ensayo sobre la ceguera”?

Claudia no se animó a revelarle en ese momento a Felipe

lo que estaba detrás de su pregunta. En lugar de eso, desvió la conversación para retomar un tema que habían dejado pendiente un par de noches atrás.

Era la vieja discusión sobre si debían respetarles a los niños de la calle su derecho a la felicidad de minutos que les daba aspirar Terokal. Felipe insistía en que los pirañitas podían rehabilitarse, que no había que resignarse a la degradación de sus vidas. Claudia le informaba que siempre terminaban huyendo de los albergues y hogares de menores porque “allí violan mucho, señorita” como le habían confesado a una reportera. Y añadía que tampoco era solución llevarlos de regreso a sus casas, como Felipe insinuaba, porque la historia comenzó precisamente allí, desde donde habían escapado de la violencia diaria contra ellos o sus madres. Aunque –se cuestionaba ella misma en voz alta– en realidad no estaba claro qué era peor, porque recientemente una ONG había publicado un informe que decía que casi un 30% de los pirañitas internados en reformatorios presentaban tumores testiculares, resultado de las palizas de los policías y guardianes, quienes –para no dejar huellas visibles– los pateaban en los testículos hasta hacerlos perder el sentido. Ambos volvieron a quedar en silencio y Claudia por un momento dudó si contarle todo de una vez, pero nuevamente decidió darle un poco más de tiempo. No estaba totalmente convencida. Si bien no dudaba de la fidelidad de su discreción llegado el caso, no terminaba de gustarle ese tono escéptico, algo cínico, que asomaba en su discurso. Claudia no se daba cuenta de que no necesitaba mayor empatía ideológica con Felipe para asegurarse su compromiso. No tenía claro que buena parte de las historias de complicidad, heroísmo y martirologio se explican más por los sentimientos que por las ideas.

De cualquier modo, poco tiempo después, y sin que observara alguna señal especial en él, terminaría contándole

todo. Fue en la noche después de la lectura de Felipe en la tertulia de la Casa Añil.

X

— Si sigues excusándote no vamos a tener otra alternativa que darle paso a Walter, que a último momento se ha ofrecido para leer una apología de la masturbación recíproca —le dijo amablemente Javier, quien retribuía así el trato amistoso que Felipe le demostrara minutos antes.

—Sí, hombre, ya nos quedó más que claro que se trata de un resumen de una tesis larga, y que probablemente te tomará más de una sesión —añadió Recavarren.

Felipe notó que había una buena disposición a escucharlo, lo que hizo que su tensión interna se aplacara. A lo mejor Claudia le había hecho buena propaganda sin que él lo supiera, o tal vez el grupo de la tertulia había quedado entusiasmado después de la celebrada lectura de Eduardo. De todas maneras ese parecía ser un buen día para que él leyera. Felipe había interpretado como una señal de buen augurio el que, en un hecho absolutamente inusual, el cobrador de la combi le hubiera dicho “gracias” al recibir el pago del pasaje. No tanto para terminar de calmar sus nervios como para evidenciar su vínculo (él había aceptado de mala gana el pedido de ella de no llegar tomados de la mano a la reunión) Felipe dirigió una última mirada a Claudia, que le sonrió con los ojos, y por fin inició la lectura.

La historia de Amarilis Indiana:
mucho más que una epístola

¿Quién fue Amarilis? Esta pregunta ha recorrido más de tres siglos, agotando la florida imaginación de unos y los esfuerzos investigativos de otros. La extensa saga de pesquisas y especulaciones se inició en 1621, cuando Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios, el Monstruo de Natura, publicó “La Filomena”, obra miscelánea en la que incluía la “Epístola de Amarilis a Belardo”, colmándola de elogios. Numerosos críticos literarios han coincidido en que la epístola en silva, dirigida por la tal Amarilis Indiana a Lope, a quien llama Belardo por ser este un *alter ego* del autor en numerosas obras, es la primera y una de las más acabadas expresiones de la literatura colonial.

–Perdón, ¿qué es una epístola en silva? Parece que soy el único que lo ignora porque todos los demás quedaron muy tranquilos –dijo Reynaldo.

–Una silva es una composición de versos, generalmente endecasílabos, que no tiene longitud fija ni sigue una rima estricta –respondió Javier adelantándose a la explicación de Felipe.

–No sé por qué me acordé del método Silva de control mental. Mi abuelito lo leía todas las tardes para convencer a mi abuelita en la noche– dijo Walter

–¿Y le resultaba? –le preguntó Recavarren.

–No.

–¿Y cómo se apellidaba tu abuelito?

–Ormeño.

–Ah.

Las risas contenidas de La China y Recavarren no evitaron que Felipe retomara su texto, adelantándose esta vez él a la inminente llamada al orden de Javier.

En lo que no ha existido mucha coincidencia es en la iden-

tificación de la poetisa anónima. Luis Alberto Sánchez apunta que, basándose en las claves incluidas en versos de la Epístola que a continuación se transcriben, la mayoría de los exégetas ha deducido que Amarilis era mujer, natural de la ciudad de Huánuco (o León de Huánuco de los Caballeros del Perú), descendiente de los fundadores de la ciudad, que tenía una hermana menor (probablemente llamada Isabel) y poseía una vasta cultura literaria:

- [127] Quiero pues comenzar a darte cuenta
de mis padres, y patria, y de mi estado,
porq sepas quién te ama, y quién te escribe,
bien que ya la memoria me atormenta
renovando el dolor, que aunque llorado
está presente, y en el alma vive,
no quiera Dios que en presunción estribe
lo que aquí te dixere,
ni que fábula alguna compusiere,
que suelen causas propias engañarnos,
y en referir grandezas alargarnos
(...)
- [145] En este imperio oculto que el Sur baña,
más de Baco pisado que de Alcides,
entre un trópico frío y otro ardiente,
adonde fuerzas ínclitas de España
con varios casos, y continuas lides,
fama inmortal ganaron a su gente,
donde Neptuno engasta su tridente
en nácar y oro fino,
cuando Pizarro con su flota vino,
fundó ciudades y dexó memorias,
que eternas quedarán en las historias,
aquí, en un valle ameno
de tantos bienes y delicias lleno,
que siempre es Primavera,
merced del dueño de la quarta esfera,
la ciudad de León fue edificada
(...)
- [169] Bien pudiera (Belardo) si quisiera
en gracia de los cielos

dezir hazañas de mis dos abuelos
que aqueste nuevo mundo conquistaron,
y esta ciudad también edificaron,
do vasallos tuvieron
y por su Rey su vida y sangre dieron
(...)

[181] De padres nobles dos hermanas fuimos
que nos dexaron con temprana muerte,
aún no desnudos de pueriles paños,
el cielo, y una tía que tuvimos,
suplió la soledad de nuestra suerte
(...)

[199] Ha sido mi Belisa celebrada,
que este es su nombre, y Amarilis mío,
entrambas de afición favorecidas,
yo he sido a dulces musas inclinada

Sin embargo, las opiniones divergen cuando se toca el punto de si fue o no religiosa o si realmente se llamó María. En los últimos ciento veinte años, numerosos especialistas han sido capturados por el enigma y han aportado abundante material a la cuestión, aspirando en cada caso a validar sus hipótesis preferidas. Entre ellos podemos mencionar a Manuel de Mendiburu, Marcelino Menéndez y Pelayo, Luis Alberto Sánchez, Francisco Rubén Berroa, Alberto Tauro del Pino, Augusto Tamayo Vargas, Irving Leonard, Carlos Milla Batres, Guillermo Lohmann y Luis Enrique Tord. Por otro lado, la resolución de la identidad de Amarilis también ha dado lugar a descabelladas e infundadas versiones, más apoyadas en el prejuicio que en el raciocinio. Así, no han faltado quienes, movidos por cierto machismo intelectual, han asegurado que se trata del seudónimo de un hombre, basándose en la supuesta imposibilidad para una mujer de la época de lograr una obra tan acabada y erudita. Esta idea ha sido propalada por Ricardo Palma, Javier Prado y Luis Jaime Cisneros. Finalmente, también se ha afirmado que la epístola no es más que una creación del propio Lope, un divertimento del genio madrileño para recrear su narcisismo. Sin embargo, detrás de esta hipótesis mal se ocultan chauvinismos literarios peninsulares y prejuicios de subestimación de la creación ultramarina. Defensores de esta anacrónica teoría

de la impostura son Sylvanus Morley, Francisco Asenjo, Federico Sainz de Robles, y otros académicos españoles de menor relieve.

En este punto Felipe hizo una pausa y levantó la vista buscando a Claudia, la única que podía saber que él se estaba refiriendo a Manríquez, el decano de su facultad en la Complutense. Sin embargo ella estaba con la mirada fija en el suelo, quizás concentrada en escuchar, quizás aburrida y distraída. A Felipe le consternó pensar en la segunda opción, pero no se detuvo a conjeturar mucho más; tenía que continuar con la lectura.

El enigma de Amarilis comenzó a descifrarse en verdad en 1939, tal como señala Lohmann, pasados más de tres siglos de la publicación de la Epístola. El entonces prelado de la diócesis de Huánuco, Francisco Rubén Berroa y Bernedo, publicó en *El Comercio* un artículo en el que, evidenciando manejo de documentación original y notable sagacidad para atar cabos, sostenía que Amarilis fue el seudónimo de María de Rojas y Garay. Sesenta años después, y contando con el invaluable aporte de una carta-confesión que por siglos estuvo guardada en un monasterio cuzqueño, el estudioso Luis Enrique Tord complementó y sustentó la aseveración de Berroa. Pero, ¿quién fue María de Rojas y Garay? Para responder a esta pregunta, que abarca una vida entera, y que explica también el origen de la epístola dirigida a Lope de Vega, es menester comenzar por el final.

En septiembre de 1634, en el monasterio de Santa Clara del Cuzco, aparentemente víctima de una pulmonía, falleció a los treinta y nueve años de edad Sor Dorotea de Jesús, religiosa de clausura que sólo tres años antes había ingresado al convento. Días antes de morir, sor Dorotea dirigió una extensa carta a la madre Victoria de los Ángeles, la anciana abadesa del monasterio. En esa expresiva misiva, redactada en un estilo lírico pero reverencial, le agradecía su infinita bondad al haberla acogido en los días más aciagos de su vida y –adivinando la cercanía de su hora postrera– además confesaba parte de su mundano pasado, hasta entonces oculto, pidiendo perdón a la madre abadesa y a Dios. Antes de entrar a ese convento de regla franciscana, donde

nunca destacó por encima de sus hermanas de fe, Sor Dorotea de Jesús se llamaba María de Rojas y Garay.

Esta mujer, nacida en la ciudad de Huánuco a fines de 1594, fue hija de Diego de Rojas y Beatriz de Garay, ambos provenientes de familias acomodadas y con parentescos ilustres. Así, el abuelo paterno de María fue el capitán Diego de Rojas, miembro del ejército realista de Pedro de Alvarado que en 1554 sofocó a sangre y fuego la rebelión de Francisco Hernández Girón, a orillas del río Mantaro. Estos datos son aludidos por Amarilis en los versos de la Epístola. Hernández Girón se había alzado en los Andes centrales contra el poder del rey, contando con el apoyo de centenares de indios de las etnias Huanca y Chupacho. Los Huanca, enemigos acérrimos de sus conquistadores incas, habían sido estratégicos aliados de Pizarro en la derrota del inca Atahualpa en 1532, creyendo ingenuamente que la derrota del autoritarismo cuzqueño significaría su libertad. Cuando a poco andar se percataron de que el remedio había sido peor que la enfermedad, intentaron vanamente retroceder la historia. La revuelta de Hernández Girón, motivada en un inicio por el despecho de éste ante un reparto de tierras pero teñida después de genuinas reivindicaciones indígenas, significó el primero de una serie de levantamientos hispano-indígenas en la región. Por su parte, el abuelo materno de María fue el conquistador Antonio de Garay, hijo primogénito de Francisco de Garay, quien fuera adelantado de la Hispaniola y gobernador de Jamaica, además de cuñado de Felipa de Perestrello, la mujer de Cristóbal Colón.

Cuando María de Rojas y Garay no cumplía todavía cinco años de edad, su familia se muda a Lima, pero pronto el padre vuelve a instalarse en Huánuco para vigilar la buena marcha de sus encomiendas de indios esclavos en Huaratambo y Yaros. Esta situación acerca mucho a la niña a su madre, Beatriz de Garay, quien se destacaba en su entorno familiar por su especial apego a los libros, manteniendo una nutrida biblioteca en su hogar, donde ocupaban un lugar central los clásicos griegos y las primeras obras de Cervantes y Lope de Vega.

De esta época data un pequeño poema dedicado a los clavos de la cruz de Cristo, atribuido a la precoz niña María. A la desgraciada muerte de su querida madre a causa de la fiebre escarlatina, en 1608, María y su hermana menor Luisa son internadas como pupilas en el convento de La Encarnación

por su padre, Diego de Rojas, quien moriría en Huánuco cuatro años después víctima de una emboscada de asesinos anónimos. Curiosamente, el convento de la Encarnación fue fundado por la viuda y posteriormente regentado por las hijas del rebelde Hernández Girón, ajusticiado por el abuelo de María, como ya se dijo. El dato de la responsabilidad de las hijas de Hernández Girón en la dirección del convento de la Encarnación, y por ello en la formación valórica de María de Rojas y Garay, no ha sido valorado en su real dimensión por los estudiosos que acertaron la filiación de Amarilis y, como se desarrollará en las siguientes páginas, constituye uno de los elementos históricos que sostienen la hipótesis principal de este trabajo.

Continuando con la reconstrucción a grandes trazos de la infancia y juventud de la poetisa incógnita, es importante mencionar al literato Diego de Aguilar y Córdoba. Este afamado poeta, ensalzado por el mismísimo Miguel de Cervantes en "La Galatea", era un amigo cercano de los padres de María. Tras la desaparición de éstos asumió el papel de maestro de las muchachas, en especial de María, quien ya profesaba pasión por las letras y participaba en tertulias literarias con frecuencia. Fue en compañía del erudito tutor que María acudió al teatro de la Iglesia de Santo Domingo a espectar las obras de Lope de Vega que allí montaba la compañía de Gabriel del Río. Se cree que fue durante este periodo que la afición por la literatura de Lope de Vega, nacida a la sombra de la biblioteca materna, se tornó en admiración devota. El mismo Diego de Aguilar le permitió a ella el acceso a la corte virreinal, trabando amistad con el marqués de Montesclaros y su mujer, personajes de la nobleza culta y de espíritu algo liberal. Estas relaciones cobrarían importancia algunos años más tarde, exactamente a fines de 1615, cuando María de Rojas y Garay, o Amarilis, enviara un sobre lacrado a Madrid a través de un correo del marqués de Montesclaros. Ese sobre contenía la Epístola a Belardo.

Hasta este punto han llegado los investigadores que finalmente descifraron el misterio de la identidad de Amarilis. Siendo fértil el terreno para especulaciones acerca del derrotero de su pasión por la literatura en general y por Lope en particular, no ha sido muy difícil completar las piezas faltantes del rompecabezas con hipótesis plausibles. De hecho, la carta que sor Dorotea de Jesús entregó a la madre abadesa describía las circunstancias en

que María de Rojas y Garay escribió la Epístola y además confesaba su *leit motiv*: declarar su rendido amor por el portentoso creador español. Sin embargo, aquél es sólo el comienzo de la historia –literaria y personal– que une a Lope y Amarilis. Se sabe que Lope de Vega, junto con publicar la Epístola en su obra “La Filomena”, la respondió. Y lo hizo en un soneto que Luis Alberto Sánchez no duda en calificar de cojitranco y cuya calidad la crítica en general sitúa por debajo de la obra de la poetisa huanuqueña. Los primeros versos de la respuesta del español dicen:

Ahora creo, y en razón me fundo,
Amarilis Indiana, que estoy muerto,
Pues que vos me escribís del otro mundo...
Lo que en duda temí, tendré por cierto,
Pues desde el Mar del Sur nave de pluma
en las puertas del alma toma puerto.

Se podría colegir a partir de este texto que el poeta español quedó prendado de su admiradora incógnita. Sin embargo, la misma pluma de Lope lo desmentiría. Nueve años después, en 1630, Lope de Vega publica “Laurel de Apolo”, en donde menciona a diversos escritores peninsulares y ultramarinos, elogiando generosamente en cada caso sus creaciones. En esta obra vuelve a nombrar a Amarilis, pero ahora no la sitúa en los Andes centrales del Perú sino en Bogotá. Estos versos enigmáticos han recibido interpretaciones distintas:

Santa Fe de Bogotá bien quisiera
que su Amarilis el laurel ganara,
como su Fénix rara,
y que el mejor de España le perdiera;
más dice, en medio el mar, que se contente
de que la llame Sol el Occidente
porque estar en dos mundos no podía
sin ser el uno noche, el otro día.

Se ha afirmado, por ejemplo, que un añoso y prematuramente senil Lope de Vega confundió el lugar de residencia de la poetisa. Más peso tiene la hipótesis de que en este caso Amarilis es el anagrama del nombre de otra persona: Marta de Nevares

Santoyo, quien fuera su amante desde 1616 hasta 1632 y que alternara estadias en América y España (de allí lo de “estar en dos mundos”). De todas maneras, ninguna de las interpretaciones hasta ahora hechas públicas ha sido muy convincente. En cuanto a Amarilis y su vínculo con el escritor, poco o nada se sabe oficialmente del periodo transcurrido entre la publicación conjunta de la Epístola y la respuesta, en 1621, y esos versos de 1630. Tampoco es conocido el camino que llevó a María de Rojas y Garay a recluirse en un convento de clausura en el Cuzco un año después, en 1631. Estas incógnitas seguirían vigentes de no ser por un hallazgo y un hurto muy afortunados ocurridos en el último tiempo. El descubrimiento de correspondencia personal de Félix Lope de Vega Carpio en el legado de uno de los descendientes de Marta de Nevaes, y el robo de actas del Archivo Departamental de Huánuco por parte de un poco escrupuloso investigador andino, me han permitido reconstruir la urdimbre de la secreta y tormentosa relación entre el Fénix de los Ingenios y Amarilis Indiana, pudiendo así contestar muchas de las preguntas que quedaban abiertas y descubrir el significado oculto de varios pasajes de la Epístola a Belardo.

Felipe alzó la vista y después de unos segundos dijo que creía que ese sería un buen momento para detener la lectura, pensando en seguir otro día. Pero el silencio de unos y el pedido explícito de otros lo convenció de continuar, a pesar del cansancio por la lectura en voz alta y la tensión por las críticas que en cualquier momento podían aparecer. Como la de Reynaldo, por ejemplo.

–Vas bien, flaco. Mantiene un buen ritmo y se nota una buena documentación. Eso sí, extraño la composición de lugar. O sea, por las fechas se trata de la colonia, pero no hay descripciones del escenario concreto donde la historia ocurre. Al faltarle la ambientación todo queda un poco en el aire.

–Coincido con Reynaldo, creo que le vendría bien al texto un poco más de composición de lugar –sentenció Javier. No dudo de que dispongas de esa información, por cierto.

–Pero no se olviden de que es una tesis, no una novela ni un cuento –dijo Claudia.

–Además, por lo mismo que es una tesis, tiene que resumir un montón, me imagino que sacó las descripciones para poder contar la historia central sin alargarse tanto –dijo La China, apoyando a su amiga.

–Puede ser. Aunque a mí, la verdad que me tiene un poco mareado tanta fecha y tanto personaje. Así que si se ahorró describir el color del pelaje de los caballos que tiraban las carretas, en buena hora –dijo Walter.

–A ti lo que te tiene mareado es el guaracazo de ron que te mandaste antes de venir –dijo Torito.

–Bueno, ¿en qué quedamos? Primero le dicen que continúe la lectura y ahora no pueden callarse –se quejó Mariana.

–Sí. Hay que dejar que Felipe siga la verdura. Después pueden hacer todos los comisarios que quieran –añadió Alex.

Sin responder a los comentarios, y con más confianza que al comienzo, Felipe siguió con la lectura.

¿Por qué detentó Marta de Nevares –y por lo tanto sus herederos– parte de la correspondencia personal de Lope de Vega? La respuesta a esta pregunta no es clara. Marta de Nevares, aunque su gran amor, no fue la última mujer de Lope, pues su relación –que había escandalizado por años a la sociedad madrileña– terminó en 1632, tres años antes de la muerte del escritor. Pudo tratarse de una casualidad derivada del crónico desorden de papeles que acompañó la vida del más prolífico escritor de la lengua castellana, pero también pudo ser una apropiación fruto del despecho de la temperamental dama. Es bien sabido que, a pesar de haberse ordenado sacerdote e incluso haber sido miembro del tribunal del Santo Oficio, el Monstruo de Natura nunca dejó de involucrarse en amoríos clandestinos con mujeres de toda laya y edad. La hipótesis de la incautación adquiere peso si se considera algunos sabrosos episodios de la apasionada relación entre Lope de Vega y Marta de Nevares que la crónica roja de la época perennizó de boca en boca, como aquel fallido intento

nocturno de recortar la anatomía viril del casquivano español con un cuchillo de cocina.

Fuera como fuera, el feliz caso es que aquellas cartas llegaron a manos de un coleccionista particular avecindado en Toledo, quien tuvo la gentileza de permitirme estudiarlas recluido en su residencia. La ininterrumpida y afiebrada lectura de los valiosos documentos durante cuatro días, padeciendo el calor infernal que en pleno julio recorría las laberínticas calles de Toledo, multiplicándose en el empedrado y colándose por las ventanas, finalmente dio frutos. Un detenido análisis de las cartas recibidas por Lope de Vega condujo a una primera conclusión irrefutable y sorprendente: la famosa Epístola de Amarilis a Belardo, de 335 versos, es en realidad un texto compuesto de extractos de dos cartas diferentes, escritas por la poetisa huanuqueña en fechas distintas, y siempre en verso. La primera, que cubre la mayoría del texto, exactamente desde la primera estrofa hasta el verso 234, es la que envió en 1615 con el correo del marqués de Montescalros. Esta carta, en la que ella se presenta ante Lope y declara su amor por la pluma y la mano que la sostiene, marca el inicio de la relación y está evidentemente motivada por la admiración rayana en el delirio que Amarilis le profesaba. Así, en la Epístola se lee "... viéndote en la cima del alcázar de Apolo, como su propio dueño único, y solo" y también "...¡O cuánto acertarás si imaginares que es patria tuya el cielo, y que eres peregrino acá en el suelo". Debemos suponer que Lope contestó a esta primera carta, y no nos referimos al soneto de respuesta publicado por él mismo en 1621 como contrapunto literario a la Epístola, sino a una respuesta personal y privada. En este punto debieron sucederse unas cuantas misivas –quizás cuatro o cinco– de ambas partes, pero sólo se ha encontrado dos, ambas dirigidas a Lope de Vega. Una de ellas, fechada en 1618, es la segunda carta que compone la Epístola, abarcando los últimos cien versos. Aquí es evidente el intento de Amarilis por convencer a su amado de que viaje al Perú, donde lo esperan altos destinos que van mucho más allá de la ya conocida gloria literaria. Por razones que se explicarán en los siguientes párrafos, lo que la poetisa le propone es que, siendo un elegido del destino, se anime a ser partícipe del nuevo orden que está incubándose en el Perú en esos tiempos. De esta manera, se puede leer lo siguiente:

- [238] Ni a sus méritos pueden ser iguales
cuantos al mundo el cetro, y honor piden.
(...)
- [306] Ya veo que tendrás por cosa nueva,
no que te ofrezca censo un mundo nuevo,
que a ti cien mil que hubiera te le dieran,
Mas que mi musa rústica se atreva
A emprender el asunto al que me atrevo,
Hazaña que cien Tassos no emprendieran,
ellos al fin son hombres y temieran.
(...)
- [334] Navegad, buen viaje, haced la vela,
guiad un alma que sin alas vuela.

La referencia a Tasso no es gratuita. Torcuato Tasso escribió en 1575 el poema épico “Jerusalén Libertada” en el que evoca y mistifica las sangrientas campañas de Godofredo de Bouillon en la primera cruzada. El verso 311 alude al carácter liberador, revolucionario, de la homérica aventura que está tomando forma en tierras andinas y cuyo cetro Amarilis incluso le propone tomar. ¿Cuál es ese nuevo orden, ese mundo nuevo que se está gestando? En este punto es preciso citar el hallazgo reciente, revelado por un investigador boliviano, de unos documentos de 1624 en los que se incluye una relación de indios de encomiendas huanuqueñas castigados por un célebre extirpador de idolatrías, el jesuita Francisco de Ávila, por pertenecer al Taki Onkoy, movimiento milenarista de reivindicación indígena. En la relación aparece mencionada –sin entregarse su nombre completo– una criolla acusada de complicidad con el movimiento rebelde. Sí se indica que dicha mujer tenía 29 años de edad, se llamaba María, y que dio refugio en la encomienda de Huaratambo a numerosos indios fugitivos.

Como ya se ha dicho, Huaratambo era propiedad de la familia de María de Rojas y Garay, quien a la sazón tenía justamente 29 años. Los indicios apuntan fuertemente hacia Amarilis y pueden ser corroborados en documentos residentes en el Archivo Departamental de Huánuco. Antes de hacer una breve descripción del movimiento Taki Onqoy, es importante señalar que la otra carta dirigida por la poetisa a Lope, esta vez en prosa,

también contiene evidencias de la vinculación de Amarilis con el movimiento milenarista. Así, en uno de sus párrafos se puede leer: “los españoles destas tierras, que han inficionado lo más de las vidas de los indios con servidumbres de grande perjuicio, no son dignos de Dios Nuestro Señor y serán penitenciados por las huacas y uilcas de las cuatro partidas desta tierra doquiera estén”.

¿Qué fue el Taki Onqoy? Los trabajos de Luis Millones y Rafael Varón resumen los orígenes y alcances de este movimiento nativista. Surgido en 1565 en la zona de Huamanga, al sur del actual departamento de Ayacucho, pero diseminado por toda la región andina, fue un movimiento que anunciaba el retorno de las huacas, las deidades locales de la época previa al dominio inca, para derrotar al Dios cristiano y restablecer la prosperidad en la vida de los indios. Los conquistadores españoles causaron un verdadero genocidio indígena debido a los trabajos forzados en las minas y encomiendas, los tributos onerosos, y las epidemias. Se calcula que la población indígena, que superaba los cuatro millones de habitantes cuando Francisco Pizarro llegó al Perú, disminuyó en más de un 50% en treinta años. Sus campos y animales fueron abandonados, y se les obligó a bautizarse y rendir culto al Dios de los españoles. Ante esta situación, los predicadores del Taki Onqoy anunciaban el fin del periodo (mita) del dominio del Dios cristiano y el inicio de una nueva hegemonía de las huacas, las que estaban centradas en Pachacamac y Titicaca, pero también incluían a Tiahuanaco, Tampusoto, Carhuarazo, Garuahuilca, y otras sesenta o setenta huacas. La mitología andina tradicional, anterior a la expansión del imperio incaico, basaba en la creencia en las huacas su visión explicativa y coherente del mundo y proveía de un significado último a la experiencia tangible de los ciclos y fenómenos naturales. Las huacas habían creado los alimentos, los animales, los seres humanos y los elementos naturales, pero habían sido desplazadas y derrotadas por los conquistadores españoles. A pesar de languidecer por la falta de sacrificios por parte de la población durante las primeras décadas después de la Conquista, las huacas estaban resucitando y cobrarían venganza en su camino a tomar el poder nuevamente.

De acuerdo a la doctrina propalada pueblo a pueblo por predicadores itinerantes, los indios debían prepararse para el advenimiento de la nueva era rechazando la comida y vestimenta de los españoles y absteniéndose de comer sal, ají y maíz, y de

tener relaciones sexuales. Tampoco debían entrar a las iglesias ni escuchar la palabra de los sacerdotes, mucho menos llamarse entre ellos por nombres españoles. Aquellos que no siguieran los preceptos o no renegaran de su bautismo serían abatidos por las huacas, puestos de cabeza sobre el suelo o convertidos en vicuñas o guanacos. Se decía que las huacas ya no estaban en los árboles, piedras, nubes, lagunas, o cerros, sino que se poseionaban de los cuerpos de algunos indios elegidos, haciéndolos hablar y cantar. Los predicadores, que cantaban evocando las costumbres ancestrales, evidenciaban estar poseídos por las huacas con bailes frenéticos, convulsiones enérgicas y muecas, y eran adorados con bailes y bebidas durante varios días en los pueblos adonde llegaban.

Muchos investigadores han querido ligar al Taki Onqoy con la resistencia de los Incas del Vilcabamba: Manco Inca, Sayri Tupac, Titu Cusi, y Tupac Amaru I. Como se sabe, el Vilcabamba fue un reducto de los Andes orientales con los remanentes del estado imperial cuzqueño que no fue sometido hasta 1572, casi cuarenta años después de la caída del inca Atahualpa, con la decapitación pública de Tupac Amaru I en la plaza mayor del Cuzco. Sin embargo, la vinculación entre ambos fenómenos de resistencia no es sostenible porque el Taki Onqoy no tenía como objetivo la reposición del dominio inca sino el de los señoríos regionales, los que habían sido sojuzgados militar, política y culturalmente por los incas. De hecho, ni el dios Sol (Inti), deidad mayor de los incas, ni la jerarquía mayor del panteón estatal cuzqueño (Killa, Illapa, Huiracocha) aparecen en alguno de los cantos con los que los predicadores del Taki Onqoy reclutaban seguidores. Además, el Taki Onqoy careció de un respaldo militar a su andamiaje espiritual. Por ello fue fácilmente exterminado por las visitas de Cristóbal de Albornoz en la zona de Ayacucho, Cuzco y Parinacochas, entre 1570 y 1585, y el mentado Francisco de Avila en Jauja, Huánuco y Huarochirí, entre 1610 y 1625. La delación y la tortura permitieron casi borrar del mapa la apostasía, que en los últimos años ya había infiltrado a algunos residentes españoles, y se decía que llegaba a lugares tan alejados como Ancash, La Paz o Tucumán.

Los indios esperaban una revolución que vendría volando por los aires y ejecutaría una justicia sangrienta y purificadora que repararía el orden destrozado por la Conquista; aguardaban

ilusionados la derrota del Dios cristiano y sus malvados hijos por parte de las huacas renacidas en poder. Pero nada de eso ocurrió. Tampoco tuvo lugar la tan temida revuelta indígena masiva que ciertos testimonios de españoles del año 1566 situaban en la zona de Jauja, donde los indios de todo el reino se alzarían la noche del jueves santo, al tiempo de las procesiones, matando a todos los españoles e indios bautizados. Así, contra lo que muchos investigadores afirman, y que en la época se creyó firmemente, la subversión del Taki Onqoy fue sobre todo una manifestación cultural y nunca representó una real alternativa de poder.

¿Cómo así se involucró Amarilis, o María de Rojas y Garay, en este movimiento nativista mesiánico? Indudablemente, las razones han de buscarse en su experiencia temprana. En primer lugar, como se desprende del texto de su carta confesión, María se impresionó mucho por los terribles castigos y abusos cometidos contra los indios esclavizados en la encomienda de Huaratambo y el obraje de Michivilca, ambos propiedades de su padre. Allí los indios trabajaban en aniquiladoras jornadas de dieciséis horas y no recibían más que una comida al día, consistente en papas amargas a veces acompañadas por habas. Por todo pago recibían aguardiente y coca una vez por semana. Los más afortunados dormían en las caballerizas; los otros, en patios a la intemperie, debían resistir el frío congelante de la madrugada serrana. Como resultado, la esperanza de vida apenas superaba los treinta años. La menor muestra de insubordinación era castigada con rigor: latigazos, cepos, encierros en letrinas por días, o la ejecución sumaria en caso de reincidencia o intento de fuga. Los ojos curiosos de la niña María debieron registrar con horror esas escenas cotidianas.

Posteriormente, la educación recibida en el convento de La Encarnación, tutelado por las parientes del rebelde Hernández Girón, estuvo teñida de una visión de solidaridad con los indios explotados. Las pupilas internas en el convento compartían con regularidad almuerzos y actividades de recreación con las niñas de un orfanato vecino, las que eran en su mayoría indias. Posteriormente, durante su adolescencia, María fue testigo del acoso que sufría por parte de un miembro del clero secular su tía materna, Jerónima de Garay Muchuy, aquella que había colaborado en su crianza y aparece así reconocida en el verso 184 de la Epístola. El visitador Fernando de Avendaño le inició un juicio eclesiástico a

Jerónima de Garay por haber enterrado a su hermano presbítero –Francisco de Garay– al interior de su capilla privada, obviando así el pago de ofrendas y derechos monetarios a los oficiantes de las honras fúnebres. Incluso llegó a tramitar su excomunión al negarse doña Jerónima, mujer de firmes creencias religiosas, a la extorsión del eclesiástico, quien exigía la restitución por duplicado de los pagos omitidos.

A partir de la educación recibida y las experiencias familiares, el sentimiento infantil de impotencia y espanto de María fue gradualmente moldeándose en una estructura más racional, tomando conocimiento de las causas de la explotación que observaba. Junto con ello, y alimentado por las lecturas y amistades algo liberales, fue forjándose en ella un sentimiento de resistencia al orden establecido por las corruptas autoridades virreinales y eclesiales. Cuando por intermedio de una vieja sirvienta llegó a sus oídos la noticia de la creciente presencia del Taki Onqoy en los caseríos de las afueras de Huánuco, María se interesó inmediatamente y no tardó en viajar a su ciudad natal para buscar más información sobre el movimiento y –de ser posible– hacer contacto con los insurrectos, lo que finalmente logró. A partir de ese momento, y hasta el día de su detención, su compromiso con el Taki Onqoy fue cada vez más profundo. Sin embargo, es preciso aclarar que la posición defendida por Amarilis difícilmente podría ser calificada de extremista o revolucionaria; más bien se trataba de una posición reformista. Prueba de ello es que en la segunda carta dirigida a Lope de Vega ella explícitamente afirma que no reniega de su Dios, pero cree que los civiles y el clero españoles de esas tierras han extremado sus abusos y merecen castigo. La complicidad de Amarilis con el Taki Onqoy tiene que entenderse como una consecuencia de su compasión comprometida y del convencimiento de que la nueva era traería justicia y paz para todos. Es decir que la idealista huanuqueña consideraba que la derrota del Dios cristiano no se planteaba a nivel global sino como una reivindicación local o regional de los indios, aspirando ella en el fondo a una integración tolerante y armónica de los credos milenarios y la fe cristiana.

En este punto cabe preguntarse cómo pudo concebir María de Rojas y Garay que Lope querría aventurarse a ser parte protagonista de esa nueva era. Otra vez la respuesta es incierta porque de la lectura de la carta no se pueden obtener pistas al

respecto. Por una parte es posible que la evidente megalomanía del escritor madrileño, aceptada y justificada por su incondicional admiradora, haya movido a ésta a creer que el gran Lope de Vega, el que se animó a escribir “Jerusalem conquistada” para rivalizar con Tasso, el que se creyó el mote de Monstruo de Natura que le endilgara Cervantes no sin cierta ironía, el hijo de artesano que llegó a ser protegido de duques y favorito de reyes, el mismo que inventara su alistamiento en la Armada Invencible, no querría quedar al margen del magno suceso que se estaba engendrando en las tierras donde todos los mitos tenían un lugar. La lectura de “Fuenteovejuna”, escrita por el Fénix de los Ingenios en 1612 y basada en un acontecimiento histórico ocurrido en 1476 en un pueblo andaluz, probablemente también influyó significativamente en la psiquis de Amarilis. Como es bien sabido, en dicha obra Lope narra con notable empatía el ajusticiamiento del comendador de Calatrava, Fernán Gómez de Guzmán, por parte de la comunidad de Fuenteovejuna, harta ya de los abusos despóticos de la autoridad real, que humillaba y esquilma a los hombres y vejaba a las mujeres del pueblo.

No se ha podido hallar todavía la carta de respuesta de Lope a la polémica propuesta de Amarilis. Pero en la confesión postrera ante la abadesa en el Cuzco, Amarilis menciona que su ilusión fue objeto de doloroso escarnio por parte del vate. Debió ser un golpe muy fuerte para la poetisa enamorada. Sin embargo, es preciso reconocer que sólo la mente delirante de una casi mística devota del escritor pudo imaginarlo en aventuras de liberación de razas explotadas en América. Félix Lope de Vega y Carpio fue cualquier cosa menos un filántropo.

A lo largo de su vida, el hidalgo cultivó el cálculo y la astucia para arrimarse a la sombra protectora de poderosos árboles: el obispo de Ávila en su juventud temprana, el duque de Alba en el inicio de su carrera y posteriormente el duque de Sessa, al que sirvió como intermediario amoroso. Los sucesivos devaneos con mujeres casadas y efímeras crisis de arrepentimiento religioso marcaron una vida en la que sólo guardó fidelidad a sí mismo. Un hecho digno de destacarse es que desde sus primeros amoríos mostró una vocación de enhebrar vida y literatura. No había cumplido 23 años cuando se enamoró de Elena Osorio, mujer casada, a quien convirtió en la Filis de sus versos. Terminada la tormentosa relación por decisión de ella, el despechado poeta

publicó toda clase de libelos contra la joven y su familia, mereciendo por ello una sentencia de destierro de Madrid. Poco después se casó por poder con Isabel de Urbina (la Belisa de sus poemas), de familia adinerada, quien falleciera junto a sus dos hijas cuando Lope apenas tenía 32 años. Prescrita ya la pena de destierro, regresó a Madrid, donde fue procesado por amancebamiento con Antonia de Trillo y luego entabló amores con Micaela Luján (Camila Lucinda en su obra), dama igualmente casada. Esto no impidió que en 1598 se casara con Juana de Guardo, de la que sólo apreciaba su cuantiosa hacienda, según la opinión de dos biógrafos imparciales. El final de su relación con Micaela Luján, diez años después, motivó una serie de poemas místicos de notable factura. En 1613 enviudó nuevamente y al año siguiente se ordena sacerdote, iniciando al poco tiempo un romance con Marta de Nevares, mujer casada aunque alejada de su marido, quien vivía en América, tal como ocurre con la protagonista de “La Dorotea”.

Es en este periodo de su vida que Lope de Vega recibe las epístolas de María de Rojas y Garay (probablemente entre 1616 y 1619). Recordemos que en 1621 Lope de Vega publica la Epístola de Amarilis a Belardo y el soneto de respuesta. Lo que ocurrió después no está bien documentado, pero es fácil suponer que al rechazo de la cándida propuesta de Amarilis siguieron algunas cartas de insistencia por parte de ella. Luego sabemos que en 1624 Amarilis es apresada por complicidad con el Taki Onqoy. ¿Y Lope? Si había dado un lugar a Amarilis en el parnaso literario en 1621 no fue por otra razón que por debilidad de su ego, vista la florida apología que de él hiciera la poetisa. Olvidada ya la peruana, y quizás algo ofendido por la osadía de sus peticiones, decide despojarla incluso de su seudónimo. Así es como muchos historiadores, a la luz de la obra poética de Lope de Vega en dicha época, señalan a Marta de Nevares, quien nunca escribiera una línea de poesía, como la destinataria del nombre Amarilis. De hecho, cuando en 1630 Lope publica el “Laurel de Apolo”—cuyos versos ya han sido transcritos líneas arriba—siguiendo su costumbre de dar nombre a sus heroínas literarias a partir de sus mujeres en la vida real, alude inequívocamente a Marta de Nevares, pues sitúa a Amarilis en Santa Fe de Bogotá, cuando era su amada Marta la que por entonces pasaba una temporada en tierras del virreinato de Nueva Granada.

Cruel capricho del español que al rechazo soberbio sumó la bastardía del seudónimo de la huanuqueña, se diría. Y mayor compasión por ella arranca el saber que en esos tiempos María de Rojas y Garay padecía la persecución obsesiva del licenciado Fernando Avendaño, el mismo que había acosado con saña a su tía Jerónima de Garay. Cuando la muerte libró a esta mujer de la persecución de Avendaño, éste dirigió sus morbosos arrestos hacia la sobrina, bastándole para justificarlos tres antecedentes. El primero de ellos, la breve pero sonada detención de María como cómplice de la insurrección deicida del Taki Onqoy. A los cargos evidentes, sancionados ya por la justicia civil, el afiebrado visitador intentó infructuosamente añadir una supuesta vinculación con cultos satánicos, como señalara el historiador Tamayo Vargas. Así, a partir de la devoción de la autora y su hermana por Santa Dorotea –que consta en el verso 297 de la Epístola– el visitador quiso leer el anagrama Santa Dorotea = te aDoro Satán. Finalmente, a los ojos de Avendaño también constituyó agravante en el proceso a María el hecho de que su tía Jerónima de Garay fuera hija de la cacica Muchuy, perteneciente a la etnia amazónica Mashco, enfrentada en cruentas escaramuzas con el ejército realista en los Andes orientales. Los Mashco, una comunidad muy pequeña, nunca supieron siquiera de la existencia del Taki Onqoy, pero en la mente de los fanáticos todo está siempre muy claro. Para Avendaño, la sobrina apóstata era la heredera de los pecados mortales de la tía difunta y con seguridad conspiraba para alzar nuevamente a los indígenas en revueltas heréticas y sangrientas. Un año después, en 1631, María pondría fin al acoso del sacerdote huyendo hacia el Cuzco escondida por un arriero que seguía uno de los antiguos caminos incas a través de las montañas. Después de una larga travesía a través de parajes inhóspitos y gélidas punas en la que su salud se quebrantó para siempre, llegó a la ciudad del Cuzco una acongojada María de Rojas y Garay. Pocos días después abandonaría ese nombre para siempre al ingresar al convento de clausura de Santa Clara, que es donde la historia aquí relatada tuvo comienzo.

Al otro lado del mundo, la buena estrella de Lope de Vega pareció comenzar a extinguirse a partir de la publicación del “Laurel de Apolo” en 1630, donde nombrara Amarilis a su amante y no a la poetisa. Una suerte de maldición cayó sobre el hidalgo, como si las huacas del Taki Onqoy, incapaces de derrotar al poderoso

Dios cristiano, se hubieran ensañado con uno de sus hijos, quien no por haber recibido las más hiperbólicas lisonjas de la época dejaba de ser —a fin de cuentas— un simple mortal. En 1628, luego de un prolongado calvario en el que perdió primero la vista y después la razón, fallece su amada Marta de Nevaes. Seis años después, muere ahogado en el Caribe su hijo soldado Lope Félix, hijo de Micaela de Luján. Ese mismo año sufre el poeta la huida de su querida hija Antonia Clara, fruto de su relación con Marta de Nevaes, llevándose las joyas de la familia junto a un hidalgo apellidado —irónicamente— Tenorio. Por si todo aquello fuera poco, conoció en esos tiempos en los estrenos de sus comedias las pifias implacables del mismo público que antes lo idolatrara. En agosto de 1635, viejo y cansado, pobre y enfermo, desvalido del apoyo del duque de Sessa, a quien sirviera de alcahuete por tantos años, dejó de existir en Madrid Félix Lope de Vega Carpio, el Fénix de los Ingenios. Quedó su obra fecunda para toda la eternidad, destacando las más de 400 piezas teatrales que llevan su firma (aunque Lope de Vega afirmaba haber escrito cerca de 1500), además de centenares de sonetos y numerosas églogas, romances, novelas de intriga y costumbres, comedias históricas y mitológicas, poesía dramática y épica, autos sacramentales y epístolas. Quedó también el claroscuro de su relación con Amarilis Indiana, la huanuqueña María de Rojas y Garay, derivada de una epístola cuya autoría se mantuvo en el misterio por más de tres siglos y que aún hoy conserva interrogantes sin resolver.

XI

Felipe y Claudia salieron juntos de la tertulia, la que se prolongó más de una hora después de que él terminara la lectura sobre Amarilis. Casi todos quisieron opinar y Felipe recibió con un amago de sonrisa cada comentario. Javier apostilló con información de otros dos movimientos nativistas de similares características: el Moro Onqoy y el Capac Onqoy. La China manifestó su repudio a las veleidades y deslealtades de Lope de Vega, añadiendo que el otro genio literario de la época, Francisco de Quevedo, fue igualmente racista y farsante. Reynaldo le criticó el vicio periodístico de utilizar sinónimos del sujeto para evitar la reiteración: Lope, el español, el poeta, el vate, el Fénix de los ingenios, el Monstruo de natura, etc.; sentenció que García Márquez a lo largo de las casi 300 páginas de su novela sobre los últimos días de Simón Bolívar utiliza únicamente “el general” para referirse a aquél. Walter le preguntó si se sabía algo del aspecto físico de Amarilis, diciendo primero que seguramente la poetisa era más bien fea y que ese había sido el verdadero motivo del desplante, aunque inmediatamente se corrigió en voz alta al recordar que en aquella época no existían las fotografías. Recavarren se limitó a felicitarlo sin mucho entusiasmo y Torito comentó con algo de fastidio que no todos los movimientos milenaristas andinos habían sido tan etéreos y poco eficaces como el Taki Onqoy, que Felipe bien podría informarse sobre Juan Santos Atahualpa, Rumi Maqui y Atusparia, por ejemplo. Antes de que pudiera

responderle a Torito, Alex le dijo efusivamente que había quedado “gradualmente sostenido por su inserción, que combinaba el vigor histérico con una trama muy interesante”, quedándole la duda si se trataba de un elogio o lo contrario. Justo antes de que Felipe y Claudia salieran, Javier la llamó a un costado y le entregó un sobre.

Decidieron celebrar el éxito de la presentación yendo a una heladería en la esquina de Javier Prado y la avenida Brasil. Alternando con silencios forzados para dar cuenta del helado, Felipe le preguntaba por la vida de los participantes de la tertulia, a lo que Claudia contestaba lacónicamente y sin poner mucho interés. Estaba un poco ida, pero él no lo notó: el relajo después de la tensión vivida y el sentimiento de satisfacción habían adormecido su natural perspicacia. Al salir de la heladería caminaron aparentemente sin rumbo definido. Pronto caería la tarde y la brisa marina ya se asomaba. Ella rompió el silencio para preguntarle si podía acompañarla a un lugar, no lejos de allí, donde debía recoger algo. Él respondió que por supuesto, y que después podía acompañarla a su casa. La idea de que ese día terminaría como otros tres días en la última semana, con los dos haciendo el amor encerrados en el cuarto de ella, con el cassette de guitarra de Telemann sonando una y otra vez, lo excitó. Sería un excelente final de jornada –pensó. Sin embargo, Claudia no respondió a su insinuación. Tomó unos segundos, quizás terminando de decidirse, quizás esperando a que no hubiera nadie cerca para poder hablar y, tras una larga introducción, le hizo una pregunta a Felipe que marcaría un punto de inflexión en la relación entre ellos y en la historia que aquí se cuenta.

–Supongo que recuerdas la conversación que tuvimos en el matrimonio de Silvia. Hablamos primero de la toma de la embajada del MRTA y después yo te pregunté si te involucrarías en algo que pudiera cambiar la historia. No

me contestaste porque no te gustaba responder frente a situaciones hipotéticas, o algo así. Bien, quiero ser honesta contigo porque la pregunta que te hice hace un rato –si me podías acompañar– en realidad implica que te involucres en algo en lo que estoy comprometida. No sería justo que me acompañaras sin saber a qué estamos yendo. Por eso te voy a contar todo. Sólo te pido que, independientemente de que al final decidas ir conmigo o no, bajo ninguna circunstancia debes comentar esto con nadie. Por favor, se trata de algo muy serio. Por supuesto que sé que puedo confiar en ti, no me mires así, no te molestes, lo que pasa es que no quería dejar de hacer explícita esta condición. Bueno, lo que pasa es que ahora estoy yendo a recoger un arma, en realidad voy, vamos, a comprarla.

–¿Quiénes son “ustedes”?

–Somos Javier, Torito, Walter, Alex, La China y yo. Y tú, si decides sumarte. He peleado duro con Javier por ofrecerte ser parte de esto; es que él no termina de confiar en ti. Nadie más sabe de todo esto. Ni siquiera Recavarren o Reynaldo, aunque, por ciertos comentarios que ha hecho, parece que Reynaldo sospecha que andamos metidos en algo raro.

–A ver, para un poco y explícame las cosas con calma porque no estoy seguro de estar entendiendo ¿Me ofreces ser parte de qué? ¿Nadie más sabe qué?

Entonces Claudia por fin se lo reveló: ellos iban a matar al dictador. Le dijo que estaban convencidos de que no había otra forma de liberar al país de la tiranía que cada día se hacía más evidente. Como si Felipe no lo supiera, o como una manera de justificar ante un público invisible lo que ella acababa de decir, se dedicó a fundamentar las razones para el magnicidio. El reciente fraude electoral, con el que había alcanzado su tercer periodo de gobierno después de haber modificado dos veces la constitución para reelegirse, había

dejado en claro que el dictador y su asesor no pensaban dejar el poder por las buenas. Todas las instituciones de la fachada democrática estaban capturadas. El poder judicial era una mera oficina de trámites, una mesa de partes de los edictos del asesor. Estaba conformado por jueces provisionales que el asesor mantenía o removía a su antojo, dependiendo de su eficiencia para obedecerlo, y había perpetrado legicidios para el espanto. Desde quitarle la nacionalidad peruana a los opositores hasta amnistiar a los miembros del escuadrón de la muerte Colina. Desde sentenciar por difamación a los que tenían la mala idea de denunciar los crímenes de la mafia hasta perseguir a los testigos de los suculentos negocios entre el asesor, los generales del ejército, y los narcotraficantes del valle del Huallaga. El congreso estaba dominado por una pintoresca mayoría de semianalfabetos serviles incapaces de elaborar una frase propia o sentir vergüenza; de acuerdo a instrucciones que les llegaban por *beeper*, ellos votaban proyectos que no entendían o mociones que no habían escuchado. Los congresistas que habían sido elegidos en los partidos de oposición eran rápidamente convertidos a la causa oficialista después de recibir un sobre con muchos billetes verdes. Similar sacramento de conversión también había hecho efecto en los directivos de los canales de televisión, los que de pronto habían visto la luz, y en ella no había lugar para los oscuros opositores. Su excelencia el arzobispo, el mismo que en medio del baño de sangre de Ayacucho había dicho que los derechos humanos eran una cojudez, el mismo que introdujera a la embajada tomada por el MRTA un micrófono oculto en un crucifijo y después llorara en público por los guerrilleros aniquilados, se declaraba admirador del dictador. Su poder era absoluto. Era un dios. Pero no un ser divino benévolo y agraciado, como Visnú, sino malvado y de facciones grotescas, como el dios de los báculos andino.

Era un dios, y los dioses no pueden ser derrotados. ¿Cómo, entonces, ese grupo de seis personas –o siete, contando con él– sin entrenamiento militar y sin experiencia en acciones de inteligencia iba a llevar a cabo esa misión? ¿No era descabellado? Claudia tuvo que postergar las respuestas a esas preguntas de Felipe porque ya habían llegado al lugar donde comprarían el arma: el jirón Cuzco.

Era uno de los típicos callejones de las calles de Magdalena del Mar que a menudo pasan inadvertidos al ojo descuidado. Nacía en una fisura de 60 cm de ancho entre dos construcciones relativamente modernas, tapada parcialmente por una puerta hecha de pedazos de madera clavados provisionalmente para siempre. Un número apenas legible escrito con tiza era la máxima expresión de la formalidad en un lugar donde nadie pagaba impuestos y los títulos de propiedad eran sólo ilusiones enterradas una década atrás. Quince metros adentro, el estrecho callejón se bifurcaba una y otra vez hasta finalmente convertirse en un laberinto de una superficie total difícil de calcular. Derrumbes constantes y nuevas divisiones le daban la dinámica de una colonia de termitas. Nadie sabía exactamente cuántas personas se hacinaban adentro, pero probablemente eran más de cien los habitantes de ese tumor de barro, madera, cartones y planchas metálicas enquistado en medio del cemento y concreto de los edificios. Niños descalzos y mocosos se perseguían a gritos, esquivando bidones llenos de agua con detergente y la ropa colgada en cordeles de recorrido caprichoso. Los infaltables perros sin dueño particular colaboraban con el bullicio. Al entrar, Felipe se sintió observado desde las ventanas cubiertas con bolsas de plástico o con nada. Si bien ambos desentonaban con el lugar, al menos ella caminaba con decisión, sin fijarse si pisaba un charco de agua o de aceite quemado. Una mujer que descolgaba ropa de un cordel con un niño abrazado a

sus piernas los miró desconfiada, pero no dejó de contestar la pregunta de Claudia. Jorge Obregón vivía en la puerta pintada de verde que se veía al fondo —le dijo. En la puerta del costado había un letrero *se venden marsianos* y al lado de ella un par de baldes vacíos de pintura habilitados como macetas. Al parecer el vecino de Jorge Obregón era alguien emprendedor.

Tuvieron que tocar la puerta tres veces hasta que el volumen del televisor adentro disminuyó y un ruido aparatoso precedió a la aparición de un sujeto no muy alto pero casi obeso, moreno, de unos 40 años, con una camiseta sucia y raída que no cubría del todo un muy abultado vientre. Les pregunto hoscamente qué querían. Ella respondió que buscaban a Jorge Obregón, que Manuel Cárdenas (Felipe nunca había escuchado ese nombre) les había recomendado que vinieran a verlo a él. Sin mostrar mayor sorpresa y sin dejar de mirarlos con recelo, dijo “Pasen”. Adentro se dieron cuenta de que el hombre no estaba solo. Un sujeto muy delgado, de ojos saltones, con apariencia de débil mental, se reía nerviosamente viendo la televisión casi sin volumen. Volteó a mirarlos y contestó con risas el “Buenas” que Felipe le dirigiera sin mucha convicción. Obregón colocó una tranca pesada a la puerta, repitiendo el ruido aparatoso. Felipe se inquietó pero no encontró los ojos de Claudia. La habitación era realmente lúgubre. Obregón no los invitó a sentarse, quizás por falta de cortesía, o quizás por falta de un lugar donde hacerlo: un destartalado sillón de un cuerpo era el asiento del sujeto que miraba la televisión y el cálido anfitrión se sentó en la única silla que había, frente a una mesa donde se veía una botella vacía de cerveza y un vaso. El resto del mobiliario eran un catre con las sábanas revueltas y un cajón de cerveza volteado que aparentemente servía como velador. En las paredes compartían lugar un calendario del año anterior con la foto

del dictador sonriente, imágenes de la beata Sarita Colonia y el Sagrado Corazón de Jesús, y afiches de cuerpo entero de Yesabella y Mónica Adaro, las “prostivedettes” más famosas del circuito de los tabloides chicha.

–¿Y? –dijo Obregón.

–Queremos comprar un fierro –contestó Claudia decidida. Felipe se sorprendió de escuchar ese término y recordó la disertación sobre la jerga del flaco Eduardo. Por un momento se alegró de que Claudia manejara el argot, pero inmediatamente pensó que, como decía Eduardo, la jerga en los círculos delictivos mutaba con rapidez y que tal vez “fierro” ya no se usara más para referirse a un arma, lo que expondría a Claudia a ser vista como una advenediza posando de otra cosa. Esta posibilidad preocupó a Felipe.

–¿Traen la plata?

–Sí.

–¿Cuánto?

–Cárdenas nos dijo que podíamos conseguir una automática, 9 mm, por cuatrocientos soles.

–Cárdenas habla muchas huevadas ¿Cuánta plata tienen?

Ahora fue Claudia la que se preocupó por cómo se estaban desarrollando los hechos. Claramente ellos no estaban en posición de exigir mucho, y comenzó a temer que al final se quedarán sin nada. Hizo un esfuerzo por disimular sus nervios y contestó lo que Javier le había dicho.

–Tenemos justo los cuatrocientos.

–Cuatrocientos cincuenta. Nada menos. Y sin balas.

El débil mental se rió escandalosamente, pero esta vez no estaba viendo la televisión. La situación era compleja. Si ella reconocía que tenía más dinero pondría en evidencia que le había mentado. Y no podía saber cómo reaccionaría el siniestro Obregón ante la mentira flagrante. Si regateaba corría el mismo riesgo: enfurecer al dueño de casa. Más aún,

volvería sin cumplir con el encargo, si volvía. Felipe acudió en su rescate en ese momento.

–Yo te completo los cincuenta que faltan.

–Ya ve señorita, su amigo le completa –dijo con voz socarrona Obregón, motivando una nueva carcajada del otro sujeto, y extendió la mano.

Con movimientos rápidos ambos sacaron los billetes y se los dieron. Entonces sin decir palabra desapareció detrás de una cortina que separaba otro ambiente. La espera fue tensa: los segundos pasaban y nada ocurría. El débil mental los miraba sonriendo, como si supiera algo. Objetivamente el escenario no pintaba muy auspicioso: estaban encerrados en la guarida de un reductor de armas robadas, que no ocultaba su fastidio por tratar con un par de inexpertos de clase media, y custodiados por un subnormal de quien se podía esperar cualquier cosa. Por fin apareció Obregón, con una pistola en la mano. Por primera vez sonrió, dejando ver que le faltaban dos dientes. Apuntó primero al débil mental, quien –vaya sorpresa– se rió ansiosamente. Luego, sin cambiar su expresión, apuntó a Felipe. Éste se quedó paralizado por el miedo. Obregón lo miró fijamente a los ojos. Parecía regodearse con el pánico que adivinaba en él. Entonces se borró la sonrisa de su boca y terminó por apuntar a Claudia. Felipe sudaba frío y no atinaba a nada. Ni aun alcanzando la botella, que estaba demasiado lejos, podría hacer algo. Qué difícil es ser héroe –quizás habría concluido si hubiera tenido la posibilidad de reflexionar en ese momento.

–Las armas las carga el diablo, dicen los que saben. Mejor no jugar con eso, ¿no? –dijo Claudia.

–Yo no estoy jugando señorita. Le estoy mostrando la mercancía que acaba de comprar, además ya le dije que viene sin balas –dijo Obregón antes de sonreír de nuevo.

Cuando ya estaban a más de dos cuerdas de la puerta

del callejón a Felipe todavía le temblaban las piernas, pero prefirió no comentar nada sobre la experiencia que acababan de vivir. Además, el ruido de los microbuses que atestaban la avenida Brasil a esa hora invitaba a caminar en silencio. Ya conversarían con calma al llegar a la casa de Claudia. Ahora necesitaba tomar aire y pensar. Quería pensar en lo que estaba haciendo, en lo que significaba dar ese paso: comprometerse con los otros a ser parte del plan para eliminar al dictador. Por otra parte, no pasaba por alto que la decisión de unirse a ellos sería también un hito en su relación con Claudia. Tampoco dejaba de tener presente el hecho de que su estadía en el Perú no se prolongaría mucho tiempo más. Era difícil ver las cosas con perspectiva en medio de tantas emociones. Estaba algo confundido.

La confusión de Felipe aumenta cuando, tras atravesar ese corredor de rosas amarillas y alcanzar el patio frontal del Palacio de Gobierno sin ver a un solo guardia o soldado, descubre a La China detrás de la reja exterior. Junto a ella medio centenar de jóvenes muestra pancartas y grita consignas contra el dictador. A pesar de la prevalencia de adjetivos que recorren todos los sinónimos posibles de cobarde, los del diccionario y los de la calle, el tono es más de celebración que de protesta. Tal vez por eso nadie se dirige a él cuando corre hacia la reja instantes después de mirar hacia la puerta principal de Palacio y verla cerrada. Probablemente suponen que Felipe es un periodista que se aventuró a saltar la reja en busca de la noticia. La China le pregunta qué hace allí y él le explica en pocas palabras que quiso constatar que la operación había sido abortada, que los demás no estaban allí buscando al presidente prófugo. Ella le dice que duda que hayan intentado hacer algo porque habló con Walter hace una hora y él tenía claro que lo planeado ya no tenía razón de ser; de los demás no ha sabido nada en los últimos días.

Además, hace rato que ella está allí y no ha visto movimiento en Palacio. Felipe decide hacer una última verificación y corre hacia la puerta principal en medio de vítores de los manifestantes. Tal vez no esté cerrada con llave. Quizás los otros –sin Walter, claro– entraron por allí de todas maneras. No demora en constatar lo que a ojos de cualquier observador es evidente. Para cuando regresa hacia donde está La China, ahora sí convencido de que allí nada ocurrió esa mañana, los primeros muchachos han empezado a descolgarse por las rejas.

Era simbólico. Todo terminaba como empezó. Por esas mismas rejas habían trepado los primeros manifestantes que, en el paro general de 1998, se atrevieron a desafiar al poder en su propia casa. Fueron los temerarios obreros del sindicato de construcción civil, contando con el entusiasta apoyo de estudiantes universitarios y de los vándalos espontáneos de siempre. Ese día, después de apedrear los locales comerciales y microbuses de aquellos que, por amarillismo, necesidad o codicia, decidieron ignorar el llamado a paro, los revoltosos tomaron por asalto las dependencias de la guardia del Palacio: los Húsares de Junín. Este batallón de retacos soldaditos disfrazados con vistosos uniformes rojos y azules pretendía recordar a la –como diría El Comercio– gloriosa caballería que en la batalla de Junín, en 1824 y bajo las órdenes del general Antonio José de Sucre, pavimentara con heroísmo el camino a la derrota de las fuerzas realistas en el Perú. Los niños que contemplaban el cambio de guardia del Palacio cada mediodía, sugestionados quizás por la fanfarria de la banda de música, más bien creían que se trataba de un desfile promocional de uno de los circos que suelen llegar a Lima. Ese septiembre de 1998, las portadas de los periódicos fueron acaparadas por fotos de los frenéticos manifestantes probándose las gorras de pelo con plumero, las chaquetas tipo dolmán color azul turquí y las pellizas de paño carmesí. Los Húsares de Junín,

lejos de defender la integridad de sus uniformes y más lejos aún de honrar su ilustre nombre, escaparon en desbandada al ver a las hordas furibundas trepar las rejas.

Esas mismas rejas, cientos de bombas lacrimógenas, y muchas balas, intentaron contener la rabia de las protestas del 28 de julio de 2000, en el último día de la Marcha de los Cuatro Suyos. Esta gigantesca movilización logró reunir a cientos de miles de manifestantes que llegaron de los cuatro rincones del país (o Suyos, en la terminología inca) a pesar del bloqueo de carreteras que ordenara el gobierno. La gente llegó en camión, apretada como ganado, en bicicleta, a caballo o a pie. La estrategia del Servicio de Inteligencia (SIN) aquel día fue incendiar un banco ubicado en el recorrido de la marcha para después culpar de terroristas a los opositores en las calles, tal como lo había estado anunciando la televisión y la prensa oficialista. Lo que los agentes del SIN no sabían, o sabían y no les importó, fue que dentro de ese banco había diez vigilantes particulares resguardándolo. El saldo final de ese día de furia y complot fue de seis muertos, seis desaparecidos, 98 heridos de bala y cientos de asfixiados por el gas de las bombas lacrimógenas. Como las bombas las lanzaban dirigidas al cuerpo, dos manifestantes perdieron un ojo. Ese día el objetivo de las protestas era evitar la juramentación como presidente del dictador, en la que –fiel a su estilo– se tomaría juramento a sí mismo. Esto ocurría tres meses después de que el asesor organizara unas elecciones presidenciales de una legitimidad sólo comparable a los ejercicios de unanimidad de Stroessner, Ceausescu o Kim Il Sung. Todos menos el secretario general de la OEA vieron el fraude. Al inútil diplomático del sonsonete atiplado le preocupaba más el color de las sábanas de raso en su hotel y su alergia a los claveles que las matemáticas macondianas del asesor, en las que doscientos cuarenta electores podían dejar

en las ánforas cinco mil votos. Ahora, siete meses después de la farsa electoral, y dos meses después de que apareciera en las pantallas de televisión el video del asesor sobornando con 30.000 dólares a uno de los congresistas opositores para que se pasara a las filas oficialistas, todo había comenzado a terminar.

Una vez afuera, Felipe le pide a La China que lo acompañe a la iglesia de San Francisco a recoger su mochila. A sus espaldas el griterío comienza a decaer. Al parecer la gente ha decidido celebrar la caída del régimen en otro lugar. O tal vez tengan alguna sospecha de que todo sea una mentira, una nueva trampa del dictador, como las estatuas de vírgenes que lloraban sangre o la recaptura de bases durante la guerra con Ecuador en 1995. Cuando Felipe sale de la Iglesia con su mochila recuperada sin dificultad, mira su reloj y se da cuenta de que apenas han pasado cincuenta minutos desde que se bajó del taxi y escuchó la explosión. Al parecer —piensa— el lustrabotas tenía razón: fue sólo un cohete, una rata-blanca quizás. ¿Y la puerta del túnel, por qué estaba abierta? Quién sabe; negligencias varias, misterios de poca monta. No vale la pena seguir dándole vueltas, ha sido demasiada especulación para tan pocos hechos. Si se apura y tiene suerte no perderá el vuelo a Madrid. Sabe que por veinte dólares un taxista es capaz de llevarlo al Tibet. Felipe, que se negó a ser acompañado por sus familiares esa mañana, termina por aceptar el ofrecimiento de La China de acompañarlo hasta el aeropuerto. Para evitar eventuales tumultos, deciden ir a esperar el taxi a la Plaza San Martín. Mientras caminan hacia allá, comentan las últimas hipótesis sobre lo que pueda pasar en el país y él termina de contarle los detalles de su aventura por el túnel. Lo que hasta hace un rato parecía ser la antesala de un acto heroico, de un sacrificio idealista, no pasó de ser una torpeza testaruda, algo patética, y sobre todo inútil. Nin-

guno de los dos hace la pregunta que les quema en la boca: ¿qué pasó con Claudia, dónde está? ¿Y Javier? Al llegar a la Plaza San Martín, Felipe repara en la estatua ecuestre que ya nadie mira y recuerda la fallida presentación de Wilfredo, el amigo de Recavarren, en la Casa Añil, cuando tras haber denostado, entre otros, al libertador argentino, fue acusado de poco original por Javier. Minutos después de haberse subido al taxi, la radio a todo volumen repite la lectura del cable de Reuters que sacudió el sueño de los peruanos. No es mentira: el presidente ha huido, mandó su renuncia por fax desde Japón, no regresará al país.

Varios periódicos han editorializado que con la poco elegante fuga del jefe de estado, quien según las últimas informaciones llevaba en su voluminoso equipaje hasta lingotes de oro del Banco Central de Reserva, se cierra un capítulo de la historia del Perú. Los que hicieron oposición, como algunos periodistas de La República, resistiendo robos e incendios casuales jamás investigados, la persecución de los organismos tributarios y el boicot de las empresas anunciadoras, reciben con cautelosa alegría lo que parece ser el fin de la dictadura. La celebración no puede ser completa por la reciente muerte de su director. Después de numerosas campañas de difamación a través de los pasquines digitados por el asesor, finalmente el SIN lo había asesinado alterando el contenido de un medicamento para la hipertensión. En el otro bando, en los pasillos de Expreso, las noticias llegadas del oriente los han dejado sin norte. Mientras unos se alivian por haber enviado a las islas Caimán los dineros fiscales recibidos a cambio de ser voceros incondicionales del gobierno, otros más ingenuos esperan el retorno del dictador, a quien todavía llaman presidente; no quieren abandonar la comodidad de ser la prensa geisha. Otros, más experimentados en el juego de la política, esperan la definición del nuevo poder para

saber a quién le alquilarán su dedicada sumisión. Apenas un par de semanas antes, en un editorial digno de la mejor prensa estalinista, *Expreso* había calificado al gobierno del dictador como el mejor del siglo. Cuesta aceptar que todo haya terminado.

Hace sólo unos meses nadie hubiera creído que el poder omnímodo del dictador y su omnisciente asesor (Dios y el Espíritu Santo) pudiera colapsar en tan poco tiempo. El sistema era perfecto. Todos los recursos del estado –engrosados por la venta de las empresas públicas– estaban destinados a mantener una red de propaganda, favores, sobornos y amenazas. Con mucho esfuerzo y sacrificio se había conseguido hacer realidad una frase hecha: la institucionalización de la corrupción. De esta manera se superaba con creces los logros de los gobiernos de Argentina, México y Paraguay, otrora líderes en materia de corrupción estatal y privada. La comprensible necesidad de algún ingreso extra por parte de la cúpula gobernante se satisfacía con estratégicos negocios de contrabando, tráfico de armas y narcotráfico. Todo comenzó tímidamente, con la internación sistemática de contenedores, sellados y rotulados como material de Defensa Nacional, en los que se podía encontrar desde automóviles BMW hasta lavadoras Whirlpool. A los pocos años ya habían adquirido experiencia en el arte del negocio y dejaron esas pequeñeces para funcionarios de segundo rango. Así, numerosos militares que por obra y gracia del asesor habían salido del estancamiento de tenientes o mayores en el que el escalafón de méritos los tenía sumidos, además de recibir los apetecidos galones de coroneles y generales, vieron llegar a sus cuentas corrientes más dinero del que podían gastar. Más adelante, ante el aplauso de los tontos útiles que todavía se emocionan con palabras como bandera o patria, el dictador anunció la renovación de la flota aérea después

de la derrota militar ante Ecuador en 1995. Para ese fin, se compró a Bielorrusia una partida de 36 aviones de combate Mig-29 y Sukhoi-25 de segunda mano, los que terminaron estrellándose en las exhibiciones aéreas o simplemente jamás volaron: los manuales de vuelo estaban en ruso y los repuestos no formaban parte del contrato. Por la adquisición de tan valiosa chatarra el Perú desembolsó 445 millones de dólares, pero el asesor cobró a la empresa bielorrusa una comisión de dos millones por adjudicarles la compra. Algo similar ocurrió con 10.000 fusiles Kalashnikov-47 oficialmente comprados a Jordania por el ejército peruano pero que, al recibir una mejor oferta por parte de las FARC, terminaron descendiendo en paracaídas en territorio colombiano. Los vínculos con el país hermano habían comenzado temprano. Según declaró Roberto Escobar Gaviria (a) Osito, hermano del difunto Pablo, éste donó cerca de un millón de dólares a la campaña presidencial del dictador en 1990. Por su parte, los narcotraficantes locales que operaban alegremente en el valle del Huallaga debían cancelar puntualmente al asesor, o a sus generales subordinados, 5.000 dólares por avioneta aterrizada más 50.000 dólares mensuales por el derecho de uso de pistas custodiadas por el ejército peruano. Cuando en 1996 el capo Demetrio Chávez (a) Vaticano decidió negarse a pagar fue rápidamente capturado, sumariamente procesado, y condenado a cadena perpetua por la justicia militar. Sin embargo, durante un breve encuentro con periodistas el narco informó acerca del pago mensual al asesor. Una semana después, el abogado de Vaticano denunciaba que su cliente había sido sometido a electroshock y que apenas recordaba su nombre.

En la prensa internacional se lee que cálculos conservadores cifran en alrededor de mil millones de dólares –cada uno– la fortuna amasada por el asesor y el presidente en diez

años de imaginativa y afanosa dedicación al desfalco. Cuentas secretas o empresas fantasmas dedicadas al lavado de dinero en Suiza, España, Argentina, México, Panamá, República Dominicana, Singapur, Estados Unidos y las islas Caimán dan cuenta de la vocación internacionalista del dueto. Con tales evidencias, las mismas que serían calificadas como indicios preliminares por el aterciopelado secretario general de la OEA, el decenio de gobierno del dictador le daba la razón a los nihilistas criollos que después de la cuarta cerveza afirman a gritos que no hay poder limpio, que en nuestros países el abuso y el robo están en nuestra impronta genética: elige por sorteo al más anónimo e insignificante de los ciudadanos, al humilde Juan Pérez que no aparece en la guía telefónica y a quien no saludan los vecinos, otórgale poder, y en poco tiempo más tendrás a un tiranuelo corrupto y malvado. El dictador había ganado las elecciones en 1990 porque la gente no quería votar por lo conocido. Ni el fundamentalismo neoliberal de Vargas Llosa y la derecha oligárquica, ni la continuación del aprismo, que había dejado agonizando al país después de batir los récords de ineptitud y venalidad de la época. Entonces la instruida población con obligatorio derecho a voto optó por el candidato desconocido, el que se parecía al chino de la bodega de la esquina o al burócrata inútil de la oficina de correos, el que no decía nada. Ése era el nuevo presidente de la república. Un desconfiado profesor universitario de intelecto promedio, un oscuro ingeniero agrónomo que apenas manejaba un castellano elemental.

Quién hubiera imaginado que esos crímenes contra la sintaxis eran sólo el comienzo de un prontuario criminal que llegaría a incluir asesinato de niños y descuartizamientos. Y ahora huía, como antes lo hiciera el presidente Mariano Ignacio Prado durante la Guerra del Pacífico. Éste se llevó entonces a Europa las joyas de la aristocracia, el dictador se

llevaba esta vez el dinero de las privatizaciones y el oro de la reserva.

En relación al régimen del dictador, no ha faltado el apurado análisis psicológico-biográfico, aparecido en una revista miscelánea y firmado por el mismo erudito que antes firmara artículos sobre la tradición taurina o el Viagra, que pretende explicar el fenómeno de la conversión de un don nadie en un sátrapa a partir de experiencias de la infancia. El erudito cita mucho a Freud y no se puede descartar que alguna vez haya leído la contratapa de uno de sus libros. Sea como sea, dicho columnista afirma que el saqueo inmisericorde del país perpetrado por el presidente de origen japonés sería una suerte de venganza inconsciente por los maltratos sufridos por los miembros de su colonia en los años 40. En plena guerra mundial, y después del bombardeo de Pearl Harbor y la invasión de Las Filipinas, el gobierno de Estados Unidos solicitó encarecidamente a los presidentes latinoamericanos –bajo pena de dejar de serlo– que deportaran a los ciudadanos japoneses y a los *niseis* (hijos de migrantes japoneses nacidos en tierra americana) con el fin de contar con un buen stock de prisioneros de guerra para canje. El gobierno del presidente Manuel Prado, hijo del heroico Mariano Ignacio Prado y fundador del Partido Pradista, como ya se dijo, fue particularmente generoso con el pedido de Roosevelt y otorgó pasajes de ida a los campos de concentración norteamericanos a cerca de dos mil nipones. Por si esto fuera poco, cerró los colegios japoneses, confiscó las propiedades de las familias deportadas, y no reprimió los ataques de la turba a negocios de la colonia japonesa, entre los que se encontraba el humilde taller de reparación de llantas de la familia Fujimori en el barrio obrero de La Victoria.

XII

En el camino al aeropuerto Felipe está muy callado y mira ensimismado por la ventana el degradado paisaje urbano. Carmen de la Legua, qué nombre más feo para un distrito – piensa. Por eso no se da cuenta de la persecución que el taxista sufre por parte de una camioneta 4x4 con lunas polarizadas que intentó sin éxito cerrarle el paso unas cuadas atrás. Aunque, es justo reconocer, una maniobra así no puede ser vista como inusual por un pasajero habitual de taxis o combis asesinas. Sin embargo, a juzgar por la violencia de sus acometidas, en este caso al parecer la intención de la camioneta es sacarlos del camino. Felipe sigue sin percatarse, pero La China mira hacia atrás con preocupación. El taxi va a toda la velocidad que puede. No es tan viejo como los taxis de antaño, verdaderas reliquias, pues forma parte de la flota de camionetas coreanas con el timón a la derecha importadas por el hermano del dictador cuando se liberó la importación de vehículos usados. Dicho dispositivo entró en vigencia horas antes de que el hermanito Santiago importara el primer cargamento y se extendió hasta unos días después de la última internación que éste tramitara: la suerte del principiante. No se necesita mucha paranoia para suponer que esa camioneta que persigue al taxi es del SIN, que van a ajusticiarlos por el intento de asesinato del presidente fugitivo. No sería la primera vez que una camioneta con esas características propiciara un accidente de tránsito de personas vinculadas a la oposición. Probablemente los datos sobre La

China y Felipe los haya dado el mismo infiltrado en el grupo de la tertulia que delató a Claudia y Javier una semana atrás. Desde entonces no se ha sabido nada de ellos: han pasado a engrosar la lista de 8.000 desaparecidos. También, con algo más de paranoia, Felipe podría suponer que detrás de ese acoso está el largo brazo del decano Manríquez, recurriendo a métodos desempolvados de su pasado franquista, para evitar la publicación de la tesis de Amarilis y Lope de Vega. A primera vista se diría que esto es demasiado exagerado, pero un análisis desapasionado de los medios necesarios y los pasos a seguir para la contratación de sicarios por parte del académico fanático inevitablemente conduce a considerarlo como plausible. Mandar a matar a alguien en Lima es mucho más barato que en Madrid, aunque no tan barato como en Medellín. En ese momento La China comenta en voz alta que esa camioneta ya está jodiendo demasiado.

Felipe seguía callado cuando llegaron al departamento de ella. Tuvo tiempo de meditar todavía más mientras Claudia hablaba con Javier por teléfono, informándole que habían conseguido la pistola pero omitiendo el susto que pasaron donde el tal Obregón. Luego ella preparó café y contestó a las preguntas de Felipe, que por un lado quería saber detalles de la conjura pero por otro lado traslucía un escepticismo tenaz. Repitiendo en buena medida lo que Javier les contara a ellos (Claudia, Walter, Torito, Alex y La China) al momento de proponerles la operación, Claudia le explicó con paciencia los antecedentes históricos de ese tipo de ajusticiamientos. Así Felipe supo que la mayoría de las operaciones exitosas no fue obra de grupos guerrilleros organizados o brazos armados de facciones políticas. En el caso de gobiernos totalitarios, estos grupos están muy infiltrados por los servicios de inteligencia y su capacidad logística es muy limitada. Grupos relativamente espontáneos –y pequeños– de civiles conjurados han sido

los que han escrito las mejores páginas de magnicidios en Latinoamérica. Desde la emboscada en la carretera a San Cristóbal al benefactor de la patria dominicana, Rafael Leonidas Trujillo, en 1961, hasta el atentado en un prostíbulo de Asunción que terminó con la vida del fugado dueño de la mitad de la tierra nicaragüense, Anastasio Somoza, en 1980. En ambos casos fueron apenas diez o doce los conspiradores. Le contó también de la supuesta “maldición del Che”, por la que a lo largo de tres décadas han muerto en curiosos accidentes aéreos, incendios, y explosiones casuales, todos los implicados en el asesinato del mítico guerrillero; desde los rangers bolivianos que lo capturaron hasta los mandos militares locales y los oficiales de la CIA que dirigieron la operación. El servicio secreto cubano no está detrás de tales aniquilaciones sistemáticas, como medio mundo ha sospechado, sino un bien organizado grupo de universitarios radicales argentinos y cubanos con capacidad de organizarse y dejar discípulos. Cuando el objetivo principal es difícil de alcanzar, se le golpea donde más le duele. Así fue como cayó la avioneta del hijo de Menem en 1995 tras ser abaleada desde tierra. Así también, luego que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez fracasara en su intento de asesinar a Pinochet en 1986 en una emboscada, al año siguiente un grupo de osados ex-suboficiales expulsados del ejército por sus tendencias democráticas secuestró y violó a su hijo mayor, conocido por hacer suculentos negocios con el estado chileno usando cheques sin fondos. Evidentemente muchas de estas cosas no aparecen en los periódicos – le explicó Claudia. A menudo las acciones de estos grupos justicieros se confunden con delincuencia común, terrorismo o accidentes. El hecho de que sólo se formen para un objetivo concreto y luego desaparezcan hace muy difícil que las policías puedan identificarlos. En el plano local, el antecedente más recordado estaba en

1989, con el asesinato de aquel burócrata aprista a cargo del Instituto Peruano de Seguridad Social que –seguramente por descuido– cometió el desliz de depositar en su propia cuenta corriente, cada mes durante dos años, el dinero de las pensiones de los jubilados. El crimen fue atribuido a Sendero Luminoso, pero en realidad al tipo lo mató un comando de un pequeño grupo filoanarquista cuyo cabecilla era hijo de uno de los jubilados estafados. Ahora sería el turno del dictador. ¿Y por qué él y no el asesor? –preguntó Felipe– ¿Acaso no eran los dos responsables de la represión y corrupción del régimen? La respuesta de Claudia lo sorprendió.

–Los dos son igualmente criminales, eso no lo discute nadie. Pero el responsable mayor es el presidente, él le permitió al asesor organizar la maquinaria del régimen. Le dio carta blanca para hacer y deshacer desde el 90, cuando le salvó el pellejo en la campaña presidencial contra Vargas Llosa. El tipo estaba preocupado por un asunto de evasión de impuestos de unos terrenos que tenía con su mujer. Apareció el asesor y con un par de coimas a secretarios y jueces le borró el expediente y sanseacabó: el candidato estaba limpio y en carrera. El eficiente asesor tenía experiencia y contactos de la época en que fue abogado de narcos.

–Gran cosa. Como si coimear a un funcionario del poder judicial requiriera de mucho arte o ingenio. Basta con tener cincuenta lucas.

–Claro, pero esas eran otras épocas. El tiranuelo autoritario de hoy por entonces era un tímido e inexperto candidato. Si incluso llegó a pedirle a Alan García que arreglara un apagón para frustrar el debate televisado con Vargas Llosa. Se orinaba de miedo. Pero, volviendo al punto, eso no es lo más importante. El asesor no se salva por su inteligencia o habilidad.

–Que tampoco es nada del otro mundo, ¿no?

—No. Es cierto. No creas que estoy de acuerdo con los supuestos intelectuales de la oposición que se han creído el mito del genio maligno, del Rasputín tras el trono, para justificar su propia ineptitud o su cobardía. El asesor no es un sujeto brillante. Algunos de sus operativos psicosociales y sus cortinas de humo han funcionado, no se puede negar, como la de los extraterrestres que abdujeron y embarazaron a esa vedette, o la invención de esa patética insurrección de 10 soldaditos de cuartel en Tacna. Pero también ha apelado a métodos bastante burdos. Como aquella vez que mandó a todo el personal del SIN a comprar La República porque aparecía un reportaje sobre el juicio que en 1976 terminó con su expulsión del ejército y un año de prisión. Ahí se detallaba cómo había fraguado una firma para ir en misión oficial a Estados Unidos y Ecuador y vender información sobre el armamento peruano. No, no es un tipo brillante. La cosa no va por ahí. La principal razón para que se salve es que, gracias a su compulsión por grabarlo todo, hay evidencias concretas de la basura moral de las clases políticas y dirigentes. Hay videos de todos, recibiendo órdenes o plata. Empresarios acostumbrados a carajear a todo el mundo aparecen como sumisos colegiales, y lo mismo con los jueces, la fiscal de la nación, los directores de canales de televisión, el cardenal, generales, conductores de radio, artistas cómicos, hasta ex-futbolistas como Chumpitaz. ¿Te das cuenta? Una cosa es decir “todos son unos corruptos”, como dice cualquier ama de casa o estudiante universitario, en una afirmación más bien retórica, y otra cosa es ver a los miserables in fraganti, sonriendo nerviosamente cuando el asesor saca los fajos de dólares del sobre manila. Se ha encontrado 1.600 videos y audios, pero en total son más de 5.000. Es un inventario antológico de la podredumbre de la última década en el Perú. Ese es el mérito del asesor, haber registrado la corrupción en

8 milímetros. Ahora, esa es la explicación digamos teórica. Pero también hay una cuestión práctica: como tú sabes, poco después de que se filtrara el primer video el tipo huyó –dicen que por mar– y no se ha sabido más de él. Dicen que está fondeado en Venezuela, protegido por Chávez, que le estaría devolviendo la mano por el asilo a su gente en el 92, pero no hay nada seguro. O sea, hoy es inalcanzable para nosotros. Pero el dictador sigue en Palacio.

Esa conversación no se prolongó mucho más. Sólo se añadió una breve respuesta a la pregunta de Felipe de por qué Recavarren y Reynaldo no formaban parte del grupo. Para Javier –le explicó Claudia– Recavarren más que un declarado apolítico es una persona incapaz de comprometerse con algo, y Reynaldo nunca ha dejado de despertarle desconfianza por su resentimiento indiscriminado. Una hora más tarde ya estaban en el cuarto de ella, sudando desnudos, haciendo el amor frenéticamente después de unos largos y dedicados juegos preliminares, él encima de ella, clavándole las uñas en los hombros, mordiéndole la base de la nuca, multiplicando la excitación con cada gemido que le arrancaba tras sus embestidas. El deseo en Felipe era un tirano que decretaba la postergación de toda duda o temor hasta después del sexo. Poco después de que terminaran, cuando él comenzaba a abandonarse a una somnolencia embriagante, Claudia le dijo al oído que creía que pronto harían el amor como él quería: finalmente la preciada puerta de adelante –como habían dado en llamarla– se abriría para él.

Quizás fue esa promesa la que terminó de decidir a Felipe. Sin estar del todo convencido, manteniendo las mismas dudas esenciales acerca de una causa que no sentía suya, y sobre todo con un fundado temor por lo temerario de la aventura, le dijo a Claudia que se sumaría al plan.

Tres días después ya formaba parte de los ensayos, de-

jando atrás no sólo sus temores sino también el germen de sospecha de sentirse utilizado, de considerar la posibilidad de que el reclutamiento a la operación era el punto final de esa seducción calculada que Felipe intuyera la primera vez que se encontraron en un parque de Miraflores, justificándose en la conveniencia estratégica de tener un contacto con el extranjero. Así, una vez más, como cuando dejaba pasar los microbuses que lo llevaban a la universidad, como después iría a la Plaza de Armas horas antes de la salida de su vuelo de regreso, Felipe tomaba una decisión sin saber bien por qué. Al menos tenía claro lo que no era. No se dejaba llevar por palpitos o impulsos repentinos: no era un aventurero nato, no era adicto a la adrenalina. Tampoco era un racionalista a ultranza: cuando intentaba colocar las cosas en la balanza se daba cuenta de que la suya tenía demasiados platos como para obtener un resultado preciso. Esa orfandad de grandes líneas lo había perseguido desde siempre. Quizás algún lector ocasional de Viktor Frankl diría que su pequeña tragedia existencial era la más común de todas: no encontrarle un sentido a la vida. Añadiría que sólo unos pocos elegidos del enorme rebaño de la humanidad han encontrado el por qué de su existencia. El parnaso de los seres realizados vendría a ser entonces un páramo semidesértico, habitado por Francisco de Asís, el Che Guevara, la Madre Teresa, los terroristas suicidas y unas pocas docenas más de iluminadas almas. Puede ser. Pero quizás otro lector, devoto esta vez de Cioran u otro monje igualmente oscuro, retrucaría que aquellos que se adscriben vistosamente a un ideal o dedican su vida a un propósito son los menos auténticos de todos. Son los que por miedo al vacío –lo único real– se han aferrado a una bandera, a un afecto o a una manía y no se han atrevido a mirar para atrás; el martirologio es sólo una variante de la estrategia del avestruz. Los verdaderos valientes serían los apóstoles de la

apatía, siendo entonces la cobardía y la desidia algo así como atajos para llegar a tiempo a la misma conclusión a la que por medio de la sabiduría se llega siempre tarde. Sea como sea, Felipe terminó involucrado en la conjura para asesinar al dictador, opinando juiciosamente sobre los pasos a seguir y demostrando una voluntad acerada en el cumplimiento de las instrucciones recibidas. Eso sí, en cada instante no dejaba de pensar en que el premio después de las actividades del día era la noche con Claudia.

Días antes de que Felipe participara de la primera reunión de los conjurados, Claudia le explicó someramente lo que a ellos les había tomado meses destilar: las alternativas para ejecutar la operación y la opción finalmente elegida. La primera posibilidad la había sugerido Torito, quien estaba convencido de la simpleza y eficacia de un disparo desde cerca, mezclado con la multitud en una de las muchas visitas que –rodeado de la prensa adicta– el presidente hacía a los barrios periféricos o a poblados remotos, ejerciendo lo que con mucha pompa y poca sintaxis llamaba “mi propia democracia popular directa”. El mismo Torito fue comisionado a evaluar en terreno qué tan plausible era su idea. Después de tres experiencias, volvió desilusionado. La comparsa que seguía al dictador durante sus recorridos era una ordenada e impermeable selección de personajes y no una espontánea multitud de seguidores y curiosos. Al séquito de periodistas zalameros y autoridades locales –siempre del partido de gobierno– se sumaba un grupo de supuestos pobladores que en realidad eran miembros de las bases del partido y agentes del SIN vestidos de civil, acarreados en buses y camiones del ejército para ese fin. Incluso la infaltable banda de músicos, que desde hacía siglos atronaba en cada fiesta y ceremonia de los pueblos andinos con su fanfarria de trombones y trompetas, era parte del convoy visitante. Los verdaderos

pobladores y visitantes ocasionales, que miraban en silencio el espectáculo televisado, eran mantenidos a prudente distancia por un cordón de fuerzas de élite de la policía. Nadie en el grupo pareció sorprenderse demasiado por esas prácticas de populismo autoritario. Torito los hizo reír cuando les contó que en dos de las tres ocasiones el discurso del alcalde local había tenido que ser repetido y editado para las cámaras. Si bien los periodistas tenían claro su libreto de preguntas, las ya limitadas capacidades oratorias de los alcaldes eran a menudo estragadas por la emoción del acontecimiento histórico y por el consumo excesivo de licores de manufactura casera. Así, las esperadas referencias a la bandera (“pabellón nacional” o “pendón bicolor”), a los próceres de la independencia (“heroicos soldados que dieron su vida por la gloria eterna de la patria”) o al orgullo por la distinguida visita (“que honra y engalana este humilde poblado del Perú profundo en las puertas del nuevo milenio”) podían derivar en declaraciones de dudoso aporte para los fines del evento de proselitismo re-eleccionario, tales como “después de años de opresión hoy es el comienzo de una nueva era de paz, libertad y desarrollo para nuestro pueblo” o “ya nunca más seremos injustamente olvidados por la corrupción y el centralismo económico, político, social, cultural y deportivo”.

La segunda opción la había propuesto Walter, quien confiaba en la efectividad del disparo de un francotirador a distancia, durante algún desfile protocolar en la capital. Esta alternativa fue rápidamente desechada por no contar con los medios necesarios y Walter fue tildado de estar demasiado influido por el cine norteamericano, donde conseguir un francotirador experto (“un verdadero profesional, Billy Joe; te diré algo: él es el número uno”) es cosa de todos los días. Alternativamente, Claudia propuso llegar a la alcoba presidencial a través de una de las vedettes que solían hacer

carrera en teatro o televisión, dejando atrás una vida llena de carencias y maltratos, a partir de su generoso desempeño íntimo con empresarios, ministros, congresistas y oficiales militares. Esta idea inicialmente sedujo al grupo, considerando las revelaciones difundidas recientemente en Colombia, donde se aseguraba que los cuantiosos negocios entre el asesor y Pablo Escobar Gaviria a inicios de los 90 solían cerrarse con bacanales adornadas por las más selectas prostitutas de Cali (“junto con las de Praga, las más bellas del mundo” se jactaba el capo). Sin embargo, La China, bien enterada de los chismes palaciegos gracias a su amistad con un asesor del ministro de Educación, descartó esa vía. Contra lo que se supondría de alguien que amasa una fortuna de cientos de millones de dólares, el dictador era un tipo austero, desde la vestimenta hasta la alimentación, incluyendo también la vida sexual. Qué estaba detrás de tal inapetencia por los placeres carnales era motivo de variadas hipótesis. Unos creían que era el estrés causado por la compulsión por el poder, que ya hacía metástasis en todos sus órganos; otros lo achacaban a una supuesta disfunción eréctil. Interrogada al respecto, la ex-esposa del presidente, la que alguna vez estuviera secuestrada en el mismo Palacio de Gobierno tras denunciar a la familia del dictador por el tráfico de ropa donada para los damnificados de un terremoto, guardaba un inescrutable silencio. Finalmente fue Javier quien diseñó la estrategia para el magnicidio.

Inspirado en la toma de la embajada de Japón por parte del MRTA, en que la numerosa y bien apertrechada escolta policial apostada en el exterior de nada sirvió, porque los catorce guerrilleros entraron derribando una pared contigua, Javier propuso que el comando ejecutor se infiltrara en Palacio de Gobierno. Primero exploraron la posibilidad de hacerlo durante una visita guiada, simulando ser turistas,

pero pronto se dieron cuenta de que esa vía no era posible: al momento de ingreso, y rodeados por una guardia armada, había que pasar por un detector de metales. Después de un par de reuniones en las que pareció cundir el desánimo por la falta de ideas alternativas sólidas y el exceso de disparates sugeridos siempre por Walter, llegó la propuesta que finalmente sería la definitiva. Javier recordaba haber leído en un texto no oficial de historia del Perú que el general Oscar R. Benavides, presidente de facto durante los años treinta, había mandado a construir un túnel subterráneo que comunicaba al Palacio con las catacumbas de la cercana Iglesia de San Francisco. Si el túnel efectivamente existía, entonces ese era el acceso que necesitaban para burlar la vigilancia de la guardia militar que estaba apostada en las cuatro calles que rodeaban al Palacio y que además realizaba varios recorridos diarios a bordo de tanquetas. Torito y Claudia fueron designados para verificar la existencia del túnel, convirtiéndose en asiduos visitantes de la Iglesia de San Francisco, donde escudados en una supuesta investigación para un curso universitario abrumaban a preguntas a las inexpertas guías del recorrido turístico. A Walter, aparte de pedirle que no hiciera ninguna sugerencia para mejorar el plan, se le encomendó averiguar con sus proveedores de marihuana dónde se podía comprar armas robadas. Esta era la única alternativa para conseguirlas pues el gobierno había dispuesto la restricción de la venta de armas a civiles y había que seguir un engorroso trámite. Además el precio de un arma en el mercado negro era diez veces menor y el grupo no contaba con un respaldo financiero. La China y Javier se encargarían de conseguir los planos del Palacio de Gobierno hurgando en archivos de bibliotecas.

A inicios de noviembre, el plan estuvo definido y parcialmente ensayado. El grupo principal –formado por Torito, Alex y Walter– entraría por el túnel desde las catacumbas de

la Iglesia de San Francisco, desviándose de una visita guiada. Llevarían un par de cartuchos de dinamita por si era necesario volar la puerta que –de acuerdo a la información obtenida– conectaba con el jardín trasero del Palacio.

Dos compañeros de trabajo de Torito, con un pasado cercano en las minas de Yanacocha que les había reportado conocimiento de los secretos de la dinamita y tisis en los pulmones, dieron las instrucciones para evitar un derrumbe y asegurar el derribo de la hipotética puerta. Torito y Alex estarían armados con dos pistolas automáticas y Walter llevaría un teléfono celular para comunicarse con Javier y la China, que estarían afuera, sentados en las escaleras de la Catedral como cualquier turista de paso. Fue difícil conseguir un teléfono que pudiera emitir señal desde un subterráneo, pero finalmente lo consiguieron en La Cachina, una suerte de mercado ambulante de objetos robados a residencias particulares. Felipe y Claudia estarían observando todo desde otro punto, simulando ser una pareja que se acaramelaba en la esquina bajo los balcones de madera barrocos del Palacio Arzobispal. Una vez adentro, el grupo principal debía actuar rápidamente. Primero sería necesario forzar la puerta de acceso al jardín trasero y luego llegar hasta el vestíbulo secundario, desde el que –según los planos generales a los que tuvieron acceso– una escalera subía al pasillo del segundo piso, donde en el ala izquierda funcionaban las oficinas del personal más cercano al presidente, y en el extremo opuesto estaban las habitaciones presidenciales.

Eligieron un día domingo para disminuir la probabilidad de cruzarse con algún funcionario y por otro motivo más importante aún: se sabía que el dictador acostumbraba a despachar a diario con el asesor, comenzando cerca de la medianoche y terminando dos o tres horas más tarde, para retomar las actividades habituales temprano en la mañana.

Para poder sostener ese intenso ritmo de trabajo, el dictador dormía hasta muy tarde los domingos. En conclusión, un domingo en la mañana era la mejor ocasión para infiltrarse en el Palacio de Gobierno y ejecutar la misión. Una vez en la recámara presidencial el objetivo no sería difícil porque el hombre no podría ofrecer resistencia importante desde la cama. Acordaron ejecutarlo de manera sumaria, sin dedicatorias o insultos, y con el menor número de balas posible porque, al no tener armas con silenciador, había que minimizar el ruido de los disparos. De esta manera quedaron descartadas las sugerencias de Claudia y Torito para humillar y extremar el sufrimiento del tirano antes de morir.

A ojos externos el plan podría parecer improvisado, poco profesional o con demasiados puntos débiles, pero en estas situaciones todo se mide por el resultado final. Planes simples, como los que condujeron a los atentados contra Olof Palme o Juan Pablo II, podían ser exitosos; operaciones muy elaboradas, como las de la OAS contra De Gaulle o las del FPMR contra Pinochet, podían fallar por segundos o centímetros. En cualquier caso, en esta oportunidad el plan contemplaba que el blanco estuviera muy cerca de los pistoleros. Ese era el aliciente para no desanimarse al observar la escasa puntería que Torito y Alex exhibían durante las prácticas de tiro en los descampados de Cieneguilla. El único punto que nunca estuvo muy claro fue la vía de huida. La primera opción, la que aparentaba ser la más segura, era deshacer el camino y aparecer de regreso por las catacumbas de la Iglesia de San Francisco. Ante cualquier impedimento a esa posibilidad, optarían por tratar de ganar acceso a una de las varias salidas laterales que aparecían en los planos y saltar las rejas, lo que entrañaba el riesgo de ser enfrentados por la guardia militar apostada en las afueras. En este caso su posibilidad de sobrevivir a la operación sería casi nula. Al

estar prohibido el ingreso con vehículos particulares al centro histórico de la ciudad, forzosamente tendrían que huir en taxis, los que serían llamados por Claudia y La China llegado el momento. Curiosamente, nadie puso demasiado énfasis en aclarar los detalles del plan de escape. La euforia de imaginar la misión cumplida los hacía despreciar los riesgos concretos que enfrentarían. Solamente acordaron que cada uno elegiría su punto de refugio temporal y que se reunirían una semana después en las áreas verdes del Parque de las Leyendas, el pauperizado zoológico de Lima.

XIII

El taxista, a regañadientes y tras los ahora destemplados pedidos de La China, disminuye la velocidad y toma el carril derecho. Esa maniobra de rendición en el código de los conductores en carrera, equivalente a la sumisión de bajar la mirada en los primates, debería ser suficiente para que la camioneta 4x4 con lunas polarizadas los dejara en paz, a menos que sus intenciones sean efectivamente siniestras. Un instante después la camioneta se coloca al lado de ellos y la puerta del copiloto se abre apenas para dejar ver una ametralladora. La China no termina de dar un grito cuando la puerta se cierra y la camioneta acelera ruidosamente hasta desaparecer tras tomar la curva que lleva a la avenida Faucett desde la avenida La Marina. Falsa alarma. Eran tiras, sí, el taxista tiene razón, pero iban a otra parte –quién sabe si a decomisar o a negociar un cargamento de droga– y estaban más nerviosos que de costumbre por los recientes sucesos. Claro –añade La China todavía angustiada– esos hijos de puta se creen los dueños de la pista. El taxista asiente pero en el fondo sabe que la misma frase podría dirigirse a él si sus pasajeros estuvieran en otro automóvil. No importa, ya está acostumbrado a la incomprensión ciudadana de sus heterodoxos métodos de conducción. Así se gana la vida, que no jodan, no son ellos los que manejan quince horas diarias, arriesgando asaltos en los barrios bravos, para mantener a su mujer y sus cuatro hijos.

Para no continuar con la conversación, el taxista le sube

el volumen a la radio donde el locutor anuncia el hit del momento en la voz del grupo Agua Marina: *“Pero siempre, siempre me engañaste, jugaste tú con mi sincero amor, nunca pensé que tu amor fuera una mentira que destruyó mi corazón.”*

Felipe no se ha enterado del incidente. Sigue con la mirada perdida cuando el taxista repite en voz alta la pregunta (¿Nacional o Internacional?). Ya han llegado al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, llamado así en honor a un aviador francés de padres peruanos, cuyo mayor mérito fue estrellarse después de cruzar los Alpes en un monoplano Blériot en 1910. Aunque el aviador nunca conoció el país de sus padres, los escolares peruanos aprenden a memorizar la frase que Jorge Chávez dijo en su agonía: *Arriba, siempre arriba, hasta las estrellas*, lo que constituye un hecho doblemente milagroso, considerando que los únicos testigos de aquella epigramática sentencia tienen que haber sido los fierros retorcidos de su avión, y que el heroico piloto no hablaba castellano.

Felipe recuerda que en ese aeropuerto, hace cuatro meses, se sintió llegando a un país al que de alguna manera pertenecía. Fue haciendo la cola para el chequeo de pasaportes, cuando notó que uno de los policías de migraciones, en lugar de atender a los viajeros, usaba su computadora para jugar Solitario. No lo podía explicar con claridad, tampoco se sentía orgulloso de ello. Simplemente en esos momentos se sintió parte de ese desorden inocuo y hasta amistoso representado por aquel policía negligente. El desgano apacible del desaliñado funcionario de migraciones peruano no le pareció mejor ni peor que el gesto adusto del fornido y cejijunto policía español en el aeropuerto de Barajas, quien con movimientos marciales entregaba los pasaportes revisados como quien percute un mortero. Sólo le pareció más cercano, nada más. Unos minutos antes, cuando la aeromoza española acababa de anunciar el aterrizaje en un inglés ininteligible y el avión

había dejado atrás el sempiterno colchón de nubes que cubre Lima, Felipe se había impactado con el paisaje de miseria que componían las casuchas a medio construir (o a medio destruir), los basurales clandestinos convertidos en chiqueros, y las calles sin pavimento que rodeaban al aeropuerto.

El espectáculo de la miseria desplegado ante sus ojos de manera casi obscena lo llevaba a una introspección desorientada y culposa. Procuraba no fijar la vista en los habitantes de ese deterioro: los niños semidesnudos jugando sobre cerros de basura; las ancianas con la mirada perdida, apoyadas sobre bastones o sillas haciendo pausas infinitas antes de seguir arrastrándose o caer, o tal vez morir; los borrachos sonriéndole sin dientes al laborioso vendedor de emolientes que les negará de nuevo una moneda; y los desempleados, sentados en el suelo, mirando todo con ojos de odio y desesperanza, perdedores entre los perdedores, ignorando al proselitista evangélico que les dice con entusiasmo que Dios los ama y que es un pastor preocupado que siempre va detrás de las ovejas descarriadas. Felipe luchaba por no evidenciar incomodidad en la situación. Esa tarde se había ofrecido a acompañar a Torito hasta su casa para recoger una pizarra que un vecino le había prometido prestar. A esa altura, a menos de dos semanas de la fecha acordada para la operación, la pizarra era necesaria para los instructivos de Javier y la reconstrucción del recorrido dentro de la Iglesia de San Francisco y del túnel que conectaba con Palacio de Gobierno. Felipe ya era parte de los ensayos del grupo y su misión consistía en servir de “campana” junto con Claudia: detectar movimientos de alerta en los exteriores del Palacio. Torito vivía en Canto Grande, en el asentamiento humano Juan Pablo II, llamado inicialmente Nuevo Amanecer pero que, tras el ofrecimiento de una subvención de la iglesia católica a la junta de vecinos, había adoptado el nombre del Papa polaco. La subvención

prometida nunca llegó pero nadie se animó a cambiar el nombre otra vez.

El Juan Pablo II era una enorme explanada de piedra y arena colonizada poco a poco por aquellos que no tenían otro lugar donde sobrevivir. Muchos eran inmigrantes andinos, parte del ejército de desplazados por la violencia, calculados en un millón por las ONG de derechos humanos, los que huían de sus pueblos para evitar las balas militares y los machetes senderistas que ya habían acabado con sus padres y hermanos. La familia de Torito no pertenecía a este grupo, era una familia de obreros textiles: el padre, la madre, y dos de los tres hermanos trabajaban en la fábrica de Tejidos La Unión. Habían llegado al Juan Pablo II, a levantar su casa primero con esteras y luego con ladrillos, poco después de que la recesión económica del primer gobierno del dictador arrasara con el 60% de la industria nacional, incluida Tejidos La Unión. Los nuevos y prósperos dueños de la empresa, pertenecientes al entorno del asesor y por lo tanto exonerados del pago de impuestos, dispusieron rápidamente que la familia de Torito fuera desalojada de la azotea de la fábrica –su hogar durante casi veinte años por la generosidad de los antiguos dueños. Unos meses después, la política de la empresa de prescindir de los servicios de los dirigentes del sindicato dejó al padre de Torito y a Pedro, su hermano mayor, sin trabajo y sin compensación por despido. La noticia llegó en muy mal momento para Pedro porque acababa de nacer su primer hijo. Las cosas empeoraron cuando, ayudado por un amigo que estudiaba derecho, Pedro presentó una demanda en el Ministerio de Trabajo por incumplimiento de leyes laborales y despido injustificado. Fuera por un problema de comunicación o una simple negligencia burocrática, el caso es que, a pesar de las buenas relaciones del directorio de la empresa con el omnipotente asesor, la Inspectoría del

Trabajo sorprendentemente acogió la demanda. Entonces comenzaron las amenazas para que Pedro se desistiera, pero no hizo caso. La historia termina con Pedro parapléjico, inutilizado de por vida, después de que cuatro matones contratados lo atacaran en el descampado entre el paradero de la avenida San Martín de Porres y el sector del Juan Pablo II donde vivían. Lo golpearon salvajemente con fierros y bates de béisbol, dejándolo inicialmente en coma. La foto de Pedro tras la paliza mereció el dudoso honor de ser portada de uno de los tabloides amarillos, los que acostumbraban a exhibir, al lado de vedettes de culos descomunales, fotos de atropellados mostrando masa encefálica o cadáveres de fetos arrojados a basurales. Sobre la truculenta foto de Pedro el titular aludía a un enfrentamiento entre barras del Alianza Lima y el Universitario de Deportes. En esa época Torito había iniciado estudios de asistencia social en horario nocturno en la Universidad de San Marcos, pero tuvo que interrumpirlos indefinidamente después de que atacaran a Pedro porque se necesitaba un ingreso extra para mantener a su familia. La situación no había mejorado mucho desde entonces porque el padre de Torito no había vuelto a conseguir trabajo estable, dedicándose a ofrecer servicios de pintura, gasfitería y electricidad casa por casa en los barrios de Breña, Jesús María y Lince. Peor aún, Torito acababa de descubrir que su hermano menor, cada vez más involucrado con una de las muchas pandillas juveniles de Canto Grande, había comenzado a consumir pasta básica. A pesar de las desgracias pasadas y presentes, la casa de la familia de Torito destacaba en el sector por tener la fachada bien pintada y las ventanas cubiertas por vidrio y no por bolsas plásticas. Dentro de la casa, los diplomas escolares de Torito empapelaban tres de las cuatro paredes del ambiente que hacía de sala-comedor-cocina y dormitorio de la familia de su hermano mayor. Sus padres

y su hermano menor compartían con él la otra habitación, separada de la anterior por una cortina.

Aunque Felipe logró mantener la conversación con Torito durante esa jornada, y compartió con naturalidad el té que le ofrecieron, durante el camino de regreso desde Canto Grande a bordo de un microbús desvencijado fue asediado otra vez por profundos cuestionamientos: ¿Cambiaría en algo las cosas acabar con el dictador? ¿Serían esos pobladores (y tantos otros) menos miserables? ¿Si finalmente se recuperaba la democracia, el presidente elegido no los volvería a defraudar con promesas falsas como habían hecho todos los anteriores? ¿Y todos los dirigentes de menor calaña que hoy desfilaban por las calles gritando por la democracia, no se asignarían sueldos millonarios una vez instalados en sus cargos de congresistas, alcaldes, presidentes regionales o prefectos? ¿Cómo podían estar seguros de que el nuevo gobierno robaría menos? ¿Acaso la misma Claudia no afirmaba que las privaciones, injusticias y humillaciones que padecían los pobres eran consecuencia de un sistema estructural y no de un gobierno en particular? En una de las pocas paredes de ladrillos del Juan Pablo II, bajo la que se amontonaba un basural, y en sintonía con sus disquisiciones, alguien había escrito con pintura blanca: *Prohibido votar basura*. Cincuenta minutos después, Felipe estaba en la avenida Tacna esperando una combi de las grandes (una Coaster, pronunciada por todos como “Custer”) para poder transportar la pizarra hasta la Casa Añil. Estaba a unos cuantos metros del lugar donde Zavalita, en “Conversación en La Catedral”, se preguntara en qué momento se había jodido el Perú. Semanas antes, durante una mesa redonda de dirigentes universitarios, el representante de San Marcos había afirmado –a propósito de la frase del personaje de Vargas Llosa– que el dictador cargaría para siempre con la culpa de haber desperdiciado

la oportunidad histórica de cambiar el rumbo del país, de que no estuviera condenado a estar cada vez más jodido, como todos los peruanos, optimistas y pesimistas, pobres y ricos, coincidían en reconocer. Sustentaba su sentencia en que, debido a la privatización de casi todas las empresas del estado, en un lapso de menos de cinco años el Perú contó por esa única vez con un ingreso extra de más de diez mil millones de dólares. De haberse invertido esos recursos en programas de asistencia social o desarrollo industrial o infraestructura de transportes y comunicaciones –decía el enterado y elocuente estudiante– el rostro del Perú habría cambiado definitivamente. Pero desgraciadamente –se lamentaba al tiempo que se quitaba los anteojos para sumar un gesto dramático a su frase de colofón– eligieron robarse la plata. Semejantes reflexiones no pasaban por la cabeza de Felipe en ese momento, todavía en el paradero. Acababa de observar cómo un cobrador de combi había empujado e insultado a una señora que le reclamaba la entrega del boleto, escupiendo después en el suelo delante de ella al momento de arrancar el vehículo. Esa escena motivó uno de los temas de discusión con Claudia esa misma noche, en una conversación que, como suele decirse en los noticieros de televisión, marcaría el rumbo de los acontecimientos. En esa discusión Felipe le cuestionó su imagen idealizada de lo que era el pueblo. ¿Quién es el pueblo? – le preguntaba él retóricamente. ¿Los sufridos marchantes de las manifestaciones de protesta, que recorren kilómetros a pie para hacer oír su voz, o los irrespetuosos usuarios de los bienes públicos, que destruyen las bancas de los parques y las casetas de los paraderos? ¿Los que conservan las tradiciones culturales andinas a pesar de la discriminación y el desarraigo, o los que llenan sus vidas con los chismes de la farándula y bautizan a sus hijos como Johnny, Alexander, Jennifer o Marjorie? ¿Los laboriosos y humildes

practicantes de la reciprocidad en el trabajo comunitario, o los flojos, borrachos, mentirosos, que sólo trabajan cuando se les amenaza? ¿A qué pueblo defiendes?

Las dudas esenciales en Felipe acerca del sentido final del ajusticiamiento se sumaron al temor natural por los riesgos que la operación acarreaba, no sólo para los directos implicados durante la ejecución misma sino después –fuera exitosa o no– para todos los comprometidos en ella, como Claudia y él. Además, en esos días la prensa independiente traía noticias que abonaban su preocupación. Primero se enteró de que su amigo piurano de la universidad, el Burro Rázuri, estaba hacía dos años preso, cumpliendo una condena de veinte años por estar vinculado a grupos de apoyo de Sendero Luminoso. Lo supo al leer que la Asociación Pro-Derechos Humanos alegaba por procesos sumarios irregulares y condiciones de encarcelamiento inhumanas para 45 presos, su amigo entre ellos. Supuso que el Burro –a quien recordaba con un precario intelectualismo comprometido– habría sido captado en el mundillo de las academias preuniversitarias donde trabajaba. También leyó que un ex-periodista de investigación de La República había sido torturado por agentes del SIN –la nota mencionaba que le habían serruchado parcialmente un brazo– por ser sospechoso de recibir información filtrada desde ese mismo organismo. Finalmente, Felipe sabía que en Moyobamba dos periodistas radiales declaradamente opositores, y que habían denunciado el fraude en la región Nor-oriental del Marañón ocurrido durante la elección presidencial, habían sido secuestrados en días previos. Ahora leía que sus cuerpos fueron encontrados maniatados en las orillas del río Mayo, con más de una docena de orificios de metralla cada uno. Este era un ejemplo de lo que Felipe consideraba un sacrificio inútil. Los fraudes locales o regionales estaban calcados unos de otros a lo largo del territorio: actas de vo-

tación llenas de antemano, votantes fantasmas, ausencia del candidato opositor en la papeleta de votación, amenazas y recompensas a la población semianalfabeta, etc. Sin embargo, estos procedimientos, siempre orquestados por las autoridades del lugar y vigilados por la tropa policial o militar, no eran más que gestos de buena voluntad hacia el gobierno. El resultado de la elección se cocinaba en Lima, en las oficinas del asesor, desde donde salían las instrucciones para el presidente del autónomo Jurado Nacional de Elecciones. En consecuencia, ni el asesor ni el dictador necesitaban de tan humilde ayuda llegada desde las lejanas provincias del Perú.

Todo el proceso electoral, que movilizó a millones de personas y costó millones de dólares, terminaba en un par de cifras: el porcentaje de votación del candidato opositor y el del dictador. Las encuestas en la semana previa y a la salida de los locales de votación le daban al candidato opositor una ventaja de al menos quince puntos. Sin embargo, el primer anuncio oficial situó al dictador adelante con un 40%. En las siguientes horas la cifra trepó rápidamente al 49%, en las vecindades del 50% que le daba el triunfo en primera vuelta. Luego fue anunciado 49.5 y después 49.8. En un juego truculento, el asesor monitoreaba los movimientos de protesta contra el fraude al tiempo que subía y bajaba el decimal de la cifra. Cuando vio que las protestas callejeras contra el inminente triunfo en primera vuelta eran multitudinarias, decidió que la cifra sería 49.92: habría una segunda vuelta. El secretario general de la OEA se apuró en aplaudir la ejemplar jornada de civismo que el Perú había vivido. Sin embargo, ante semejante transparencia y legitimidad de los comicios, al candidato opositor no le quedó más que renunciar a la segunda vuelta, con lo que el dictador seguiría siendo jefe de estado, por un tiempo que nadie podría estimar. El martirio de aquellos periodistas fue totalmente innecesario –decía Felipe. Esos votos falsos de Moyobamba

no tenían ninguna importancia. Ahora –continuaba él–, en el supuesto caso que la operación planeada tuviera éxito, matar al dictador, siendo un acto totalmente justificado, podía significar que el poder pasara a manos de algún general gorila, quien en nombre de los sagrados intereses de la patria instauraría un régimen no menos autoritario y de duración indefinida.

–Tienes miedo, eso es todo. Por eso ves tantas piedras en el camino –le dijo ella.

–Claro que tengo miedo, y miente el que diga que no siente algo de miedo por participar en esto. Pero ese no es el punto. Lo que trato de decirte es que, bien pensado, quizás nada de esto tenga mucho sentido. No sé si valga la pena arriesgar la vida por algo de definición tan incierta. Prefiero mil veces saber que vas a estar viva, que vamos a estar vivos, y esperar que la dictadura se acabe por otros medios.

–¿Otros medios? ¿Cuáles? ¿La voluntad divina? ¿Una invasión yanqui? ¿La muerte natural del tirano, como con Franco? Por favor, no seas tan ingenuo. En realidad no sé si se trata de ingenuidad o cinismo. Como sea, hay algo que no estás considerando. Esos periodistas de la selva, y muchas otras víctimas del régimen, hicieron lo que hicieron por una cuestión de principios. Cuando se actúa de acuerdo a ellos no hay lugar para el cálculo objetivo o la prudencia temerosa, se actúa y punto. Pero está claro que para ti el asunto de los principios no tiene mucha importancia.

–Claudia, por favor toma las cosas con calma. Trata de entender que mi preocupación principal es nuestro futuro, yo quiero que sigamos juntos. Pensaba proponerte que te fueras conmigo a España, seguro allá puedes seguir estudiando y de a pocos podemos armar una nueva vida. Incluso podríamos después traernos a tu vieja, si tú quieres. Aunque no lo parezca, créeme que yo te entiendo. Es perfectamente comprensible que por la historia de tu padre...

–De mi padre no hables. No te lo permito. No sabes casi nada de él y mucho menos tienes derecho a hacer análisis psicológicos baratos sobre mí. Suficiente problema tienes con justificarte, con justificar tu cómoda cobardía.

–Bueno, parece que no estás muy ecuánime hoy. Y yo no estoy dispuesto a devolver tu agresión. Creo que lo mejor será dejar esta conversación hasta aquí y retomarla después, cuando estés un poco más tranquila y hayas podido meditar sobre lo que te he dicho. Te llamo mañana.

–No te gastes en llamar, mi postura será la misma. Y mejor no me llames en un buen tiempo. Ah, lo único que te pido es discreción absoluta con lo que sabes. Respeto tu decisión de descolgarte del grupo. No lo has dicho explícitamente pero está más claro que el agua. Está bien, es tu derecho. Pero al mismo tiempo te exijo que no nos perjudiques a los que todavía seguimos en esto. Si no tienes razones ideológicas para hacerlo, al menos hazlo por el cariño que dices que me tienes.

Fueron las últimas palabras que escuchó de Claudia. Unos pocos días después, cansado de no encontrarla por teléfono y suponiendo que se estaba haciendo negar, Felipe fue hasta su departamento. Allí la madre de Claudia, consumida por el llanto y con la mirada perdida, le dijo que ella había desaparecido. Que su amiga, La China, decía que a ella y a Javier los habían secuestrado a la salida del cine, en el Paseo Colón. Los testigos hablaban de una camioneta 4x4 con lunas polarizadas, de cuatro sujetos con porte militar y armamento de guerra. En los hospitales –la señora había llamado a todos– no se había registrado ningún ingreso de personas con su descripción. No pudo decir más y Felipe no quiso insistir. Era difícil imaginar el dolor de esa mujer, difícil saber cómo se siente morir en vida por segunda vez. Siempre se puede estar peor.

Todavía aturdido y conmovido, lo único que Felipe atinó

a hacer al salir de esa casa fue llamar a La China. Quedaron en reunirse esa misma noche.

Lo primero que Felipe tuvo que hacer fue superar la desconfianza de La China. Cuando sólo faltaba una semana para llevar a cabo la operación, alguien los había delatado. No había otra explicación para lo que acababa de suceder. Y según ella había dos sospechosos: Reynaldo y Felipe. Ambos habían dejado de asistir a las reuniones la semana anterior. Entonces La China le contó a Felipe algo que Claudia no le había dicho a él: que Reynaldo sí sabía de la idea de asesinar al dictador, aunque desconocía detalles de la operación. Reynaldo había manifestado reparos desde el comienzo en contra de la ejecución de una idea con la que estaba de acuerdo pero –decía– cuya puesta en práctica era un acto suicida del que no quería ser parte. Sin embargo, no había dejado de asistir a las tertulias hasta entonces, sólo marginándose de las discusiones posteriores en las que se planificaba la operación. Reynaldo nunca les había gustado a Torito y a La China, le dijo ella. Sus agudezas y disquisiciones casi siempre oportunas convivían con una envidia mal disimulada, con una suerte de resentimiento universal que en cualquier momento podía engendrar una traición. Felipe le dijo que sabía por Claudia que Javier tampoco confiaba mucho en Reynaldo. La relativa calma que esta aparente unanimidad trajo a la conversación se disolvió apenas La China le confidenció a Felipe que él mismo nunca había terminado de convencer a Javier. Añadió que sólo la mediación de Claudia, quien era su debilidad, había logrado que el gurú del grupo aceptara su inclusión pasando por alto su desconfianza en el “pequeño burgués no-comprometido”, como solía llamarlo en cada discusión sobre el tema. En ese momento Felipe tuvo el impulso de preguntar, de hurgar acerca de esa debilidad de Javier por Claudia, pero se contuvo. En parte porque no era la ocasión

adecuada, pero también porque –en el fondo– prefería no saber. Optó por sugerir que no se podía descartar al otro integrante de la tertulia que no formaba parte de la operación: Recavarren. Si bien no tenía el perfil de un delator, era cierto que después de que su amigo Wilfredo fuera avergonzado por la audiencia en la Casa Añil se había mantenido muy distante del grupo.

No le costó mucho convencer a La China de su inocencia. Entonces ella terminó de contarle lo que sabía. Apenas se enteró de lo de Claudia y Javier, Torito había pasado a la clandestinidad. Walter no se cuidaba tanto, estaba tratando de contactar a un tío que era coronel de la fuerza aérea, a ver si podía averiguar algo. Lo mismo intentaba hacer ella a través de su amigo, el asesor del ministro, pero no lo había logrado ubicar. De Alex y Mariana lo último que se había sabido era que estaban de viaje en provincias, al parecer en Jauja, por un asunto de salud de su hija. Felipe y La China decidieron entonces que tratarían de buscar a Claudia y Javier por su cuenta. Sabiendo –por la experiencia de tantos familiares de desaparecidos– que el inquirir en cuarteles o comisarías no conduce a nada bueno, e incluso puede llevar al familiar a compartir la suerte del ser querido y buscado, decidieron descartar primero la posibilidad más terrible. Fueron al día siguiente a la morgue.

Aunque ellos no tenían cómo saberlo, pues no eran ni funcionarios de la morgue, ni estudiantes de medicina, aquél no era un día cualquiera en la morgue. Unas cuarenta personas se agolpaban frente a la puerta de Jirón Cangallo, una enorme y vetusta reja de hierro labrado que seguramente estaba allí desde comienzos de siglo, cuando la muerte anónima era un acontecimiento y no una rutina. Eran familiares de las víctimas de un gran incendio iniciado en un taller ilegal de fuegos artificiales, cuya prohibición legal era letra

muerta ante la siempre vigente coima a los agentes municipales encargados de ejecutarla. Era el espectáculo macabro de cada fin de año, con un guión bastante predecible: las autoridades municipales se presentarían anunciando su total apoyo a los deudos, el que consistiría exactamente en nada; algún diputado aparecería –siempre que estuviera presente una cámara de televisión– anunciando que exigiría la formación de una comisión investigadora que llegara hasta las últimas consecuencias; la prensa tradicional editorializaría afirmando que “... las autoridades responsables deben tomar cartas en el asunto de una vez por todas, para que nunca más tengamos que lamentar los luctuosos sucesos que hoy enlutan a la sociedad en su conjunto...”. Mucho más prosaicas, y en sintonía con el morbo de las grandes masas, las portadas de los tabloides amarillos se esmeraban en mostrar primeros planos de algunos de los quince cuerpos carbonizados y de muy difícil identificación. Una mujer de unos sesenta años, con sombrero de fieltro y abultadas polleras, lloraba sentada en el suelo, balanceando la cabeza hacia delante y musitando agudos lamentos en quechua. A su lado, una joven periodista anunciaba ante una cámara que se utilizarían “modernas técnicas de ADN” para identificar a las víctimas. Mientras circulaban para su firma varias cartas petitorias que en medio de una ortografía escabrosa demandaban lo mínimo y justo, lo que no dejaba de ser imposible, la angustia frente a las puertas cerradas de la morgue se veía alimentada por los recurrentes rumores que circulaban entre los familiares desesperados. Alguien decía que sólo una de las seis cámaras frigoríficas funcionaba y que los cuerpos que no se colocaran en ella pronto comenzarían a descomponerse con el calor del verano, entonces la pequeña multitud pugnaba a gritos por entrar para asegurarse que el cadáver de su interés estuviera entre los destinados a la cámara en buen estado; poco

importaba que no hubiera manera de saber cuál de todos era ese cadáver. Luego se escuchaba una voz que denunciaba que los estudiantes de medicina estaban haciendo prácticas de disección con los cuerpos, lo que generaba insultos y amenazas contra cualquiera de los muchos jóvenes vestidos con mandil blanco que circulaban por Jirón Cangallo desde y hacia la vecina facultad de San Fernando. De rato en rato alguien daba la voz de alerta acerca de una puerta alternativa de entrada a la morgue, lo que generaba corridas y tumultos para alcanzar primero la puerta inexistente.

En medio de ese caos llegaron Felipe y La China. Inicialmente intentaron franquearse el paso hasta la reja a través de la masa compacta de gente, pero pronto desistieron de empujar y codear a los sufrientes pero decididos familiares de las víctimas del incendio. En una suerte de jerarquía implícita, ellos ocupaban los lugares de privilegio, aunque el privilegio fuera finalmente nulo. Quedaban desplazados a un segundo plano los deudos a los que se podría llamar cotidianos, como la mujer que a un costado de Felipe se frustraba en voz alta por no poder averiguar si –como le había dicho una vecina– a su conviviente, desaparecido hacía dos días, lo había atropellado una combi. Ante lo complicado de la situación, finalmente La China propuso averiguar todo a través de una amiga de su hermana que estudiaba medicina. La llamaría por teléfono inmediatamente y en la noche seguramente ya sabrían si dos cuerpos con las características de Claudia y Javier habían llegado a la morgue en los últimos días.

Finalmente lo supieron: los cuerpos de ellos no estaban en la morgue. Sin detenerse a reflexionar mucho, simplemente actuando, todo el día siguiente lo dedicaron a recorrer hospitales y postas médicas y llamar a clínicas, con el mismo resultado negativo. Al final de ese día, cansados de atravesar la ciudad una y otra vez, y agotados emocionalmente de convivir con el

drama diario de los usuarios del servicio de salud pública, se dieron por vencidos sin reconocerlo abiertamente. Quedaron en avisarse si alguno llegaba a saber algo y se despidieron con un abrazo corto, con más pena que afecto. No se volvieron a ver hasta ese domingo en la mañana, en las rejas exteriores del Palacio de Gobierno.

XIV

Se ha despedido ya de La China, con pocas palabras y muchas buenas intenciones. Las frases acostumbradas: nos vamos a escribir, no perdamos el contacto, cuídate mucho. Cosas que se dicen cuando ya no queda nada que decir. Así como al llegar desde Madrid al aeropuerto de Lima rechazó los insistentes ofrecimientos de los taxistas, poseedores de una necesidad sólo comparable con la de los niños lustrabotas de las plazas de armas, ahora, al partir, Felipe rechaza cada vez con menos gentileza los ofrecimientos de los cargadores de maletas. Por un momento le da lástima pensar que todos ellos estarán pronto desempleados cuando, ilustrando el axioma de que progreso significa reducir el número de puestos de trabajo o pagar por lo que antes era gratis, la anunciada modernización del aeropuerto traiga los carritos de autoservicio que se estacionan a la entrada y se activan con una moneda, mecanismo que asegura su devolución. Uno podría preguntarse si tiene sentido esta preocupación, si realmente alguien se robaría un carrito de aeropuerto para transporte de maletas, si acaso existe una utilidad alternativa o la posibilidad de venderlo. La respuesta, al menos para las empresas responsables, quizás se encuentre en la cantidad de carritos de supermercado que pueblan los jardines y patios de algunos de sus más fieles clientes. La fugaz lástima que Felipe siente por los futuros cesantes desaparece del todo después de que la majadera y hasta agresiva insistencia colma su paciencia. Si Felipe tuviera tiempo y ganas de reflexionar sobre

esto último, seguramente recordaría aquella conversación con Claudia en la que ella le rebatió su afirmación de que Lima era una ciudad incompatible con los buenos sentimientos. Pero ahora está más interesado en defender su lugar en la cola frente a los cada vez menos disimulados intentos de colarse de una pareja de turistas alemanes u holandeses.

Después de declarar en el mostrador de la línea aérea que no lleva equipaje de personas extrañas ni materiales explosivos, cancelar el oneroso impuesto al uso de aeropuertos, y verificar sin sorpresa que los letreros de *Residents* y *Non-residents* que intentan clasificar a los viajeros en las filas para el chequeo de pasaportes no son respetados por nadie, Felipe llega al área de salas de espera. Dos tiendas de artesanías languidecen por la falta de clientes, probablemente espantados por los precios que duplican y hasta triplican los que él observara en el mercado de artesanías de Miraflores –adonde lo acompañara Claudia poco antes de su última discusión– que ya eran bastante altos comparados con los que se les paga a los artesanos mismos en las calles de Cuzco, Ayacucho o Puno. Para combatir el aburrimiento, una de las vendedoras mira por enésima vez en su monitor uno de los documentales turísticos que ofrece en *videocassettes* a precio de oro. Como fondo musical de las típicas tomas panorámicas de Machu Picchu y de los pescadores en caballitos de totora en las playas norteñas, se escucha el himno nacional. Felipe se distrae recordando la letra del himno que hace muchos años no canta, exactamente desde que saliera del colegio, donde era obligado a hacerlo so pena de reclusión durante el recreo. Repara por primera vez en los inspirados versos de José de la Torre Ugarte que tantísimas veces repitiera en su infancia y adolescencia, y no puede evitar sonreír por lo anodinos y hasta absurdos que ahora le parecen: *largo tiempo el peruano oprimido / la ominosa cadena arrastró / condenado a una cruel*

servidumbre / largo tiempo en silencio gimió / mas apenas el grito sagrado / Libertad en sus costas se oyó / la indolencia de esclavo sacude / la humillada cerviz levantó.

Es cierto, la calidad artística de todos los himnos nacionales está muy sobreestimada, pero no hay ideología o pobreza capaz de derrotar a esa nefasta enfermedad crónica que es el nacionalismo. Incluso se ha difundido un mito por varios países de Latinoamérica, defendido a rajatabla por sus orgullosos habitantes, según el cual el himno propio quedó segundo –después de La Marsellesa– en un concurso mundial de himnos, que por supuesto jamás tuvo lugar. Felipe decide moverse de allí cuando se percata de que tiene a un turista a cada lado, compartiendo la visión del documental. Entonces se dirige a la sala de espera y ubica un asiento alejado donde aislarse, al menos por un rato, de los demás pasajeros. Se sienta y revisa su teléfono celular con los últimos restos de esperanza que le quedan. No, no hay llamadas perdidas. Claudia nunca lo llamó al celular, ni siquiera sabía su número, pero él de todas maneras lo revisa. A menudo la esperanza pasa por alto detalles que, si bien son mínimos, determinan la imposibilidad del evento esperado. No se le puede criticar por eso, la esperanza no tiene nada en común con la razón o la realidad. Así termina todo –se dice Felipe. Finalmente no llegó a viajar a Huánuco para corroborar el dato sobre Amarilis. Su asesor de tesis lo cuestionará, al fin y al cabo se suponía que este viaje transoceánico tenía como único propósito investigar ese asunto en el Archivo Departamental de Huánuco. Ya se le ocurrirá alguna explicación. Los europeos están dispuestos a aceptar que cualquier cosa pueda ocurrir en estas latitudes. Felipe podría contarle que el Archivo ya no funciona porque el edificio fue adquirido por una iglesia pentecostal o por una cadena de cines porno; o que fue clausurado por orden de un alcalde cuyo apellido

de familia aparecía mencionado en un proceso por estafa ciento ochenta años atrás. Da igual, su asesor lo creará de buena gana y no insistirá. Además, siempre puede citar la ponencia del antropólogo boliviano como evidencia de la aparición de María de Rojas y Garay, Amarilis, en la relación de procesados por el levantamiento del Taki Onqoy.

Siguiendo con su reflexión, Felipe constata desolado que nada llegó a culminarse: no viajó a Huánuco, no hubo atentado contra el dictador, no llegó a consumir su intimidad con Claudia como él quería. A falta de una mejor explicación, el fracaso de la operación de ejecución del dictador podía achacarse a la mala suerte. A pesar de las limitaciones logísticas, todo se había planeado con mucho cuidado. Ni el más afiebrado pesimista podía suponer que en la víspera del atentado el presidente huiría del país. Esta coincidencia parecía darle la razón a los creyentes en los brujos de la costa norte del Perú. Era bien sabida la afición del dictador por agenciarse la protección de los chamanes de Las Huaringas, las lagunas mágicas de las alturas del departamento de Piura, donde un trabajo bien hecho puede hacer mucho daño o realizar imposibles. Al menos una vez al año el dictador viajaba hasta allá para renovar su pacto de resguardo con uno de los chamanes mayores. Aparentemente la protección había funcionado porque no hubo atentado. El dios autoritario no pudo ser derrotado esta vez, tal como ocurriera cuatrocientos años antes con el Taki Onqoy.

Todavía sentado en la sala de espera, sordo a los comentarios sobre los precios del Duty Free que dos gallinas obesas teñidas de rubio vociferan a su lado, Felipe recuerda ese texto de un poema de Pessoa que su mejor amigo solía repetir cada vez que la selección de fútbol era eliminada de un campeonato: *El mundo es de quien nace para conquistarlo y no de quien sueña que puede conquistarlo, aunque tenga*

razón. Era un fenómeno recurrente. La frustración por las habituales derrotas del equipo de fútbol, que muchas veces jugaba bien pero rara vez ganaba, acuñando en la hinchada la frase *jugamos como nunca y perdimos como siempre*, solía llevar las lamentaciones al terreno de la filosofía existencial. Con unos cuantos tragos adentro, en cuestión de minutos el doliente hincha pasaba de un resignado análisis proclive a la eugenesia (“los argentinos son una raza superior”) a un fatalismo absoluto (“somos y siempre seremos unos perdedores de mierda”), prometiéndose aniquilar la ilusión para la próxima vez. El Perú nunca saldrá adelante, se jodió en algún momento de la historia, ya no importa cuándo, y no hay vuelta atrás –piensa Felipe y apenas se lamenta por caer en lo que años antes criticó con tanta vehemencia. Recuerda su época de optimista mal informado, como la denominaba ahora. Acababa de salir del colegio cuando descubrió emocionado aquella frase del historiador peruano Jorge Basadre y la hizo suya: *“Y el Perú, con todos estos males y sus amenazas coincidentes, ha sobrevivido como si su mensaje aún estuviera por decir, como si su destino aún no estuviese liquidado, como si llevase consigo una inmensa predestinación”*. Poco le duró. No tardó en analizar esa oración con otros ojos y descubrir sus taras, el nacionalismo bobo y consolador, el raciocinio absurdo que aún hoy se perpetúa en las escuelas, donde a los niños se les alecciona con la idea de que el Perú –hoy miserable y condenado– es heredero de la grandeza del imperio inca.

Algo similar ocurre con los niños mexicanos, igualmente miserables, intoxicados con historias de la patria del oro y la gloria azteca. Si el esplendor pretérito de un país tuviera algo que ver con su situación actual entonces Grecia, la cuna de la civilización occidental, debería ser el centro de Europa y no su puerta trasera, manteniéndose apenas a flote gracias al turismo hedonista de los bárbaros acaudalados. Y Portugal,

alguna vez dueño de la mitad del mundo conocido, no se hubiera hundido en ese anonimato soso del que sólo ha sido rescatado por los esperpentos de un dictador sanguinario y las letras de un escritor genial. Y la Mongolia de Genghis Kan, que engullera China, Irán y Afganistán como quien sale de picnic, no sería hoy una nación con la misma mortalidad infantil que Bolivia. ¿Alivia en algo la hambruna rampante en la Etiopía de hoy el saber que en el siglo II la dinastía Salomónida floreció prósperamente en su meseta infinita? Además, que un país sobreviva no representa un hecho particularmente meritorio, sobre todo porque los países no mueren. Cambian de nombre (donde dijeron Alto Volta ahora decid Burkina Faso) o se suben a un péndulo de anexiones y separaciones que los hace perder su nombre por algún tiempo (Eritrea, Lituania, Macedonia), pero tarde o temprano reaparecen. Que lo digan los sufridos polacos, que en su himno nacional aluden a las veces que Polonia dejó de ser un país.

¿Y el Perú? No, no va a desaparecer. Está visto que hasta las invasiones yanquis respetan las formas y mantienen el status político de los países que destruyen con el fin de protegerlos. Pero quizás el Perú sí pueda desaparecer para él, porque Felipe siente que esta puede ser la última vez que se despidan del país, que nunca como ahora se le apareció como un tumor incómodo, una enfermedad no mortal pero incurable, una condena de libertad vigilada. Cuando anuncian el embarque del vuelo y la masa irracional de pasajeros arremete ansiosa para asegurar los primeros lugares de la cola, como si sólo fueran a viajar los que entren primero al avión, Felipe vuelve a revisar su teléfono. Sabe que no es posible que pudiera haber entrado una llamada en los últimos minutos sin que él la escuchara, pero igual lo revisa. Nada. Ahora sí, entonces. Es el final de todo. Ahora sí se despide, de Claudia y del país.

Por motivos importantes o banales, debido a la cercanía

o a la formalidad, las despedidas suelen ser más largas de lo que debieran. Si bien está solo, Felipe también alarga su despedida. Ya instalado en su asiento del avión, y agradeciendo la suerte de que no le tocara nadie sentado a su lado (no hay nada peor que un eventual compañero de viaje convencido de que a uno le interesa escuchar lo que dice), Felipe evoca algunos de los momentos que vivió con Claudia durante esos intensos cuatro meses: la curiosidad de conocerla esa tarde en la librería en Miraflores, la torpe compasión que le surgió cuando ella –llorando– le contó lo del viejito vendedor de muñecas, la primera noche que hicieron el amor. Se niega a imaginarla muerta. O, mejor dicho, es incapaz de imaginarla muerta. Sabe que en estos países los desaparecidos casi nunca son encontrados vivos. Sabe que, con el paso del tiempo y el aturdimiento que causa el dolor crónico y el duelo incompleto, los familiares terminan por resignarse a la ausencia definitiva y aceptan su condición de deudos. Pero la cabeza de Felipe no es capaz de asignarle una imagen de cadáver al cuerpo vivo que él ahora recuerda. No puede evitar sentir un nudo en la garganta. Una invencible sensación de pena y derrota lo invade, pero no quiere llorar. Tal vez por eso, ahora que el avión acaba de despegar, fija la vista en el paisaje que la ventana le ofrece sólo por un minuto o dos, antes de que el avión se incruste en la masa compacta de nubes que cubre Lima a perpetuidad. Allí están, otra vez, las casuchas paupérrimas, los niños mugrientos y los basurales clandestinos, el país que deja atrás. El país que a fin de cuentas no es la cordillera, la selva, el mar o el desierto, ni un conjunto de sabores o canciones, sino la gente –como diría Claudia. Entonces pasan por la mente de Felipe, en instantes, como destellos, imágenes de esa gente, de ese país que él quisiera poder dejar de considerar suyo: El Burro Rázuri encogido en un rincón de una celda fría y húmeda, pudriéndose en

vida; el esposo de aquella mujer en la puerta de la morgue desangrándose en la oscuridad después de ser atropellado por una combi; Silvia sonriéndole con malicia al vecino que se ofreció a ayudarla a subir unos paquetes a su departamento; Obregón violando al retrasado mental que llora en vez de reír; Reynaldo burlándose de la ortografía de sus alumnos en una academia del centro de Lima; Torito mirando con rabia al capataz de la fábrica, que lo ha insultado; los huerfanitos del puericultorio bebiendo felices leche en polvo rancia; el drogadicto de la avenida Brasil abordando lloroso a una pareja de enamorados; el organillero de las calles de Magdalena abandonando al monito de la suerte consumido por una infección a la piel; la madre de Claudia con la mirada perdida frente al televisor sin volumen que exhibe el concurso Miss Perú; el taxista que lo llevara a la Plaza de Armas coimeando a un policía de tránsito con diez soles; Javier abrazando a Claudia en la camioneta que los secuestró.

Doce horas después, en el aeropuerto de Barajas, Felipe se sube al bus que lo llevará hasta la plaza Colón. Desde allí caminará –pues parece que no va a llover– las dos cuadras hasta la estación de metro Serrano y en unos veinte minutos llegará a la estación Cartagena, a tres cuadras del departamento que comparte con otros dos estudiantes del doctorado en literatura. Sentado en el bus, se abriga con apuro ya que hace mucho frío en Madrid. La ventana no le ofrece paisajes muy interesantes: autopistas, fábricas, edificios corporativos, bloques de departamentos, letreros publicitarios. Hay poca gente visible, debe ser culpa del invierno. Pero ahora, en una detención del bus en un semáforo, lee un cartel pegado en un paradero. El cartel anuncia un gran concierto organizado por Amnistía Internacional. Entonces se le ocurre que quizás desde España pueda iniciar una campaña internacional para denunciar la desaparición de Claudia y Javier en ese lejano y

convulsionado país llamado Perú. Nunca ha creído mucho en la efectividad de esas campañas, incluso ha llegado a sospechar de la transparencia de esas burocracias de la solidaridad, pero de todas maneras piensa que podría valer la pena intentarlo. Tal vez la opinión pública mostrará más interés por esos dos jóvenes universitarios de clase media que por los miles de campesinos andinos masacrados. Al fin y al cabo, no todos los desaparecidos (o muertos) tienen el mismo valor. O quizás escriba la historia de ella – se dice. Al menos un testimonio para la posteridad, una crónica contra el olvido. Puede ser. A lo mejor alcanzo a hacerlo antes de meterme de lleno en el asunto de la tesis – piensa Felipe. Al llegar a la plaza Colón ya ha comenzado a llover.

XV

Han pasado diez meses desde esa mañana lluviosa en que Felipe, cargado de culpas, aterrizara de regreso en Madrid. El otoño comienza a anunciarse en el color de los árboles en los magníficos jardines del Parque Retiro, donde Felipe da un paseo a solas, sin detenerse en alguno de los espectáculos que allí se montan; sólo quiere tomar aire fresco. Ni los titiriteros ni los trovadores llaman su atención. En general, la fauna callejera de Madrid no le impacta tanto como la de Lima. Es curioso, porque no se puede afirmar que los dramas visibles en una y otra ciudad sean muy diferentes. La miseria de las mamachas serranas sentadas en el otrora aristocrático Jirón de la Unión, que apenas mueven los labios para pedir monedas con un inaudible “papay”, o el espectáculo de los orates semidesnudos que recorren afanosos la avenida Emancipación como si se dirigieran a una cita importante, no es menos impresionante que escuchar a aquel guñapo humano que, arrodillado en la calle Preciados, grita que tiene SIDA y que tiene hambre, o contemplar a la inmigrante africana que, con la mirada extraviada, impreca furiosa al vacío en mitad de la Gran Vía. Aunque él no se lo ha planteado todavía, es posible que esa especie de compasión preferencial tenga relación con una noción de pertenencia, la misma que pareció rozar al aterrizar en el aeropuerto de Lima y ver al policía de migraciones ocioso jugando Solitario en la computadora, la misma que intentó dejar atrás hace diez meses. O tal vez no haya una

explicación para esas diferencias de sensibilidad frente a la miseria urbana. No todo tiene que tener una explicación.

Este el primer domingo en mucho tiempo en que Felipe se permite descansar. Todo ocurrió muy pronto, apenas unos días después de llegar. Supo que en su ausencia el viejo Manríquez había sido reelegido como decano y había intrigado hasta lograr que expulsaran a su asesor del claustro de profesores de la facultad. Quedó así sin la posibilidad de presentar la tesis sobre la Epístola a Belardo y la relación entre Amarilis y Lope de Vega, y con una sola alternativa para no perder la beca doctoral en la Complutense: presentar una nueva tesis en el plazo casi imposible de nueve meses. Después de pasar varios días de angustia, un joven profesor gallego se apiadó de su suerte y aceptó ser su asesor, siempre y cuando Felipe hiciera la tesis en un tema vinculado a su especialidad: la Generación del 98. No tardó mucho en decidirse por Ramón del Valle-Inclán y su obra *Tirano Banderas*, publicada en 1926, y que es la crónica de una dictadura en un supuesto país de Sudamérica. En particular, emprendió la tarea de rastrear aquellos elementos de la novela que habían sido tomados de la historia política latinoamericana, los que habían sido totalmente fabulados por el autor y, de entre éstos, los que tiempo después se harían realidad en esas tierras. Fueron meses de trabajo agotador, encerrado en bibliotecas y en su cuarto, devorando libro tras libro, revisando los archivos de la prensa, gastando sus ojos frente a la pantalla de internet, comiendo poco y durmiendo nada.

Durante ese periodo febril apenas se comunicó con su familia y –tal vez sobra decirlo– los propósitos que trajo desde Lima, junto con el dolor por la desaparición de Claudia, se fueron disolviendo gradualmente en el tráfago de la tesis. Es cierto que pensaba en ella con alguna frecuencia, pero cada vez que esto ocurría Felipe inmediatamente buscaba pensar

en otra cosa; se convenció de que necesitaba evadir la culpa, tenía que concentrarse en trabajar duro o de lo contrario no acabaría la tesis y desperdiciaría así cinco años de su vida. Sólo un par de veces retomó la costumbre anterior de revisar la prensa peruana por internet. En la primera ocasión supo del refugio del dictador. Residía en el barrio de Den-en-Chofu, al sur de Tokio, en la casa de los literatos Ayako Sono y Shumon Miura, famosos escritores de libros de auto-ayuda que recientemente habían sido acusados de evasión de impuestos. Desde allí, disfrutando de una vida acomodada gracias a las reservas monetarias del estado peruano que tuvo a bien llevar de equipaje o depositar con anterioridad en cuentas bancarias en Japón y Malasia, el dictador se dedicaba a opinar por internet sobre la coyuntura política del Perú, anunciando su pronto regreso al sillón presidencial. Muchos peruanos y extranjeros se escandalizaban al leer los osados comentarios del fugitivo (los que, a juzgar por su correcta redacción, eran obra de la pluma de otra persona), considerando que el dictador prácticamente no había dejado artículo del código penal sin violar y que, en el improbable caso que se animara a retornar al Perú, lo esperaban docenas de procesos judiciales. Sin embargo, a contramano de tales indignaciones, es preciso señalar que una revisión de la historia electoral reciente de América Latina, con los casos de Carlos Menem en Argentina, Hugo Banzer en Bolivia, y Joaquín Balaguer en la República Dominicana como ejemplos emblemáticos, indica que la existencia certificada de crímenes políticos y saqueos del erario en el prontuario del candidato no representa un obstáculo de mayor importancia para ser reelegido por el pueblo soberano. La segunda vez, Felipe se enteró de que, en una ajustada contienda con el ex-mandatario Alan García, había sido elegido como el nuevo presidente del Perú Alejandro Toledo, una de las caras visibles de la resistencia

cívica contra el régimen del dictador y quien antes había sido despojado de su triunfo legítimo en las urnas por la maquinaria de fraude del asesor. Ahora, algo cansado después de terminar su primer paseo dominical de la temporada, todavía acostumbrándose a la sensación de vacío que coexiste con la de alivio después de haber entregado su tesis a la comisión evaluadora, Felipe decide volver a su departamento y revisar el correo electrónico. Hace semanas que está desconectado de sus amistades y su familia, y ya es tiempo de renovar los vínculos y ponerse al día de las novedades.

Hay más de cincuenta mensajes en su Bandeja de entrada. Por eso tarda un buen rato en darse cuenta de que hay un mensaje con el nombre de Claudia Cisneros como remitente. Ahora sigue mirando ese nombre, sin decidirse a abrir el mensaje. Tal vez sea una homónima de Claudia, el apellido Cisneros no es raro en el Perú. O a lo mejor es una broma cruel de alguien que no lo quiere mucho. El Asunto del mensaje no ayuda mucho a discernir, sólo dice “Resumen de noticias”. Finalmente, después de casi un minuto de contemplación, Felipe abre el mensaje, que es bastante largo. Ya en el primer párrafo reconoce el estilo de Claudia y siente que el corazón se le va a salir del pecho, pero no deja de leer. Con un tono de reproche pero sin mucha emoción, Claudia le cuestiona que no haya contestado el mensaje que La China le escribiera a comienzos de año, en el que le contaba de los nulos resultados de los esfuerzos de búsqueda. Después, manteniendo el tono distante, le cuenta cómo es que ella y Javier sobrevivieron al secuestro. Fue básicamente cuestión de suerte, de mucha suerte, pero también tuvo que ver el país. Sí, porque la improvisación, el desorden, la corrupción y el absurdo en el Perú trascienden al autoritarismo o la democracia. La inevitable cadena de subordinados mal pagados y peor instruidos hace que las más truculentas y

siniestras órdenes emanadas del poder puedan terminar en una tragicomedia de enredos. Cuando a Claudia y Javier los llevaron al edificio de Seguridad del Estado en la Avenida España, donde seguramente serían interrogados y torturados, resultó que acababa de ingresar un grupo grande de detenidos del asentamiento humano Raucana, supuestas únicas bases en Lima de Sendero Rojo, la facción de Sendero Luminoso renuente al acuerdo de paz firmado por el encarcelado Abimael Guzmán. Al estar copadas las carceletas de detención, Claudia y Javier fueron encerrados temporalmente en una oficina que servía de depósito de muebles, artefactos y materiales varios. Allí escucharon poco después una discusión entre agentes de inteligencia, policías o militares (no lo podían saber), en la que unos reprochaban a otros el haber traído a ese lugar a un grupo de estudiantes de la Universidad Nacional de Ingeniería, detenidos en una marcha de protesta en la avenida Tupac Amaru. Finalmente, un aparente superior, después de repartir insultos, dio la orden de derivar a los estudiantes a la comisaría Alfonso Ugarte, a dos cuadras de allí. Luego de cierto tumulto un policía abrió la puerta de la oficina-depósito y preguntó si éstos también iban a la comisaría. Nadie le contestó, y Javier aprovechó para decir que ellos eran estudiantes, pero que la marcha era pacífica, que no habían hecho más que interrumpir el tránsito. El policía casi no dudó y tres minutos después Claudia y Javier salían del funesto edificio de Seguridad del Estado en un camión porta-tropas, junto con unos veinte estudiantes bastante más asustados que ellos. Al llegar a la comisaría de la avenida Alfonso Ugarte todo fue relativamente fácil. Sesenta soles, la suma de lo que tenían ella y Javier en las billeteras, bastaron para convencer al solícito alférez de guardia de la Policía Nacional del Perú (*El honor es su divisa*, reza su lema) para que les franqueara el acceso a la calle. Sin tiempo para celebrar su buena fortuna, habían

llegado a pie hasta la casa de un amigo de Javier en Breña, donde se escondieron por varias semanas, temerosos de que los agentes del SIN los volvieran a secuestrar si regresaban a sus casas. Lo demás era historia conocida: la sorprendente fuga del dictador, el desmantelamiento del SIN, el aparente retorno a la democracia. Añade que no se sabe quién los delató, pero todos sospechan de Recavarren –de quien no se volvió a saber nada – y su amigo Wilfredo, porque Reynaldo apareció al poco tiempo y colaboró con la búsqueda, ofendiéndose sinceramente con los que insinuaban alguna responsabilidad suya. En el siguiente párrafo, ahora sí con algo de ironía, le comenta que el nuevo presidente ha resultado ser una decepción para la mayoría, pues su primera medida fue triplicarse el sueldo, se ha negado a reconocer una hija extra-matrimonial, y tiene problemas con el alcohol. Añade que ella no forma parte de esa mayoría porque nunca creyó en él. Tampoco ha cambiado mucho el Congreso –continúa Claudia, casi repitiendo lo que alguna vez le dijera en las calles de Magdalena, cuando le reveló la operación para matar al dictador– porque entre los padres de la patria (como les llamaba El Comercio en otros tiempos) sigue habiendo una gran mayoría de oportunistas y tránsfugas semianalfabetos, incapaces de entender frases complejas en los proyectos de ley que redactan o plagian sus asesores, y siempre dispuestos a entregar sus votos a cambio de prebendas o dinero en efectivo. Le cuenta que incluso uno de los congresistas, en un supuesto *lapsus*, juró su cargo “por Dios y por la plata” en lugar del tradicional “por Dios y por la Patria”.

Hasta esa parte del mensaje de Claudia, Felipe conserva una sensación de alegría y alivio que supera a la culpa por los sutiles reproches de ella y la indefendible negligencia suya una vez que regresara a Madrid. Felipe incluso comienza a acariciar la idea de programar un viaje al Perú pronto. Tal

vez el reencuentro facilite las cosas y podamos volver a empezar –piensa. Sin embargo, ese sentimiento se desmorona bruscamente después de leer el último párrafo. Entonces se levanta, camina despacio hacia la ventana y, después de mirar durante un par de minutos las calles vacías del barrio, la tarde triste, lo vuelve a invadir esa sensación que experimentara aquel domingo, primero parado en una esquina de la Plaza de Armas de Lima y después en el taxi camino al aeropuerto, la misma sensación que probablemente lo espere el día después de la sustentación pública de su tesis doctoral. Felipe siente que no importa lo que haga o cuán cerca parezca estar de alcanzar lo que busca, tampoco importa si la razón o el derecho están de su lado, siempre el resultado será el mismo: el sabor amargo en la boca, el desdibujarse de todos sus propósitos, las ganas de despertarse de un mal sueño o dormir para siempre, el resignado silencio de los que llegan tarde pero nadie lo nota, porque él –al igual que su país– tal vez ha nacido para perder.

En el último párrafo, luego de preguntar por la suerte de su tesis sobre Amarilis y Lope de Vega, Claudia le contaba que ella y Javier estaban trabajando juntos en un proyecto de teatro popular con estudiantes secundarios de asentamientos humanos, y que se habían integrado a un colectivo civil que denuncia por todos los medios la impunidad de los crímenes de la dictadura. También le contaba que la Casa Añil ya no era tal: el dueño la había vendido antes de irse del Perú y ahora era un local del Partido Aprista. Finalmente, en la última línea de su mensaje, y ahora sí con evidente emoción, Claudia le confesaba que estaba muy feliz porque acababa de recibir la noticia de que estaba esperando un hijo de Javier.



Felipe es un estudiante peruano de literatura en la Universidad Complutense y viaja al Perú para revisar un archivo documental. Busca información confirmatoria para su tesis doctoral, que revela detalles ocultos de la relación entre Amarilis, la incógnita poetisa colonial peruana, y Lope de Vega, a quien escribiera la célebre “Epístola a Belardo”. Buscando contactos para llegar al archivo, Felipe conoce a Claudia, quien lo introduce a un grupo de estudiantes que participa de una tertulia literaria. Son los últimos meses del año 2000, y el régimen autoritario y corrupto de Fujimori parece negarse a desaparecer. Gradualmente Felipe se involucra sentimentalmente con Claudia y descubre que el grupo de la tertulia prepara un magnicidio redentor. Dejándose llevar por Claudia a pesar de su escepticismo, y postergando sus pesquisas literarias, Felipe se ve envuelto en el operativo. El telón de fondo para la lucha constante entre un idealismo temerario y la desesperanza más irrefutable es la ciudad de Lima y su historia, donde nada parece ocurrir por primera vez.

“*Esta es una novela inteligente, culta y entretenida. Históricamente muy bien documentada, podría suceder en cualquier país de Latinoamérica. Se desenvuelve en la cruda y siempre sorprendente realidad peruana, pero el escenario podría ser Santiago, Ciudad de México o Medellín, cuyos habitantes cargan el peso de una historia (y un presente) de sometimiento, desigualdad, corrupción y desconcierto permanente. Muestra también los inicios del movimiento indígena Taki Onkoy, una de las tantas revueltas que buscaron reivindicar los derechos de los pueblos nativos y que explican el origen de tanto resentimiento y la aparición de movimientos como Sendero Luminoso. Imposible dejar de leer; te atrapa, como nuestras realidades latinas”.*

Alejandro Abufom, editor



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE LA SERENA**

ISBN: 978-956-7393-71-8



9 789567 393718

